

DONDE DUERME TU NOMBRE

Ana María Draghia



DONDE DUERME
TU NOMBRE

Ana María Draghia

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2018 Ana María Draghia
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Donde duerme tu nombre, n.º 208 - octubre 2018

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1307-245-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Prólogo](#)

[Ahora](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Entonces](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Después](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*Para Virginia, con quien compartí el viaje a
Toulouse y muchos años de vida.
Ojalá documento siempre contigo, agente
visual.*

*Para mis lectoras beta, que se han colado en
la novela:
África, Macarena, Ode.
Gracias.*

*No sé qué hacer, dónde buscar
mis palabras más verdaderas, cómo decirte
que llevo en la mirada reflejado tu pecho,
y los brazos me caen, como en derribo,
al verte aquí, a mi lado, morena, lejos
siempre.*

*Voy hacia ti como hacia el mar, despliego
las velas, ay, las alas de mi infancia,
veloz mi corazón cruza la arena,
se me dobla el dolor, te miro
toda de agua navegable, toda
pequeña,
como una estrella húmeda y parada.*

CARLOS SAHAGÚN

Prólogo

Acarició sus piernas desnudas con tranquilidad. Podría haber repetido aquel gesto toda la madrugada. Perderse, desprenderse en su piel con besos húmedos, ascender por la cara interna de sus muslos con un reguero de saliva y aliento, cálido y lleno de un latido inquieto. Notar la tibieza de la carne, aún envuelta por la tela vaporosa del vestido, que se había abierto alrededor de su cuerpo como un manto que él fue apartando para poder rozarle con la boca el ombligo y el vientre.

La chica se arqueó cuando él, que había soterrado sus manos entre su espalda y la hierba, fue descendiendo con sus dedos hasta la curvatura de sus caderas. La atrajo hacia sí y, después de detenerse un instante en sus pechos, a medio desvestir, llegó hasta su cara, que no distinguía bien en la oscuridad de aquel jardín en el que se habían perdido.

La besó tiernamente al comienzo, como si se conocieran desde siempre y solo se estuvieran reconociendo en la carnosidad de los labios, en el baile de lenguas que lo volvieron todo frenético. Parecía que se necesitaran, muy a pesar de haberse olvidado durante un segundo de quiénes eran, de lo que les asustaba y de lo corta que podía llegar a ser una noche. O lo eterna, si se arrinconaba en la memoria y después se recordaba en un espasmo, como ese que los unió pocos minutos después, cuando ya estaban despeinados y se buscaban con los ojos y con cada extremidad. Con piernas y brazos que los envolvieron hasta colisionar.

Y colisionaron, como dos nombres que se escriben muy juntos y se separan demasiado temprano.

Ahora

Capítulo 1

Las sábanas se habían impregnado de su olor y de las risas de las noches ruidosas, que habían quedado agazapadas en el espacio que hay entre el colchón y la piel desnuda. Se dio la vuelta en la cama y esta cedió bajo el peso de su cuerpo relajado y contraído al mismo tiempo, percibiendo, como si de un miembro fantasma se tratase, las caricias de otras manos, en otro lugar que no era ese.

El murmullo de las olas se introdujo en la habitación y la brisa se confundió con el vello de su cuerpo, erizándolo de los pies a la cabeza.

Abrió los ojos.

Había permanecido en un duermevela durante una hora aproximadamente. Se incorporó en la cama y vio cómo ondeaban las cortinas casi transparentes de su dormitorio. Los ventanales estaban abiertos de par en par.

Se frotó el pecho y luego se pasó una mano por la frente. Apartó las sábanas y la colcha que lo cubrían y se dedicó, durante tres cuartos de hora, a hacer las cosas rutinarias a las que nunca prestaba atención.

Preparar café, ducharse, vestirse con unos vaqueros y una camiseta porque después tendría que ponerse el uniforme, ver las noticias, comprobar si quedaba algo en la nevera, echar un rápido vistazo a una vieja fotografía que tenía guardada en el segundo cajón de la mesita de noche que había en el lado izquierdo de la cama... El primer cajón no lo abría. Guardaba a alguien.

Todo seguía un orden tan habitual que no podía deshacerse de la tranquilidad que, en parte, le producían esos detalles tan absurdos. Era como respirar o pestañear: nadie se detiene en pensar si está llevando a cabo ninguna de esas acciones.

Desde que había vuelto, cada minuto lo condenaba al pensamiento. Iba y volvía de ese viaje al día presente, a las cosas que sabía y odiaba, a los

secretos que no le pertenecían, a las detestables casualidades que vienen para quedarse. Le dolía cada segundo en Toulouse, cada calle, cada establecimiento, esquina, canción, mirada. Pero, sobre todo, le ahogaba su nombre, ahora que sabía lo que implicaba: tenía una historia que le obligaba a seguir abriendo puertas.

Condujo hasta el hospital con la música puesta a todo volumen, apretando el volante y también el acelerador. Intentaba alcanzar el silencio, sin embargo, todo a su alrededor rugía, desde el motor hasta su pecho desbocado, que se había quedado en aquel aeropuerto, mirando hacia atrás, esperando que ella apareciese, que, de repente, como en las películas, viniese a pedirle que se quedara, porque ninguno de los dos tenía la culpa de ser quien era. Eran la coincidencia y el destino, pero de los que te asestan una estocada que te coloca de rodillas ante el dolor.

Suplicaban una tregua que nadie quería firmar.

No había sucedido nada de eso. Se había subido en el avión y los últimos meses habían quedado atrás, y con ellos los fines de semana en la ciudad francesa, las veces en las que la había visto entrar en el apartamento y se había dado cuenta de que ella estaba ahí y él seguía en Valencia, junto al mar.

Parecían recuerdos de un poema mal escrito que, no obstante, te perturba, te roba la razón y tensa la cuerda que te hace levitar sobre una boca que no va a volver a besarte.

Aparcó, como de costumbre, en la última plaza que había a la derecha de la entrada de urgencias. Entró a grandes zancadas en el edificio, dejando que las puertas se abriesen de forma mecánica o con la presión que sus manos ejercían sobre ellas. Saludó a un par de médicos a los que había asistido como enfermero en el quirófano y fue hasta el vestuario.

Miró a su alrededor, como solía hacer, por si la veía entre las demás compañeras, por si Laura había logrado ya encararlo y dejar de huir cada vez que él aparecía. Habían desgastado muchos años en aquella relación que se había mantenido a flote gracias al deseo inequívoco de querer hacer las cosas bien. Puede que esforzándose demasiado.

Abrió su taquilla y sacó las zapatillas, se colocó el pijama blanco con su acreditación y tomó asiento durante un par de segundos en el banco de madera en el que, en otras ocasiones, apenas había hueco. Contempló la pantalla apagada de su teléfono y la encendió para asegurarse de que no había ningún mensaje, una señal que le llenase el vacío e hiciese desaparecer la angustia.

Nada.

Le quitó el volumen, lo lanzó al interior de la taquilla y cogió el busca. Salió de la sala con el ceño fruncido, algo que llevaba mucho tiempo sin hacer, puede que se debiera a que había sido feliz de una manera que nunca había podido imaginar. Ahora que le faltaba, se asfixiaba porque aunque no sabía cómo conservar lo arrebatado, tampoco quería quedarse sin ello. Esa inquietud, siempre contando la misma historia. ¿Y qué? ¿Y qué si estaba condenado a no saber querer a otra persona?

Alguien le dio una colleja.

Se dio la vuelta sorprendido y se encontró a Macarena, del ala de pediatría. A veces bajaba a tomar café con él a oncología. No era una planta en la que uno se pudiese sentir muy cómodo, sin embargo, agradecía poder compartir unos minutos de sonrisas y comentarios fugaces.

—Parece que no hayas dormido nada, ¿no librabas anoche? —le preguntó.

Eric se frotó los ojos como si de aquella manera pudiese quitarse el cansancio de encima a manotazos.

—Sí, no, quiero decir... —Hizo una pausa y negó con la cabeza.

—¡Oh, vaya!, ¿así de bien ha ido la noche? —dijo ella con ironía.

Él dejó entrever una sonrisa que, por extraño que parezca, le salía de forma mecánica y, no obstante, hacía que se quedasen prendadas de esa torcedura sensual de la comisura de su boca.

Maca no era inmune a ella, pero había conseguido, con el tiempo, esquivar el descarado de los coqueteos de Eric. Más aún cuando todos en el hospital sabían que Laura y él habían estado juntos.

—¿Qué tal tu noche? —le preguntó él mientras se dirigían al ascensor.

—Una extirpación de apéndice, varias extracciones de sangre, unos puntos y una escayola en un brazo.

—Entretenida.

—Aburrida —corrigió ella, con una mueca de disgusto en la cara.

—¿Qué haces el fin de semana? —indagó él, apoyado contra una de las paredes del elevador, después de haber seleccionado la cuarta planta.

—Irme con mi novio a Madrid.

—¿Novio?

Eric levantó una ceja inquisidora y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué?

—Nada, no sabía que Fran, el del laboratorio, fuese tu novio —pronunció

la palabra a disgusto—, creía que solo era...

Hizo un chasquido con la lengua.

—¿Era qué? —insistió Maca, un tanto molesta por el tono de voz de su amigo.

—Alguien con quien te acostabas de vez en cuando.

Dio un paso hacia él, era más bajita, por eso se puso de puntillas y logró clavar sus ojos en los de él, colocó un dedo en su mentón y manifestó algo que a Eric no se le olvidaría en una buena temporada.

—A veces, cariño, también puedes acabar queriendo a las personas con las que te acuestas. ¡Hay que ver lo frío que eres!

Se mordió la lengua después de ese último comentario. Puede que se debiera a la expresión que adoptó Eric, dolido, un tanto quebrado por esa sinceridad arrebatadora, que admiraba y aborrecía por el daño que podía provocarle si no tenía la armadura puesta.

Llegaron al cuarto piso. Eric estaba descolocado ante el comentario de Maca. Le hubiese gustado poder decirle que él también conocía esa sensación, pero hacerlo supondría admitir algo que, por el momento al menos, prefería callar.

—Te veo luego —anunció tras abandonar el ascensor.

Ella asintió y dejó que se perdiese entre la multitud que atestaba los pasillos, en un día cualquiera, de un verano que se aferraba a la sangre bullendo y a los sentimientos más vivos que jamás hubiese experimentado.

Se asomó al interior de una habitación que visitaba mucho, pese a que hubiese preferido no conocer a la persona que, desde hacía un año, vivía en ella. Saludó al señor de setenta años que seguía aferrándose al aliento y a la vida. Él le devolvió la sonrisa y le enseñó la portada del libro que estaba leyendo: *Niebla*, de Miguel de Unamuno. Era un ejemplar cuidado, con las tapas encueradas, un volumen que su hija le había comprado de una librería de Madrid, Mi Tierra.

Eric le guiñó un ojo y fue a recoger los historiales médicos para poder hacer la ronda con el cirujano. Les echó un vistazo por encima y se dio cuenta de que tendría que dar muchas malas noticias aquel día. Podrían servirle para darse cuenta de que su vida, después de todo, no era tan horrible. O eso intentaba decirse, porque a fin de cuentas parecía que su dolor podría paliarse con el tiempo, mientras que en aquellos otros casos solo quedaba esperar lo inevitable. Y aunque se empeñaba en repetir esto, ¿a quién pretendía engañar?

En aquel momento no podía ver, por mucho que se esforzase, el lado bueno de las cosas. En días como esos, más le valía callar.

No dejaba de pensar en su comportamiento, sin embargo, por primera vez, no era su propio dolor lo que le preocupaba, sino cómo afectaba al resto de personas a las que quería. Su madre no hacía más que repetirle: «Ya tienes una edad», como si eso significase que era responsable del mal que acechaba su microuniverso.

Responsable, puede que ahí residiese la gravedad del asunto.

Eric había sido responsable desde que era pequeño: en el colegio, en las tareas asignadas en casa, en las relaciones familiares y de amistad, en la universidad, en el trabajo. Se había comprado un coche, se acababa de comprar una casa. Había adoptado un gato llamado Rodolfo.

Responsable era una palabra que se le quedaba pequeña. Había sido un maldito, jodido y estúpido responsable. Pero había una grieta. Jamás había logrado serlo en las relaciones de pareja. Se permitía ser el antihéroe, el que entra y sale de la vida de las mujeres que enamora, que quiere a ratos y a oscuras; a la luz de los besos y a la sombra de los *te quiero* inaudibles.

Solo Laura había conseguido algo de él: que lo intentara, que le diera la oportunidad de ser ella, al menos durante unos años de altibajos y sufrimiento quebrado. Sin embargo, con ella también se había rendido. Fuera responsabilidad, adiós convivencia, hasta nunca piso compartido con sus dos mejores amigos. Enterrado en el recuerdo, ahí, muy lejos, descansaba el amor, cuestionado constantemente, que sintió por su compañera de trabajo, con la que seguía cruzándose, a la que aún apreciaba y a la que no podía juzgar por el odio con el que lo miraba.

Si alguna vez se había atrevido a preguntarle a su madre si alguien era capaz de ser responsable en todo, esta refutaba su comentario con un «tienes treinta y tres años», como si llevara treinta y tres años teniéndolos. Evitaba expresar su inconformismo porque consideraba que, para la edad que tenía, había conseguido más de lo que la sociedad le había ofrecido a la «generación perdida» a la que pertenecía. ¿Qué más podía pedir? No quería casarse, ni mucho menos tener hijos. No estaba hecho para crear una familia. Para eso, oh, horror, había que ser responsable y, ante todo, acabaría huyendo de sí mismo, de su identidad como hombre, ser individual y autónomo.

Pero Danielle y Ricardo se habían casado a principios de marzo, y esa noche, siendo el padrino, ebrio de alcohol y de emociones, sintió un inmenso

vacío que fue creciendo a diario. Inquietudes, preguntas, cocinas que de pronto parecían demasiado grandes, una mesita de noche extra que nunca compartiría, nadie que le dijese hola al llegar, nadie a quien sonreírle al irse. De pronto, sin más, los treinta y tres le parecían razón suficiente para plantearse, si no qué había hecho mal en el amor, sí quién era él en realidad y dónde residía su felicidad.

Alguna voz, de esas propias de quien consume éxtasis, consideró que viajar a Francia para ver en directo a uno de sus grupos favoritos era una idea excelente para despejarse y recordar tiempos mejores, en los que se reía más, en los que no le daba pudor pasear desnudo por la casa, solo o acompañado, en los que la única compañía de Rodolfo era suficiente para hacerle sentir a gusto.

A esas alturas, ya no sabía si odiaba a Lena por haberlo invitado a pasar aquel fin de semana en su piso de Toulouse. Puede que la mejor opción hubiese sido coger una habitación de hotel, donde no tuviera que relacionarse con nadie, donde no hubiese permitido que lo conociesen de otra manera que no fuese a través de su cuerpo. Era más fácil, no había viajes juntos ni desayunos de sonrisas cómplices, solo dos extraños que se dan lo máximo que les permite su miedo y después escapan hacia otros brazos donde pueden temer y vivir de otra forma.

—Eric, te buscan.

La voz de Carmelo, alegre y jovial porque le quedaban tres semanas para la jubilación, lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Quién? —indagó con el ceño fruncido.

—Aquel hombre. —Señaló hacia el final del pasillo.

Ahí estaba, vestido con su traje impoluto, alto y fuerte como un roble. Miraba su reloj, seguramente el último modelo que había salido al mercado. Siempre había tenido una obsesión por los relojes. El tiempo. ¿Dónde había leído algo sobre los relojes? Cortázar, aquel relato. Ni siquiera sabía si el libro era suyo o había sido de Laura, pero le había gustado.

Dejó el historial que había estado leyendo sobre la mesa y fue hacia la esbelta figura de pelo canoso y barba abundante.

Le sonrió con afabilidad al verlo y abrió los brazos como hacía siempre.

—Hola, papá —saludó, aceptando el afectuoso abrazo de su padre.

Sí, eran de esos, de los que no temen mostrar sus sentimientos, al menos entre sí. No había sufrido la falta de una figura paterna que le transmitiera unos

valores dignos. Eso inquietaba todavía más a su madre, porque no podía explicarse por qué, siendo su marido tan cariñoso y comprometido, su hijo, el único, se había convertido en un huraño personaje que alejaba a todo el mundo.

—Eric, hijo, ¡qué cansado te veo!

La sinceridad sí que la había heredado.

—Papá, ¡y yo a ti qué canoso!

Se estrecharon en ese abrazo sincero, que duró lo suficiente como para que otros se hubiesen sentido incómodos, y emitieron una carcajada al separarse. Eric y su padre, Domingo, nombre castizo donde los haya, formaban un dúo envidiado por toda la familia Blasco Fernández. Tenían la voz cantante en todas las celebraciones y eran, sin importar el lugar, los anfitriones de las fiestas y los encuentros.

Últimamente, sin embargo, se habían visto menos. Eric había pasado el poco tiempo libre fuera y sus padres aprovechaban el suyo para hacer cosas que la juventud y la falta de recursos en tiempos peores no les había permitido. Su hijo se alegraba por ellos, los quería y pensaba que se merecían ser protagonistas de sus vidas de una vez por todas, a fin de cuentas, él ya había superado la treintena.

—¿Y eso que todavía no te has pedido la nacionalidad francesa? —le picó su padre.

—No sé de qué me hablas.

—Claro, tú nunca sabes de qué te hablo —contestó con ironía, haciendo que su hijo mirase hacia otro lado—. Pero dime, no me puedo ausentar mucho, ¿en qué puedo ayudarte?

Eric cogió aire, lo necesitaba para llevar a término la decisión que había tomado. Sabía que estaba infringiendo algo que, moralmente, era reprochable, y no era consciente de hasta qué punto también lo era ante la ley. A lo mejor su padre podría verter luz sobre el asunto y darle algunas respuestas. Lo que no tenía muy claro era cómo iba a emplearlas una vez que las tuviese.

¿Y si, por mucho que él hiciese, jamás pudiera volver a aquel día?

—Necesito que me ayudes a encontrar a alguien.

Domingo enarcó las cejas con sorpresa evidente. Hacía cinco años que lo habían nombrado inspector en el departamento de sucesos y comenzaba a ver, por fin, la luz al final del túnel: había sido su máxima meta y la había alcanzado, ahora quería empezar a descansar.

—¿Es un hijo?

—¿Qué hijo? —preguntó Eric con el ceño fruncido.

—No sé, uno tuyo.

—Papá, ¿tengo yo cara de tener hijos? —indagó, exasperado ya ante los interrogantes, aparentemente absurdos, de su padre.

—Tampoco yo la tenía a tu edad y mira qué guapo has salido.

—¡La madre que me parió! —exclamó.

—Muy guapa también, y muy bien parido —añadió Domingo.

—¿Me quieres escuchar? —cortó Eric, que no podía sobrellevar la situación cuando su padre se ponía así.

—Te escucho —apuntó, algo más serio y ligeramente preocupado por la forma en la que brillaban los ojos de su hijo.

Capítulo 2

Cerró el grifo y se quedó con el vaso de agua en la mano, viendo a través de la ventana cómo las olas iban y venían desde la oscuridad hasta la orilla. Eric tenía esa extraña capacidad que algunos poseen, la de pensar en más de una cosa a la vez. Cada recuerdo iba interconectado con otro.

Las olas, la noche, las calles, alguien que habla en francés, la voz de John Mayer cantando *Gravity*, la oscuridad de un local, una noria, una mirada cómplice, un roce, un beso.

Ella.

Después regresaba a ese momento. Por algún motivo, Rodolfo siempre andaba cerca, como si estuviese siguiendo el rastro que dejaba la culpabilidad o el malestar que sentía su dueño.

Eran las cuatro de la mañana. Había acabado su turno hacía una hora escasa y ahora se disponía a cocinar. Nunca tenía sueño, solo hambre. Echó el agua en la cazuela y encendió el gas. En otro tiempo, alguien hubiese visto las luces encendidas, habría salido de la cama y lo habría encontrado ahí, apoyado en la encimera, preguntándose si lo que hacía era lo correcto.

Sabía que sus problemas no eran tales en comparación con los de otros. Francisco, el hombre que leía y tenía cáncer de colon, sin ir más lejos. Eso sí que era dolor, y más ahora que iban a enviarlo a casa porque no podían hacer nada más por él.

Cuando Eric decidió ser enfermero no pensó que perdería a tanta gente con los años. Puede que, en realidad, no considerase que aquellas pérdidas serían suyas. Pero lo eran. Insalvables y dañinas. Sentía un temor extraño: ver algún día a alguien querido al otro lado de las paredes blancas del hospital, cubiertas por sábanas que olían a quirófano y a pena.

Echó un puñado de arroz al agua y unas verduras que había troceado y guardado en un táper la noche anterior. Tardarían en hervir, pero sentía que tenía tiempo, que no había nadie, ya no, que se lo ocupase.

Fue al salón, se dejó caer en el sofá y contempló la fotografía que descansaba sobre la mesa del café. Siempre le provocaba la sonrisa propia de quien mira a la gente que quiere. Dany, Ricardo, él. Hacía ya años, cuando aún compartían piso.

Cogió el teléfono. Era tarde, debían de estar durmiendo, pero tecleó un rápido mensaje para ella. La echaba mucho de menos, aunque se veían una vez al mes. Los tres, como antes, como siempre. Quizá se había sentido lejos de ellos durante un tiempo, cuando se fueron y Eric se dio cuenta de que ya no eran un pack. Una manada que se necesita para sobrevivir. Después se dio cuenta de que la distancia solo era eso: kilómetros que se podían recorrer y que no tenían por qué separarlos y convertirlos en unos extraños. ¡Cuánto había aprendido de distancias en los últimos meses! Le parecía la menor de las pruebas. Insignificante al lado de otras cosas.

Estoy cocinando arroz con verduras.

Un mensaje estúpido, de los que solía escribir cuando no era capaz de contar la verdad. Si había algo que a Eric se le daba especialmente mal era precisamente eso, hablar de sus sentimientos a corazón abierto y reconocer que no estaba todo lo bien que cabría esperar.

Dejó el teléfono sobre uno de los cojines y, cuando iba a levantarse para ir nuevamente a la cocina, vibró. Era una llamada.

—¿Qué haces llamándome a estas horas? —preguntó nada más colocar el móvil junto a su oreja.

—¿Qué haces tú escribiéndome? —contestó ella con el mismo tono.

—Acabo de llegar del hospital, es normal que esté despierto —explicó.

—¿Y crees que me importa que estés cocinando arroz con verduras?

—Desde que te has casado eres más simpática, si cabe.

Danielle se rio al otro lado, a carcajadas.

—¿Estás bien? —indagó sin esperar por más tiempo.

—Como siempre.

—¿Igual de bien o igual de mal? —insistió ella.

—Cada vez que hablo contigo me siento como si estuvieses haciéndome un tercer grado.

—Si me dijeras desde el comienzo lo que te pasa, no tendría que hacerlo.

¿Vamos a estar así hasta que amanezca? Tengo tiempo.

Eric aguardó un segundo.

—Es que no sé qué estoy haciendo, Dany.

Ella suspiró. En su casa de Madrid, envuelta en una manta fina y sentada en el sillón orejero, recordó que antes era más sencillo. Entonces solo hacía falta una mirada para que se entendiesen, ahora las palabras había que arrancarlas una a una, y Eric no estaba acostumbrado.

—Abril me lo ha contado —dijo finalmente.

Prefirió ser sincera, allanarle el terreno para que pudiese deslizarse por él, no escalar la parte pedregosa que le impedía ver con claridad.

—¿Lo ha hecho?

Se inquietó. El estómago se le cerró de golpe y nada le pareció ya tan apetecible, ni siquiera el arroz.

—Sí, y Eric... —buscó las palabras adecuadas—, es hora de que vayas aprendiendo a ser feliz.

Él se frotó los ojos, fue cuando se dio cuenta de lo cansado que estaba. Anduvo hasta la cocina y cerró el fuego porque ya no le importaba la comida sin hacer.

—No sabía que eso pudiese aprenderse.

—Se puede, si uno quiere, cariño.

—¿Y si no quiero?

—En ese caso, sigue cocinando arroz para uno todas las madrugadas, es evidente que así te va muy bien.

—Eres una borde.

—Y tú un inmaduro.

—¿Ves cómo eres una borde?

—¿Y tú? ¿Ves que cambias de tema como un crío asustado? ¿Qué te pasa? ¿Por qué eres incapaz de...?

—Dany...

—¿Qué?

—No está bien lo que he hecho, no es un tema del que pueda hablar como si nada, y menos contigo, ¿qué vas a pensar de mí después de saberlo todo?

Su amiga soltó un impropio al otro lado de la línea que hizo sonreír a Eric.

—Voy a seguir pensando que te quiero, que eres imbécil, pero que te quiero.

—Yo también te quiero.

—No nos pongamos sentimentales.

—¡Pero si has empezado tú! —le reprochó él.

—¡Porque te ibas a echar a llorar!

Eric tuvo que reír ante ese último comentario.

En momentos como esos se olvidaba de que no estaba ahí. Tenía la sensación de que se habían sentado juntos en el antiguo sofá del apartamento en el que habían vivido, casi sin secretos y sin miedos. Parecían no haberse marchado nunca. Él tumbado sobre su regazo y ella acariciándole la frente, pensando, tal vez, que era un idiota por sufrir gratuitamente. Pensando también, como ahora, que lo quería porque era su mejor amigo.

—¿Cuándo has hablado con Abril?

—Hace unos días. Estuvo en Madrid.

Eso sí que desubicó a Eric, que no esperaba que la chica hubiese estado en España. ¿Por qué habría ido?

—¿Por qué vino? —preguntó.

—¿Por qué no me lo cuentas todo antes?

Dany escuchó el suspiro profundo que emitió Eric.

—¿Por qué?

—Porque lo necesitas —le respondió—. ¿Sigo teniendo una habitación en tu casa?

—Y una hamaca también, en la playa. ¿Vas a dejar a tu marido por mí? —inquirió con una media sonrisa en los labios.

—Esa era mi intención desde el principio.

—Entonces, ¿cuándo vienes?

—Cuando me invites —murmuró ella.

—Pero si siempre te invitas tú sola, no sabía que ahora quisieras que te enviase un carro tirado por caballos y una tarjeta impresa con letras doradas.

—¿A qué ya no voy?

—Pues no vengas.

—Mañana por la tarde estoy ahí.

—Tengo turno en el hospital.

—Cogeré la llave que guardas en la cajita del timbre.

—Pues bien.

—Pues claro que bien.

—¡Eso he dicho!

—¡Buenas noches!

—¡Buenos días, querrás decir!

Pero ella ya le había colgado.

Sintió el vacío de los últimos días un poco más camuflado, sin embargo, surgían nuevos interrogantes. Aunque quisiera dejar Toulouse atrás, parecía que las personas que se habían quedado ahí venían a buscarlo.

Él, por otro lado, tampoco se había desprendido de ellas del todo. No podría hasta que no resolviese las dudas, la inquietud de las noches y los días que había pasado escondido, temiendo que, en cualquier momento, alguien encendería la luz que lo inculparía por ese delito, tan humano y tan egoísta.

Apagó la luz de la cocina y se quedó en la penumbra, sentado frente a la mesa con los codos apoyados en la mesa y el teléfono móvil en la mano. Encendía y apagaba la pantalla una y otra vez. Era su mecanismo de defensa contra todo aquello para lo que no tenía respuestas.

Ya eran más de las cinco. Habían pasado muchas horas, días, semanas, y su nombre no parpadeaba. No había señal alguna, ni siquiera pensaba que la llegase a haber en el futuro, al menos no en el más inmediato.

Se levantó y cogió una sudadera gris que siempre dejaba en el armario de la entrada, salió por la puerta de la cocina y bajó las escaleras del porche trasero. Poco después sintió cómo el suelo, la arena de la playa, cedía bajo sus pisadas.

Dio algunos pasos en dirección a la luz de la casa que había varios metros más allá de la suya. Estaba ahí, como todas las madrugadas. Levantó la cabeza de la pantalla de su portátil y le sonrió ampliamente.

—Buenos días, vecino —saludó con voz dulce y cercana.

Eric sacó una mano del bolsillo del pantalón y le devolvió el saludo.

—Buenos días, África.

—¿Has salvado muchas vidas? —preguntó, aunque Eric no se detuvo en ningún momento.

—Ninguna esta noche —contestó—. ¿Has matado a mucha gente en tu nueva novela?

—A nadie esta mañana —respondió ella con una sonrisa franca en la boca.

Eric volvió a levantar la mano cuando dejó a su espalda el porche de la escritora. Frunció el ceño, involuntariamente, y sonrió. Últimamente tenía la sensación de que estaba rodeado de mujeres, y, aunque a cualquiera le hubiese gustado, a él comenzaba a hacérselo extraño. No quería reemplazar a Danielle, porque nadie podría, pero tampoco era capaz de seguir renunciando a hacer

amigos. Llegaría el día en el que ella no podría venir desde Madrid para escuchar sus penas.

Se paró en seco.

—Oye, vecina —gritó—, voy a por café aquí al lado, ¿quieres algo?

África se asomó por la barandilla de madera y asintió con la cabeza enérgicamente.

—Uno con leche y sin azúcar.

Levantó el pulgar y siguió andando.

Quizá, después de todo, no era malo estar rodeado de mujeres, puede que ellas supiesen qué podría hacer para solucionar todo aquel embolado.

Puede que...

Volvió a darse la vuelta.

Habló todavía más alto que la vez anterior.

—¡Vecina!

Ella volvió a asomarse, riéndose en silencio.

—¿Qué?

—¿Qué haces mañana por la noche?

—Tengo novio, Eric.

Él no pudo evitar reírse a carcajadas.

—¿Qué respuesta es esa? ¿Por qué me dices eso?

—Porque tú tienes fama de ligón en el vecindario —aclaró ella.

—Y también tengo, mañana por la noche, una cena con amigas en mi casa.

Algo que acababa de improvisar, aunque ella no lo supiese.

—¡Ah! —exclamó África—. En ese caso, llevaré vino.

—No bebo, en realidad.

—¿Quién ha dicho que el vino sea para ti?

Eric no sabía cómo lo hacían, pero al final todas le ganaban en las batallas verbales. Por aquel día, mujeres tres, él cero. Por no hablar de aquellas que no se habían pronunciado por el momento. Desde luego, si lo dejado atrás no había sido fácil, lo que estaba por venir tampoco lo sería.

Capítulo 3

—Ve inmediatamente a la sala cuatro. Se ha desmayado una paciente cuando le iban a sacar sangre y la chica que está en prácticas se ha puesto a gritar —le ordenó la jefa de enfermeros.

Eric salió de detrás de la mesa y fue directo adonde lo habían enviado.

Ese día tenía urgencias y también la cena. Y no sabía cuál de las dos cosas era más peligrosa. Por no hablar de que tendría que despedirse de Francisco, sabiendo ambos que apenas le quedaban unos pocos meses de vida. Era un hombre mayor, sin embargo, como él le había dicho, todavía le quedaban muchos momentos por vivir y muchos libros que leer.

Entró en la sala y encontró a una chica rubia tumbada sobre la camilla. Miró su ficha médica y se acercó a ella.

—Virginia, ¿me escucha?

Esta abrió sus ojos azules como buenamente pudo. Estaba pálida, una Blancanieves envenenada, y tenía los labios morados.

—Me voy a caer, doctor.

Eric mostró una sonrisa tranquilizadora y le tocó la frente para descubrir que estaba fría.

—Soy su enfermero y no, no se va a caer, sobre todo porque está tumbada.

—Es que me mareo, ¿sabe usted?

—Nos hemos enterado todos, descuide.

La chica se llevó una mano a la cara y notó que se ruborizaba.

Él inclinó la cabeza hacia un lado.

—Eso es buena señal —señaló la rojez de sus mejillas—, significa que la sangre vuelve a circular. ¿Quiere que avise a alguien?

—Mi amiga está en la sala de espera.

—¿Cómo se llama? —preguntó él.

—Ana. ¿Podría dejarla pasar? Siempre me distrae contándome idioteces —explicó ella, como si eso pudiese persuadir al enfermero.

—Lo haré.

Salió por la puerta y buscó entre la multitud a alguien que tuviese cara de encontrarse bien. Vio a una chica con vaqueros y camiseta blanca de pie en una esquina.

—¿Ana?

Ella dejó de cruzar los brazos y pareció asustada.

—Sí, ¿está bien? No me diga que se ha desmayado.

—Lo ha hecho, me temo. ¿Quiere pasar?

Ella asintió.

—Es que le dan miedo las jeringuillas, la sangre y los hospitales —comentó la muchacha.

A Eric le hizo gracia la extraña pareja que formaban aquellas dos muchachas. Parecían un dúo cómico.

En cuanto volvieron a la sala, Ana fue hacia la paciente y la cogió de la mano.

—¿Te has tumbado desde el principio?

—Sí, claro que lo he hecho.

—¿Y cómo es que te has desmayado?

—Oh, perdona por no poder evitar algo inevitable.

—Si no hubieses querido subir a lo alto del monte, no te habría dado ese vahído y no habríamos tenido que venir.

—¡Ya estamos!

—Y tú venga a andar, y yo: «Virginia, que te va a dar algo», y aquí estamos. Para una tarde que tenemos libre, y tú quieres hacer senderismo. ¡Si ni siquiera te gusta la naturaleza!

—Pues claro que me gusta —protestó su amiga.

—Sí, vista desde el sofá, en una televisión de veinte pulgadas con Liam Hemsworth sin camiseta.

—Perdona, pero, ¿te acuerdas de todas las escaleras que subí por ti en la ciudadela de Carasona?

Eric se tensó. Parecía que Francia volvía de todas las maneras posibles, queriendo chocar con él y aniquilar su entereza y buen humor.

—¿Por mí? —inquirió con voz aguda.

—Escaleras y más escaleras. No me quejé ni una sola vez. ¡Ni una! Ni siquiera cuando nos perdimos.

—Por tu culpa.

—O por la tuya, ¿quién sabe?

Ana miró a Eric y negó con la cabeza.

Este no sabía si sonreír o salir corriendo. Las mujeres eran una especie extraña cuyos pensamientos no podía adivinar. Ni siquiera estaba seguro de si estaban discutiendo o no.

La chica le dio un par de palmaditas en la rodilla.

—¿Se pondrá bien?

—Sí, descuiden. En cuanto estén los resultados, el doctor las recibirá.

—Muchas gracias... —Ana entrecerró un poco los ojos para alcanzar a leer la credencial del enfermero—, Eric.

—¿No nos conocemos? —preguntó Virginia.

Por un momento, Eric tuvo miedo de que así fuese, de que se tratase de algún antiguo amor. Lo único que le faltaba para rematar su vida.

—Tus ganas —contestó Ana.

—¡Y las tuyas! —le recriminó la convaleciente entre dientes, aunque lo suficientemente enfática para que el chico la escuchara.

Intentó no reír. Se despidió de ellas y volvió a su puesto de trabajo. Sí, las mujeres eran una incógnita, pero le seguían pareciendo maravillosas.

Subió a su planta habitual, recorrió el pasillo y llamó a la puerta, entreabierta, como de costumbre. Sobre la cama, después de escuchar un *adelante* casi mudo, estaba inclinado aquel hombre del que se despediría después de todo ese tiempo y sin poder ofrecerle un atisbo de esperanza.

—Francisco, ¿puedo ayudarlo? —preguntó.

—Claro, Eric, ven, ven aquí, muchacho.

Siempre le había llamado muchacho, algo que, por extraño que parezca, hacía sentir querido a Eric.

—¿Qué puedo hacer?

—Quiero que te deshagas de todos esos libros.

Señaló hacia la mesa, donde había una cuarentena de ejemplares, algunos más voluminosos, otros más finos. Uno de los mayores tesoros del hombre: sus historias y su manera peculiar de evadirse del mundo.

—¿Deshacerme de ellos?

Eric había fruncido el ceño ante esa petición tan desafortunada.

—No me malinterpretes, pero, ¿yo para qué los quiero?

El enfermero se había acercado a ellos y ojeaba algunos por encima. Reconocía los títulos de los clásicos, estaba menos familiarizado con los contemporáneos.

—Puede que sus hijos los quieran, ¿no le parece?

El hombre se sentó como pudo en el borde de la cama y le hizo una señal para que se acercase y tomase asiento a su lado.

—Tengo cinco hijos, ¿sabes? Cinco, ni más ni menos.

—Son unos cuantos —añadió Eric.

Francisco sonrió y sobre su cara se expandieron decenas de arrugas que le ablandaban la expresión propia de la vejez.

—Mi mujer, Elena, quería tener una familia numerosa, pero ella se fue demasiado pronto. No llegó a conocer a ninguno de nuestros nietos, me dejó con la responsabilidad de ofrecer el amor que ella no pudo.

—Lo lamento —susurró.

—Ahora, cada uno vive su vida, lejos de mí. No me considero un mal padre, muchacho, pero ellos tienen derecho a vivir de la manera que han elegido.

—No creo que eso sea una excusa para que no lo acompañen.

—Lo harían si supiesen que estoy hospitalizado.

Eric abrió mucho los ojos, mostrando la desagradable sorpresa que le provocaba descubrir eso.

—¿Por qué haría algo así?

—Porque quiero que me recuerden fuerte. No tienen por qué ver en lo que me he convertido —explicó con la mirada clavada en el suelo.

—¿En un hombre excepcional?

Volvió a sonreírle y le pasó un brazo alrededor de los hombros.

—Me recuerdas a mi hijo pequeño. Siempre ve lo bueno de las personas, aunque no se acerque a ellas, ¿también te pasa?

—Yo sí que me acerco, pero acabo haciéndoles daño.

—Prométeme que nunca te crearás eso que acabas de decir —pidió—. Y que encontrarás un dueño para todos esos libros, porque me veo incapaz de llevármelos a casa ahora que vuelvo a ella por unos pocos días.

—¿Y qué quiere que haga con ellos? ¿No sería mejor que se los hiciese llegar a sus hijos?

—Dos de ellas viven en Asturias, otro en Berlín, el cuarto en Almería y el

quinto va y viene, tiene un barco de pesca. A ninguno le interesa demasiado la lectura.

—¿Y sus nietos?

Negó con la cabeza.

—Entonces, ¿quiere que los regale?

—Quiero que hagas lo que consideres, ¿vale?

—Pero...

—Todo irá bien. Cuando has vivido tanto como yo, sabes que hay cosas que ya no se pueden solucionar hablando. Pero tú, Eric, puedes hacerlo todavía.

Él evitó mirarlo directamente, pero Francisco no se dio por vencido.

—¿Y bien? ¿Hay alguien con quien tengas que hablar?

—Demasiadas personas, me temo.

—Pues te aconsejo que empieces ya, muchacho, porque mis años te alcanzarán antes de que puedas darte cuenta, y, entonces, regalarás tus cosas porque esas no podrás llevártelas, sin embargo, el amor de los tuyos sí. Decide ahora quién quieres ser después.

Solo fue capaz de hacer un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Me ocuparé de los libros.

—Gracias.

Se había levantado para huir de aquella habitación antes de que hiciese más mella en él de la que ya lo había hecho.

—Francisco, sabe que lo aprecio, ojalá todo fuese diferente.

—Hay muchas cosas que pueden ser diferentes.

Eric sonrió y puso los ojos en blanco mientras negaba con la cabeza.

—Ya lo he entendido, no se ponga pesado.

—Se me perdona porque estoy terminal. —Río el hombre.

—¿Cómo puede bromear con algo así?

—Porque la vida está hecha de los momentos en los que nos reímos. Seguro que hoy has visto a muchas personas que sufren, pero a otras tantas que se han reído, y me apuesto cualquier cosa a que esas sonrisas no se te van a olvidar nunca.

—Intentaré seguir ese consejo.

—Hazlo, te prometo que serás feliz de una manera que nunca habrías podido imaginar.

—Gracias —dijo antes de salir por la puerta.

No podría soportar una despedida afectuosa. No más de lo que ya lo había

vido. No esperaba recibir tanta información ni una tarea. Todo eran noes. No, no, no. Y, sin embargo, le había ofrecido otra posibilidad, la del sí. La de decir sí, porque de lo contrario solo le quedaba la incertidumbre.

Capítulo 4

En cuanto abrió la puerta, la vio en lo alto de la escalera. Llevaba un jersey ancho que la cubría por encima de las rodillas. Bajó los escalones de dos en dos y saltó a sus brazos como si llevasen lustros sin verse cuando solo había transcurrido poco más de un mes. Lo rodeó con las piernas y los brazos y lo besó tantas veces en las mejillas que Eric acabó quejándose. No era muy propenso a esas muestras desorbitadas de cariño, pero por dentro... Ojalá alguien hubiese podido sentir lo que él estaba experimentando en aquel momento. Era feliz de verdad, en ese instante eterno en el que vuelven a encontrarse dos personas que se quieren.

—Te he echado tanto de menos que...

Volvió a besarlo hasta seis veces en la mejilla derecha.

—Para... —pidió él.

—No quiero.

Y otro beso, y otro más. Hasta que cedió y él también le llenó las mejillas del cariño que tan mal se le daba expresar.

—¿Y tu marido?

—Llega mañana —contestó cuando la dejó en el suelo.

—¿No me digas que, al fin, va a venir?

—Ya le he dicho que estás dolido.

—Yo no estoy dolido —manifestó con el ceño fruncido, negando lo evidente.

—Ya.

Danielle le palmeó la espalda y lo condujo hacia el comedor.

—Yo entiendo que estés enfadado, la verdad —continuó hablando la muchacha.

—¡Y dale! Que no estoy enfadado, ¿no me escuchas?

—Es tu mejor amigo y últimamente ha estado un poco alejado, es normal que te sientas como la amante a la que, de repente, se la deja desatendida por la mujer legítima.

—Pero... —Eric puso cara de estar escuchando un discurso en chino—, ¿de qué coño me estás hablando? Además, sabes que mi mejor amiga eres tú.

—Vosotros tenéis otra cosa, algo que yo no te puedo dar.

—¿Por qué haces que suene tan deshonesto?

—Tú lo entiendes así. —Rio ella entre dientes.

Se habían sentado, como antaño, en el sofá. Uno al lado del otro, uno frente al otro, pero buscando el contacto de las manos. Las miradas decían tanto como antes.

—Entonces, ¿mañana me dará lo que él sabe darme? —preguntó enarcando las cejas y lamiéndose los labios.

Danielle no pudo evitar reírse y volver a abrazarlo. Sabía que no era un buen momento para él. Pero no podía ignorar la tranquilidad que sentía cuando Eric estaba cerca, era como si el tiempo nunca hubiese pasado y siguieran tras esas paredes, como si no se hubiese mudado, ni enamorado de uno de sus mejores amigos, ni se hubiese casado con él, ni...

Tocaron al timbre.

Eric se dio un par de golpecitos en la frente.

—Vienen unas amigas a cenar, ¿te molesta?

—Claro que no, ya me imaginaba que intentarías distraerme del interrogatorio que he venido a hacerte, por eso traigo refuerzos.

—Ricardo.

—Ricardo —confirmó ella.

—Sois horribles —acusó Eric mientras se dirigía a la puerta.

—Pero nos quieres igualmente, para que veas.

Hizo girar el pomo de la puerta de la entrada y al otro lado se encontró a África, que nunca había estado en su casa. Llevaba dos botellas de vino, una en cada mano. Las levantó y las agitó como dos maracas.

—¡Vecino!

—Vecina, pasa, por favor. Siéntete como en tu casa.

Ella asintió y aceptó la invitación de buena gana. Se dejó guiar por la luz del pasillo que llevaba al comedor.

—Tiene una distribución diferente a la mía —señaló.

—Quitó algunos tabiques y puse otros —le contó—. Deja que te presente a Danielle.

Ya se había puesto en pie e iba en dirección a ella para estrecharle la mano con efusividad. Al final, entre risas, optaron por un abrazo.

—¿Es tu chica? —curioseó la invitada.

—Soy su chica especial —comentó Dany—, pero...

Enseñó la mano con las alianzas de compromiso y matrimonio.

—Deja de decirle cosas que va a malinterpretar, idiota —la regañó Eric.

Ella le dio la razón como a los tontos ante la impertérrita mirada de África.

Dany la cogió de las manos y la obligó a sentarse en el sofá al tiempo que Eric volvía a encaminarse a la puerta para abrirla una vez más.

—¿Y a qué te dedicas, África?

—Soy bibliotecaria y escritora, ¿tú?

—Soy escultora, desde hace algún tiempo de manera profesional, aunque sigo compaginándolo con algo que me encanta: la historia del arte. Soy guía en una galería modernista de Madrid y... ¡Dios, no paro de hablar de mí!

—Tranquila, no pasa nada —la hizo saber la vecina de su mejor amigo, que regresaba con Macarena a su izquierda, a la que Dany recordaba de alguna visita al hospital, y de Laura.

La presencia de esta última la sorprendió más.

Se acercó a ellas para saludarlas. Laura la acogió en un abrazo propio de otros tiempos en los que ella había sido su principal aliada en esa encarnizada lucha del amor.

Miró a Eric de reojo y no comprendió qué estaba haciendo su amigo. ¿Qué pretendía con aquella reunión rodeado de mujeres? ¿Y por qué ellas en concreto? ¿Por qué estaba ahí su ex?

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó.

—Cenar, supongo —contestó él—. Y después lo que queráis. Si me fusiláis, no me parecerá mal.

Laura hizo una mueca que no le pasó inadvertida a África.

Danielle se encargó de presentarlas y, a continuación, en círculo, ocuparon la alfombra que había debajo de la mesita del café.

—África es escritora.

—¡Anda! —exclamó Laura—. ¿Qué escribes?

—Novela romántica histórica y juvenil —contestó ella, con ímpetu y orgullo, cosas que hicieron sonreír a todas las mujeres.

—¿Te ha dicho ya Eric, con algún comentario sutil, lo que opina sobre la novela romántica? —indagó Macarena.

—Pues, a no ser que me haya engañado descaradamente, ha leído lo que he escrito y me ha dicho que le han gustado mis novelas.

La sorpresa fue evidente en las caras de Laura y Macarena, no así en la Danielle, que se limitó a sonreír y a apretarle el hombro a África.

—Me ha engañado, ¿no?

—¿Quién te ha engañado? —preguntó Eric, que salía de la cocina con una enorme bandeja llena de canapés y aperitivos que había dejado preparados antes de marcharse al hospital.

—Según tus amigas, tú. ¿No te gusta la novela romántica?

—No es mi género predilecto, pero tampoco me disgusta.

—Pero... ¡Si me dijiste que te encantaba! —exclamó su vecina, de pronto horrorizada con la idea de que le hubiese dicho solo lo que necesitaba escuchar.

—Así es. Me encantan tus novelas, con ellas he descubierto que no está bien prejuzgar la literatura. Ahora leería una novela romántica sin pensar lo que pensaba antes. Y me gustaría. Pero, si tengo que elegir, como todos, tengo mis autores favoritos.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo George R. Martin y Patrick Rothfuss.

—Madre mía... —murmuró África con los ojos bien abiertos y la boquita también—. ¡Me encanta! —gritó con una sonrisa enorme en los labios.

Eric sonrió y decenas de arrugas de expresión se dibujaron alrededor de sus ojos y su boca.

—Pero, espera —intervino África de nuevo—, ¿qué pensabas antes sobre la novela romántica?

—Creía que habíamos quedado en que me fusilaríais después de cenar, ¿qué tal si nos atenemos a lo acordado?

Picotearon algo y hablaron de asuntos ajenos a ese extraño grupo que se había reunido en casa de Eric aquella noche. El cambio climático estaba entre esos temas, lo que provocó la intervención de Danielle.

—¡Hay que comprometerse con el planeta!

—Estoy de acuerdo —afirmó Maca—. ¿Cuántos años creéis que podréis tener estas casas tan cerca del mar? Cuando crezca el nivel del agua a causa del calentamiento global, no habrá nada que podáis hacer.

—No digo que no tengas razón, pero, mientras tanto, ¿qué debería hacer? ¿Vender la casa? —preguntó Eric.

—No, sin embargo, ser consciente de que puedes contribuir de alguna manera a la mejora de nuestro ecosistema, sería bastante bueno, ¿no crees?

—Y lo hago. Reciclo continuamente, y he plantado varios árboles.

—Yo he escrito varios libros.

—Y yo he viajado —apuntó Dany.

—Ya nos podemos morir.

Se rieron todos menos Laura, que estaba fuera de la conversación. Fingía que comía, pero no lo hacía.

Le había sorprendido que Eric se acercase a ella ese mediodía en el hospital. La había mirado como el último día en el que estuvieron juntos bajo ese techo. No había vuelto a entrar en la casa desde hacía meses y ahora se sentía una extraña, temerosa de derramar el vino sobre la alfombra o de tocar alguno de los objetos que nunca habían sido suyos.

Le había pedido que viniese, que no hiciera preguntas, porque lo entendería cuando estuviera ahí, pero no lo comprendía. Así que, como no tenía nada que perder, y aunque pudiese sonar grosera, habló y fue tajante al hacerlo, porque había sufrido, había sentido el dolor profundo de querer y perder a Eric, una y otra vez, hasta llegar la definitiva. Ahora estaba mejor, podía seguir y tenía ganas de hacerlo. Estaba conociendo a gente nueva, volvía a respirar y ya no deseaba la bombona de oxígeno que la había mantenido con fe durante bastante tiempo.

Ya no.

—¿Qué hacemos aquí, Eric?

Lo preguntó en plural, pero solo le importaba saber qué era lo que ella hacía allí.

—Quiero contaros algo.

Miró a Dany porque ella, probablemente, sería la única capaz de sospechar.

—¿A mí también? —preguntó África—. Lo digo porque parece serio, y no sé si haberte prestado sal una vez y tú haberme traído un café supone que...

Eric levantó la mano para que callara y ella lo hizo.

—Necesito vuestra opinión —aclaró—. Vuestra opinión de mujeres.

A Macarena se le atragantó el vino. Tosió.

—Espera, ¿que tú quieres nuestra opinión para algo? Pero si siempre haces lo que te da la gana.

—Y es evidente que no me ha ido bien.

Laura se apoyó en la mesita para impulsarse y se puso de pie.

—Yo me voy a ir, si me disculpáis.

—Laura, por favor —le pidió Eric.

Pero ella no atendió a razones, así que no tuvo otra opción que salir del salón y seguirla hasta la puerta de salida.

—Espera un segundo. —La cogió del brazo y la retuvo con la puerta entreabierta.

—¿Qué quieres, Eric? No creo que nos hayas traído aquí para comer tostadas con sobrasada y salmón ahumado, hablar de la capa de ozono y de la situación actual del panorama editorial y lector con respecto a la novela romántica. No, si estamos aquí es porque quieres hablar de algo personal, y yo, aunque te duela, no quiero escucharlo.

—Hice las cosas mal contigo y...

—Y no sigas haciéndolas. No te voy a dar ningún consejo ni voy a escuchar tus penas.

—¿Mis penas? —preguntó después de soltarla.

—Venga, Eric, estás hecho una mierda. No sé qué te ha pasado en los últimos meses, pero, desde luego, no lleva mi nombre. De hecho, cuando me dejaste, se te veía bastante bien. Lo que te haya pasado, vino después.

—¿Crees que estaba bien?

—Estabas mucho mejor que cuando estábamos juntos.

—¡Por eso lo dejamos! —dijo en voz demasiado alta.

Ella lo corrigió.

—Me dejaste. No me avergüenza decirlo. No hagas ver que esto no fue decisión tuya.

—Piensas que nunca te quise.

No era una pregunta, sino una afirmación.

—Me parece que quisiste hacerlo, pero no pudiste. Y ahora puedes, quieres a alguien y no sabes cómo. Esperas que venga aquí, con tus amigas, y te diga qué hiciste mal conmigo para que puedas hacerlo bien con otras. ¿Te parece normal?

—Ni siquiera me has dejado abrir la boca.

—Pues dime aquí y ahora que me equivoco y me disculparé, volveré ahí dentro y escucharé cómo nos cuentas que tienes un cáncer terminal y que nos vas a dejar en herencia tus cosas.

—No puedo creer que prefieras que me muera a que cuente que quiero a alguien —expresó Eric, dolido.

—Hasta ese punto te quiero. Ahora que estás enamorado de alguien, tal vez lo entiendas —escupió ella, sin sentirse culpable en absoluto—. Será mejor que evites hablarme porque yo, por mi parte, no tengo nada que hablar contigo. No hablábamos cuando estábamos juntos, ¿qué interés tengo en hacerlo ahora?

—Laura, por favor.

—Adiós, Eric.

Con un portazo, dejó a Eric al otro lado de la puerta, sintiéndose más culpable de lo que ya se sentía, y sin poder decirle a Laura que lo lamentaba y que la había llamado para que comprendiese que, después de todo, él seguía siendo un idiota que hería a las personas que quería, que una vez quiso.

Pero eso ella nunca llegaría a saberlo, porque se había marchado sin llegar a escuchar la verdad que había estado guardando en silencio, sin compartir con nadie por el temor a que nadie pudiese comprenderlo.

Se apoyó en el umbral de la puerta del salón y miró a las tres mujeres, que lo contemplaban con cierta pena.

—A lo mejor, después de todo, no ha sido tan buena idea reuniros aquí.

Tenía el ceño fruncido, como si se hubiese colocado el traje de los jueves, y los ojos brillantes.

—Quedaos a cenar y... la casa es vuestra. Necesito... Necesito pensar ahora mismo.

—Eric —lo llamó Danielle—, para, ven aquí. No tenemos que hablar de nada si no quieres, pero, cariño, no te vayas a esa habitación oscura. Quédate. Cena con nosotras, permítete ser un hombre que vive su vida, aunque otros ya no estén en ella.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan sabia?

Dany se había puesto en pie y abría los brazos para que el chico, mucho más alto que ella, fuese a refugiarse en ellos.

Lo hizo sin sentir que las miradas estaban sobre él.

—Hablemos de trabajo, ese tema siempre es terreno neutral —recomendó África.

—Hoy le han dado el alta a un hombre al que aprecio muchísimo y que se va a morir de cáncer de colon en breve —expuso Eric.

África puso una cara extraña y miró de reojo a Dany. Intervino de nuevo.

—Hablemos del tiempo, ese tema siempre es un terreno neutral.

Eric levantó los ojos de su copa, la miró serio al principio y después se echó a reír.

Estaba rodeado de mujeres, y pese a lo que había creído, ninguna de ellas podría imaginar en qué estaba pensando en ese momento.

Necesitaba a su mejor amigo, porque él podría darle eso que ellas no podrían: no el consejo, sino la comprensión de saber por qué en ese instante se sentía la persona más infeliz y despreciable en kilómetros a la redonda.

Capítulo 5

Alguien le abofeteó en la cara.

Eric cerró los ojos con fuerza y se giró en la cama, pensando que todo había sido parte de un sueño. Uno malo, evidentemente.

—Despierta ya.

La voz era grave, de hombre, de sobra conocida.

Volvió a colocarse boca arriba y abrió un ojo.

—¿Ricardo?

—Arriba —le ordenó.

—¿Qué...?

Lo cogió por los hombros y lo incorporó. Lo empujó fuera de la cama y lo llevó hasta el baño. Abrió el grifo del agua caliente.

—Desnúdate.

—¿Ahora te va eso? —se burló Eric.

—¿Quieres que lo haga yo mismo? No tengo pudor alguno, te lo he visto ya todo, muchas veces, en realidad.

—¿Y cuanto más me ves desnudo más te gusta? Mira que tu mujer duerme en la habitación de al lado.

La expresión de Ricardo, de madurez y entereza, lo hizo balancearse sobre su broma.

—¿Vas a dejar que me duche tranquilo?

—No, tenemos que hablar.

—¿Y no puedes esperar tres minutos?

—No cuando mi mujer me llama preocupada en medio de la madrugada para decirme que estás al borde del colapso. Hablaremos ahora.

Eric se quitó la camiseta a regañadientes. Ricardo dio un par de pasos hacia él y colocó las manos sobre sus hombros.

Ricardo era el mayor de los tres, tan solo un par de años, pero había algo distinto en la forma que tenía de mirarlos y de comprender que todos, tarde o temprano, se podían equivocar.

—¿Ahora es cuando me besas?

A su amigo se le dibujó una media sonrisa y después le dio un beso en la mejilla, algo que no solían hacer a menudo, pero que tampoco evitaban si era necesario.

—Eres mi hermano, Eric. No como un hermano, sino mi hermano. Lo único que quiero es que estés bien, y ahora mismo no lo estás.

Eric apartó la mirada. Odiaba esos accesos de sentimentalidad, porque lo vencían. Se quedaba desnudo, como ya lo estaba, y no podía evitar mostrar todo lo que callaba por temor.

—Venga, ya está bien.

Se apartó un poco de su lado, se desnudó del todo y se sumergió bajo el agua hirviendo.

Ricardo se apoyó en el lavamanos.

—¿Hasta cuándo os vais a quedar? —preguntó.

—Hasta el domingo.

—¿Cuatro días?

—¿Acaso ya nos quieres echar?

—Depende de cuánto me deis por saco con vuestras teorías sobre mis penas y mis glorias —expuso.

—Ah, no sabía que tuvieses glorias.

Aunque Ricardo no lo vio, Eric sonrió mientras se enjabonaba el pelo.

—¿Cómo se te ocurrió invitar a Laura?

Su amigo no había tardado mucho en poner el tema sobre la palestra.

—Solo quería disculparme.

Ricardo emitió un profundo suspiro que no le pasó inadvertido al chico.

—Creo que lo que querías era contarle una versión de ti mismo que pudiese ayudarla a odiarte todavía más o a comprender que no solo te portaste mal con ella, sino también con la chica de la que te has enamorado. Puede que ambas.

—Yo no estoy enamorado.

—Ya.

—¿Ya qué?

Había abierto la mampara y asomaba la cabeza para observar al hombre, esbelto y alto, un poco más que él, que lo contemplaba con la mirada serena,

aunque ahí había un cierto halo de preocupación que le envolvía las retinas y la forma en la que, de vez en cuando, entrecerraba los ojos.

—Podemos jugar a esto todo lo que quieras, Eric. No me importa.

—¿Jugar a qué? —insistió, cada vez más molesto.

—A los silencios y a las respuestas esquivas —aclaró.

—¿Qué más quieres que te cuente, si Dany ya te habrá puesto al día?

—No lo ha hecho. Ya sabes cómo somos: ella te guarda los secretos, tú me los guardas a mí y a ella. Yo soy el último en enterarme, porque siempre intentáis solucionar las cosas antes de que pueda intervenir.

—¿Celoso?

—El día que esté celoso de ti, no estaré encerrado en un baño contigo, desnudo para más colmo.

—Siempre hablando como un señor.

—Siempre —admitió Ricardo—. Vístete y vámonos.

—¿Adónde?

—A dar un paseo, tenemos que hablar —insistió su amigo.

Eric dejó de poner el grito en el cielo por medio del sarcasmo. Acabó de ducharse y se vistió, al tiempo que le hacía preguntas sobre cosas neutrales a Ricardo.

Quince minutos después, se alejaban de la casa.

Ambos caminaban con las manos escondidas en los bolsillos. Danielle los había visto marchar desde la ventana del segundo piso. Había sentido un estremecimiento, como si advirtiese que, muy pronto, se formaría un huracán de emociones.

Ricardo se atrevía a mirarlo de refilón cada pocos pasos. Eric, sin embargo, seguía con la mirada fija en el horizonte, pensando en cómo se había precipitado su vida, hacia dónde había ido sin él quererlo en absoluto.

—¿Y si no he hecho nada bien? —dijo de pronto—. ¿Y si siempre he ido buscando algo que no me hace bien? ¿Qué pasaría si me he estado engañado a mí mismo durante todos estos años?

—¿Estás saliendo del armario?

Eric no hizo ningún comentario, solo agachó la cabeza. Escuchó cómo el aire se escapaba de los pulmones de su amigo. Después, colocó un brazo alrededor de sus hombros y sintió alivio.

—¿Por qué no me cuentas qué has estado haciendo estos meses? —sugirió.

—He estado equivocándome.

—Pesimista.

—Realista.

—Exagerado.

—Bueno, ya está bien, esto no es *Pasapalabra* —comentó Eric—. Solo digo que, sin darme cuenta, he hecho justo lo contrario a lo que debería.

—¿Y cómo estás tan seguro? Déjate de acertijos. Siempre nos lo hemos contado todo, incluso sabías que estaba enamorado de Dany. Joder, Eric, que soy yo, ¿qué demonios ha pasado en Toulouse?

—Me gusta cuando te exasperas —dijo él, con una sonrisa un tanto malévola en los labios.

—¡No me jodas!

—Ahí, recupera la vena macarra y déjate de tanta filosofía.

—Cabrón, ¿me vas a tener aquí cuatro días sin abrir la boca? He venido desde Madrid para llevar a cabo mi rol de mejor amigo, haz el favor.

Eric se detuvo frente a la orilla y, abstraído de todo, contempló durante casi un minuto, en profundo silencio, cómo las olas iban y volvían y traían los recuerdos en un orden casi cronológico.

—Ya que estamos aquí, quizá pueda empezar por...

Tragó saliva porque se le atragantaron demasiados nombres seguidos, y no todos eran de mujer.

Entonces

Capítulo 6

Supo por qué la llamaron Abril muchos años después, sin embargo, en la Nochevieja de sus dieciocho, le contaron otra historia que se quedó rugiendo en silencio durante mucho tiempo.

Siempre quiso creer que la elección se debía a su musicalidad o a lo extraño que sonaba en lengua francesa. No era una Marie ni una Josèphine al uso. Era un nombre español que además designaba un mes. Abril. Sonaba a aire y le gustaba. A aire que se pierde entre los tallos de las violetas y los pétalos de los jazmines. Su nombre era lo único que le hacía sentir la calidez de muchas de las cosas que no había encontrado. Surgió en el mar, con el oleaje dándole brío, impulsándolo hasta más allá de las fronteras. Nació como un amor fugaz de verano en las playas de Mallorca, cuando su madre no tenía más de veinte años.

Conoció a Manuel la noche de San Juan. Es lo único que sabía de él, su nombre y que tenía sus ojos y su boca. Su madre, Ephie, aseguraba que también heredó el carácter jovial a la par que distante. Aunque contradictorias, esas fueron las dos cosas que la hicieron suspirar por él. Pero ella era conocedora de muchos otros secretos, algunos que Abril no podía ni sospechar. No sabía si deseaba, realmente, formar parte de esa historia que, en realidad, no narraba nada que ella pudiese comprender.

Sin embargo, hay madrugadas que cuentan más que las palabras y las personas.

Aquel año, Abril acababa de cumplir dieciocho y había entrado en la carrera que le gustaba, la de audiovisuales. Aquel año había salido en serio, por primera vez, con el chico que le gustaba. Aquel año se acababa por fin y su madre quería hablar.

La terraza de su familia, que daba a la Rue de Saint Etiènnie, estaba

alumbrada por pequeñas bombillas de luz blanquecina. Sus tíos, ambos decoradores, habían hecho un buen trabajo con la casa en general, pero el balcón, amplio y antiguo, con sus paredes recubiertas de ladrillo añil y las dos columnas con capiteles a uno y otro lado, la tenían fascinada. Se veía parte del casco antiguo de Toulouse desde ahí. Se percibía el reflejo del agua del río Garona. Se vislumbraba la calle en la que François le dio su primer beso.

Acababan de anunciar el año nuevo y todos brindaban. Sus ojos chispeaban con el champán burbujeante que había estado tomando a sorbos desde las ocho de la tarde. Llevaba un viejo vestido plateado de satén que una vez fue de su prima y unos zapatos planos. El pelo castaño, ensortijado hasta la altura de los codos, se arremolinaba sobre su espalda cuando soplaba el viento en esa dirección. Ya era uno de enero y se esperaba un nuevo año en el que podría arriesgarse a ser diferente, un poco más Abril y un tanto menos la chica que se escondía entre tazas de té, perdida por calles que ya nadie frecuentaba. Siempre se prometía lo mismo, no obstante, una parte de ella temía que aquel año, como los anteriores, fuese a acaecer siguiendo los mismos pasos.

Se había apoyado sobre la barandilla y su madre había salido a su encuentro. Le colocó una fina manta por encima de los hombros y le dio un beso en la sien. Era joven y hermosa. Puede que no suene muy objetivo siendo Abril su hija, pero ella aseguraba que, envuelta por el color bermejo de su traje, con su tez apenas desdibujaba bajo el maquillaje, tuvo la impresión de que era la mujer más bonita del mundo.

A Abril le gustaba el silencio, le ofrecía una paz que no albergaba el ruido en general ni las conversaciones que no decían nada, pero que se extienden durante demasiado tiempo. Ephie era todo lo contrario a ella: era un remolino impetuoso de emociones y una risa que resonaba en cada esquina y en todas las bocas que acababan contagiándose de su buen humor.

Comenzó así, contándole sus planes para el año entrante, diciéndole que, entonces más que nunca, tenía ganas de viajar, de retomar viejas costumbres que había aparcado. Abril entendió que ella era culpable, al menos en parte, de aquellos cambios que había tenido que hacer en su vida cuando decidió tenerla. Pero ahora ya no era una niña y ella seguía siendo joven y necesitaba recuperarse a sí misma.

Tras eso vinieron las preguntas.

Jamás tuvieron grandes secretos, quizá se debía a que Ephie siempre había intentado ser demasiadas cosas para su hija: madre, padre, hermana, amiga. En

cada una de sus facetas era capaz de obtener la información deseada, por lo que, con el tiempo, Abril comprendió que era mejor confiar.

Y, por último, llegó la nostalgia.

La vio adueñarse de sus ojos como quien se precipita al vacío sin comprobar antes si hay algo más allá. Sin embargo, su madre sabía que saltaría sobre unos recuerdos seguros que amortiguarían la extraña inquietud que había en su mirada. Ahí de pie, con los brazos apoyados en el metal, mirando hacia la basílica, Abril se dio cuenta de que algo era diferente.

Tardó poco en salir a relucir el tema del nombre y ella, su hija, se extrañó. No hablaban de su padre, ella no le preguntaba por él. No necesitaba saber más de lo que ya sabía. Otros habrían tenido curiosidad, tal vez incluso hubiesen querido indagar sobre todo, averiguar quién era él. Pero Abril tenía suficiente con lo que su madre le había contado. Era una figura que no había estado presente. Era un extraño del que ella se había enamorado.

—Abril —susurró.

Volvió a tener esa sensación en la que todo su cuerpo levitaba con su nombre.

—Siempre me dije que si alguna vez tenía una hija la llamaría como a mi madre —expuso sin darle tiempo a reaccionar siquiera.

—¿Clarisa?

Asintió con una sonrisa amable en los labios.

Abril no había conocido a su abuela, sobre todo porque no había querido. Le causó mucho dolor que su hija se quedase embarazada. Quizá ella podía imaginarse qué pensaba Clarisa sobre todo aquello, aunque su madre nunca se lo dijo abiertamente.

—Pero cuando supe que te tendría, solo podía recordar ese nombre, Abril.

Su hija emitió un sonido gutural, probablemente afirmativo, y no formuló ninguna pregunta. Puede que tuviese la extraña certeza de que ella misma la contestaría.

—Me dijo que cumplía años en abril.

—¿Quién?

—Manuel.

Nunca decía «tu padre». Siempre era Manuel.

—Fue por él.

Abril no comprendió por qué le contaba eso en aquel momento. ¿Qué importancia tendría? Era verdad que a cualquiera le hubiese gustado saberlo,

pero ya fuese por las circunstancias o por el secretismo que siempre rondaba a sus genes y a su árbol genealógico, ella no esperaba que llegase nunca una explicación.

Lo único que hizo fue abrir la manta que su madre había colocado alrededor de su cuerpo y la envolvió en el profundo silencio en el que tantas veces se quedaba. Deseaba ser rescatada de él, eso es lo que probablemente nadie podría imaginarse.

Apoyó la cabeza sobre su hombro izquierdo y se quedó contemplando más allá de la ciudad y de sus secretos.

Abril se quedó en aquella terraza, suspendida de las palabras de Ephie, mucho más tiempo del que pensó. Varios años después, seguía recordando la conversación en la que apenas había participado. Puede que fuese porque esa era ella. Esa Abril, la que había contado su madre y no la que pensaba ser.

Le enseñó su acreditación a Herbert, el guarda de la entrada, y la dejó entrar con un asentimiento, como todas las mañanas desde hacía nueve meses. Le había costado más de la cuenta conseguir un puesto de ayudante en uno de los estudios de animación más importantes de la ciudad. Sin embargo, estaba feliz, comenzaba a integrarse en el grupo y la habían hecho partícipe del nuevo corto que querían presentar antes de finalizar el año.

Estaban a mediados de un cálido mayo, aunque todavía no podían deshacerse de las blusas, jerséis y camisas de manga larga. Eso sí, de telas suaves que te resbalan por la piel en caricias aterciopeladas. ¿Qué tendría la primavera que acrecentaba todas las sensaciones?

Su compañera Loanne decía que pervertía las emociones, las extasiaba como si estuviera lanzando algún tipo de advertencia sobre lo que estaba por venir. Claro que Abril decía que no había que hacerle mucho caso, ya que eso siempre se lo recordaba cuando aún no se había tomado el primer café de la mañana, igual que ocurrió ese día.

—El jefe está que echa humo.

Se lo advirtió con el dedo índice levantado en cuanto entró en la sala de la segunda planta, donde tenía una pequeña mesa en la esquina izquierda, junto a uno de los balcones. Le encantaba porque siempre podía respirar, hacerlo con los pulmones desplegados como las alas de un pájaro o dos cometas que vuelan hacia lados opuestos, que se pierden.

—¿Me estás escuchando, Abril Benoit?

Se volvió hacia ella porque se había quedado absorta en el tránsito matutino. El edificio estaba en la Rue Pouzonville, cerca de la Plaza de Jeanne d'Arc, entremedias de donde acababa el Boulevard d'Arcole y empezaba el de Strasbourg. Era una zona que le gustaba, puede que no la que más, porque lo mágico de Toulouse bailaba entre las farolas al anochecer, se llenaba de algo indescriptible, flotaba en el ambiente una música silenciosa que obligaba a levantar la cabeza del suelo y contemplar lo que había a su alrededor.

—¿Qué le pasa a Christopher ahora? —preguntó soltando un bufido, con la cabeza agachada entre los papeles que había tenido que llevarse a casa.

Debían aclararse varias cosas acerca de Christopher: uno, no era un jefe déspota, solo era un hombre serio y exigente que podía hacerte enloquecer; dos, era el maldito hombre exigente más atractivo de la zona noreste de la ciudad; tres, estaba saliendo con su otra jefa, Leslie, una escocesa preciosa que había conocido en la universidad y con la que había emprendido aquel proyecto que les había generado muchas alegrías y premios, y no solo a nivel nacional. No tenían nada que ver el uno con el otro, eso sí. Ella era una chica inquieta que no hacía otra cosa que reírse y poner caras raras cuando algo no le gustaba. Sabía diferenciar entre cuándo había que trabajar y cuándo debía divertirse. Tanto es así que Abril se había ido de copas con ella en más de una ocasión. Era una mentora increíble.

Nunca venían juntos al trabajo, él lo hacía en bicicleta y ella en moto, sin embargo, se esperaban y entraban al mismo tiempo. Ella con su melena pelirroja al viento, que le aportaba color a su piel blanquecina, y él con sus rizos castaños cayéndole despeinados hasta los hombros. A veces, Abril lo reconocía para sí misma, se quedaba mirándolos y tenía la sensación de que habían salido de una película.

Solía emitir un suspiro y se quedaba embelesada mientras se dirigían una sonrisa cómplice.

La cosa empeoró después de volver de España. Había ido a la boda de su prima Danielle y eso había puesto en alerta todos sus instintos románticos, que, generalmente, permanecían callados. Era lo opuesto al amor, le gustaba verlo en otros, pero no le apetecía experimentarlo, porque era consciente, con veintiséis años, de que no siempre las cosas son tan buenas como uno piensa. No la entristecía su soltería, tampoco tenía tiempo para regodearse en ella, no desde que su madre se había ido a la aventura con un hombre que le duplicaba la edad y la había dejado a cargo de su casa, de sus plantas y de Brouillard, un

galgo precioso que había adoptado después de que ella se independizase. Como su propio nombre indicaba, era del color de la niebla, ese blanco casi traslúcido.

—Gustave ha perdido los fotogramas que hicimos la semana pasada de Fiodor.

Abrió los ojos tanto que hasta Loanne puso cara de sorpresa. Fiodor era el personaje protagonista de su corto. A Christopher, que era el dibujante, le había llevado mucho tiempo hacer el *storyboard* de esa parte de la historia y el *clean up*.

Prometía que ese iba a ser un día complicado.

—¿Qué dices?

Agradeció haberse recogido el pelo en una coleta cuando se llevó las manos a la cabeza para mantener la calma.

—No iré a darte un ataque de ansiedad, ¿verdad? —indagó Loanne con su voz aguda.

Le había pasado una vez, cuando creía que la iban a echar por no tener ni idea de lo que estaba haciendo. Al final, aplazaron su ejecución y le dieron, para su propia incredulidad, otra oportunidad.

—No —contestó sin decir mucho más—. ¿Cómo ha podido perderlos?

Gustave era mayor que ellas y llevaba bastante más tiempo en Lespher Animation. Se suponía que debía tener un cuidado minucioso.

—Deberíamos ayudarlo a buscarlos —sugirió Abril, temiéndose lo peor.

Loanne colocó los brazos en jarras sobre sus redondeadas caderas y la contempló sin pestañear mientras ella se colocaba unas gafas grandes, de montura de metal marrón.

—¿Y por dónde sugieres que comencemos?

Miró hacia la mesa de Gustave, que se encontraba en su misma sala. Aquello era el desastre más grande que hubiesen visto en mucho tiempo. No había tiempo, sin embargo, para enviarle una nota amenazadora hecha a base de recortes de periódico. Debían actuar, tal vez en esa vorágine de papeles y carpetas pudiese...

Antes de tener ocasión de acercarse siquiera, vio la oscura sombra del pelo y la barba de Christopher, por no hablar de su camisa y pantalones, también negros.

Les dedicó una mirada severa, que por lo menos a Abril la hizo encogerse como un bicho bola. Después, mientras las miraba de reojo, pronunció con su

tono de voz impasible:

—A mi despacho, ahora.

Capítulo 7

Brouillard se acercó a la puerta con la cola agachada en cuanto Abril entró. La miró con las orejas levantadas y los ojos llenos de ternura y desesperación por que le sacase a pasear.

Eran las doce de la madrugada pasadas y ella no recordaba ni su fecha de nacimiento.

Le colocó el arnés y la correa y salieron. Bajaron la escalera. Él tenía prisa y Abril sueño. Había sido imposible encontrar una forma de recuperar el trabajo extraviado, lo que había desembocado en una reprimenda colosal para todo el equipo del Lespher y una nueva distribución de las secuencias que había que rehacer.

Se frotó los ojos por debajo de las lentes mientras Brou tiraba de ella hacia el parque que tenían enfrente. No quedaba nadie en la calle y la alegró que ellos tampoco estuviesen durante mucho tiempo más.

Volvieron al portal y al piso de su madre, que una vez también había sido el suyo. Lo seguía siendo a ratos. Se había ido hacía poco más de diez meses porque no soportaba a Jean-Luc, su pareja. Sí, una excusa muy desgastada. No obstante, había tenido suerte porque coincidió con la época en la que su prima Lena, hermana de Danielle, había ido a Toulouse para ser pinche de un chef de fama curiosa. Su comida era extraña, pero seguía siendo considerado un genio en lo suyo. A Abril no le gustaba su forma de cocinar, pero Lena había sido su salvación para no ver a aquel señor de pelo cano y sonrisa perpetua que la llamaba *mon coeur*.

—Ahora, a dormir, pequeño —le susurró a Brouillard en cuanto entraron en el salón.

Se dejó caer en el sofá y se quitó las zapatillas a patadas, se desabrochó el botón del pantalón de pinzas y se sacó la camiseta para dejar el vientre al

descubierto. Rugió ante el contacto de sus manos, sin embargo, aunque tenía hambre no quería abandonar la comodidad que le brindaban los mullidos cojines.

—Brouillard, ven —lo llamó, y fue al momento.

Apoyó su cabeza sobre su tripa y la miró como si temiese que fuese a morir de un momento a otro. Abril se preguntó si sería capaz de traerle algo de comer. Si no lo era, tendría que recomendarle a su madre que le instruyese en ello, le parecía un conocimiento necesario.

Le acarició la frente, le rascó las orejas y él se dejó hacer, quizá preguntándose si se estaba volviendo loca. Mientras el galgo se relajaba, ella se preguntaba lo mismo. Había algo, a lo que no le ponía nombre, que iba de ella al techo, lo atravesaba y volaba hasta el contorno lechoso de la luna. Era miedo. Pero, ¿a qué? ¿Qué le estaba provocando esa sensación de vacío?

Vibró el teléfono en el bolsillo de los pantalones. Le había puesto un tono distinto a su prima, porque a veces llamaba más de lo que su paciencia podía aguantar.

—Dime, Lena.

Brouillard levantó una oreja y abrió un ojo, inquisitivo. Ella arqueó una ceja.

—¿No dijiste que hoy vendrías a dormir al piso?

Seguramente se lo preguntó mientras contemplaba el reloj de la cocina, el que costaba tres euros y habían comprado en Ikea hacía diez días porque siempre se le quemaba la comida y Lena no podía soportarlo.

—Estoy muy cansada —se limitó a contestar—. Mañana iré, y si no te importa, me llevaré a Brouillard conmigo, así no tengo que estar viniendo.

—No, claro, ya sabes que me gusta Brou.

Lo que su prima no dijo es que solo le gustaba Brou. El animal, como si lo presintiese, se portaba bien en su presencia. Y es que a Lena le daban miedo los perros. Un miedo atroz e incomprensible para Abril. Así que el galgo, en cuanto la veía, se tumbaba a sus pies y apoyaba la cabeza sobre sus patas.

—¿De verdad? —quiso asegurarse.

—Pues claro, mujer, ¿cómo no iba a dejar que lo trajeses?

La chica disimulaba muy mal. En realidad, Abril no creía que tuviese que ver con que Brouillard pudiese ir o no a casa. Era algo distinto. Le estaba ocultando alguna cosa.

—Oye, Abril...

Y ahí venía. Colocó el brazo sobre los ojos y emitió un gruñido que venía a decir: «Te escucho, habla ahora o calla para siempre». Y habló, desde luego que lo hizo.

—¿Tú cómo ves que un amigo pase aquí este fin de semana?

—¿Qué amigo?

—Uno de España —contestó prudente—. Yo le dejo mi habitación. Dormiré en el salón.

—Pero, ¿qué clase de amigo es? —preguntó desconcertada.

Le pareció discernir en su voz un quejido propio de quien se siente ofendido.

—¡Ay, por Dios! Que es el mejor amigo de mi hermana, ¿cómo puedes pensar eso? —dijo a continuación.

—Yo no pienso nada —respondió sin mucho ánimo—. ¿Y eso que viene a visitarte?

—Hay un concierto de un grupo que le gusta, aquí, en Toulouse.

—Hospedaje gratis.

Se rio porque era una de las pocas personas que se había acostumbrado, sin daños ni perjuicios, a su escaso sentido de eso que algunos llaman lo políticamente correcto.

—Te prometo que ni te enterarás —siguió argumentando ella—. Además, es encantador, muy amable.

—¿Y yo cómo voy a saberlo si no me voy a enterar?

—A lo mejor ya lo conoces de la boda —sugirió con voz insinuante—. Tiene treinta y tres años, es enfermero, se acaba de mudar a una casita idílica en las costas valencianas y está soltero.

No preguntó quién era él. Sus primas habían intentado emparejarla con muchos hombres aquella noche. El único que le había gustado, sin embargo, no se le había acercado hasta el final, cuando estaba lo suficientemente borracho como para interesarle. Lo recordaba muy bien, cada palabra, cada instante. Todo.

Y solo podía ser Eric.

Puso los ojos en blanco, se apartó el pelo de la cara y se giró hacia el respaldo del sofá. En la oscuridad no se veía nada.

—Es demasiado mayor, no me gustan los hospitales y no vive aquí.

Disimuló tan bien como pudo, aunque eso no significaba que hubiese funcionado o que fuese capaz de olvidar lo que sucedió después de la boda, es

decir, nada.

Lena se rio al otro lado de la línea.

—A ti lo que te pasa es que estás enamorada de tu jefe.

Abril frunció el ceño y se incorporó muy deprisa, sorprendiéndose, como ocurre con los reflejos de las rodillas. No estaba enamorada de Christopher, solo lo estaba de la idea de Christopher y Leslie. Ni siquiera le gustaban las novelas románticas, ella era devota de Stephen King. De lo oscuro. Eso no quería decir, por descontado, que no creyese en el amor, sin embargo, nadie podía obligarla a considerar cualquier otro tipo que no fuese el que tenían sus jefes. Porque, si la invadían los recuerdos y la idea de un nosotros, al que se sumaba Eric, se le revolvían el estómago y el mundo.

—Como tú digas —afirmó.

—¡Es broma! No te vayas a enfadar ahora, ¿eh?

Y no lo hacía, solía ignorar comentarios como aquellos. Tenía muy claros sus sentimientos y nunca, jamás, se había avergonzado de admitirlos. Ni los buenos, ni los pecaminosos, ni los románticos, ni los malos. Todos tenían derecho a expresarlos, no debería ser un tabú. Pero en esta ocasión no había nada que manifestar, solo que se encontraba en un estado de embriaguez emocional, fruto, tal vez, de las muchas horas de trabajo.

—No hay problema. De todos modos, este fin de semana tengo que ir al estudio.

—¿Este también?

Decía también porque en los últimos dos meses apenas se había librado algún domingo. A veces, no entendía muy bien si sus conocimientos aportaban algo realmente, pero siempre tenía trabajo que hacer.

—Eso me temo.

—¿Te guardas una noche para cenar con nosotros? Podríamos hacerlo en Paranoia.

Era el restaurante en el que trabajaba. A Abril le encantaba cómo cocinaba Lena. Odiaba las ideas de su jefe. Era un amor odio creciente entrar en Paranoia, pero lo hacía por ella, sobre todo porque aguantaba sus cambios de humor y estaba siendo para ella algo que nunca había tenido: una hermana.

—Lo intentaré.

—No lo intentes, hazlo —apuntó—. También mereces divertirte.

—Ya me divierto, Lena —aseguró—. Pero ahora mismo tengo también otras prioridades.

—El trabajo.

—Me gusta, quiero aprender todo lo que pueda, no sé cuánto va a durar.

Era verdad. Ese era uno de sus miedos: no saber hasta cuándo podría estar ahí. ¿Y si no tenía talento ni capacidad como otros compañeros? ¿Y si, de repente, un día venía alguien más joven que ella, con autenticidad, técnica y potencial? Eso no podía saberlo, por supuesto, pero necesitaba encontrar su camino, demostrar que aunque no era un genio, sí era cuidadosa, constante, comprometida y entusiasta.

—Iré —contestó finalmente.

Casi se la imaginó sonriendo victoriosa.

—Buenas noches, Abril.

Su nombre volvió a convertirse en un remolino de palabras sueltas que querían recordarle algo.

—Buenas noches.

No sabía qué era; sin embargo, lo que le provocaba una sensación de vacío. Le faltaba algo, y, pese a lo que pudiese pensar su prima, muy poco tenía que ver con el amor romántico.

Capítulo 8

El silencio fue peor que los gritos del día anterior, por lo menos entonces habían sabido qué hacer. Ahora, Christopher había decidido cederles la batuta y comprobar lo intuitivos que podían ser en una situación como aquella. Sí, intuitivos. En eso insistía que se basaba su trabajo, en averiguar cuál era la única cosa que habían hecho bien. Cuando eso ocurría, una vez cada cinco o seis semanas, a Abril le entraban los ataques de pánico. Se escabullía hasta el aseo de la segunda planta, el único en el que casi nunca había nadie, y leía *Maus* durante quince minutos. Era la manera que tenía de sobrevivir a sí misma en aquel lugar. Después, regresaba a su sitio y parecía que, por fin, volvía a respirar con calma.

El jueves, cuando se disponía a repetir ese proceso, encaminándose hacia el ascensor tan rápido como sus pies se lo permitieron, alguien la aferró del brazo con vehemencia y la obligó a girar la cabeza.

Su jefe tenía la mirada severa y el pelo despeinado, unas ojeras pronunciadas y la barba descuidada. Debía de haber estado trabajando toda la madrugada en lo que Gustave había perdido.

—¿Dónde vas con tanta prisa? —le preguntó sin soltarla, aunque sí que había suavizado su aprehensión.

Abril dudó, y ese, quizá, fue su mayor error.

Cuando, al fin, quiso decir algo, comenzó a tartamudear y sintió que le ardían las mejillas. Se ruborizó al ser pillada infraganti con la novela gráfica de Art Spiegelman bajo el brazo. Tragó la poca saliva que le quedaba y no pudo mantener la compostura por más tiempo.

—Yo no sirvo para esto, lo siento mucho, de verdad que sí. No sabes cuánto lo siento. Creo que lo mejor será dejarlo, aún estáis a tiempo de encontrar a alguien que sepa lo que hace. Lo lamento, lo...

Una mano cálida se colocó sobre su hombro para hacerla callar. Echó la vista atrás y vio a Leslie, con una sonrisa que se apiadaba de ella.

—Tranquilo, yo me ocupo.

Cristopher la miró agradecido por no tener que hacerse cargo de una histérica como Abril. Ni siquiera sabía por qué lo había dicho. ¿Era consciente de que iba a perder su trabajo? ¿Qué tenía en la cabeza que era incapaz de seguir creyendo que con dedicación todo podía mejorar?

En cuanto se fue, Leslie pulsó el botón del ascensor, le pasó el brazo alrededor de los hombros y no dijo nada. Entraron, tocó el botón que las llevaría a la segunda planta y, cuando salieron del interior del elevador, se dirigieron hacia el cuarto de baño como hubiese hecho Abril de haber ido sola. Cerró la puerta tras de ellas, echó el pestillo, se sentó en el suelo y le hizo un gesto para que ocupase el hueco que quedaba entre ella y el toallero.

—Sé lo que haces —le dijo mientras flexionaba las rodillas.

Abril enarcó las cejas, sin embargo, no contestó con nada a esa afirmación casi dañina.

—No eres muy valiente.

—¿Cómo? —preguntó esta vez.

—Encerrarte aquí no te va a servir de nada —afirmó—. Decirnos a Christopher o a mí que no vales, tampoco. ¿Sabes por qué?

Se encogió sobre sí misma apretando fuerte las tapas duras del volumen, que ahora estaba contra su pecho, como si quisiese introducirse dentro.

—Porque no es verdad. Eres muy capaz, puede que la que más.

No podía creérselo. Se esforzaba, ella sabía que sí, pero ellos tenían un don, algo que no podía comprarse con la dedicación ni la perseverancia. En cualquier caso, eso no justificaba su actitud en aquel momento. ¿Cómo se le había pasado por la cabeza mostrar esa clase de debilidad ante sus jefes? ¿Acaso no se daba cuenta de que no podía quedarse sin trabajo? Ya no tenía adónde volver. Quería a su madre, pero su vida era de ella y de nadie más. Tenía que empezar la suya propia, sin embargo, el tejado se le caía a pedazos cada vez que amenazaba una tormenta.

Leslie le apartó los cabellos de la cara y la rodeó en un abrazo de hermana mayor que la hizo sentir tranquila.

—Todos nos sentimos perdidos alguna vez, Abril.

Era una de las pocas personas que pronunciaba bien su nombre. No era un *Avril* francés. Era Abril y eso la obligaba a colocar de nuevo los pies en la

tierra. Sentirla firme. Era lo único que nadie podría arrebatarse nunca: un lugar en el que caer.

—Tienes que ser valiente —siguió hablando ella mientras Abril buscaba la fuerza para mirar sus increíbles ojos verdes—. ¿Entiendes qué significa eso?

Hizo una mueca y se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz.

Asintió levemente.

—¿Que tengo que atreverme a hacer lo que me da miedo?

Sonrió ampliamente.

—Eso es, pequeña —afirmó—. Ahora, Abril, solo te queda averiguar qué es eso que te da tanto miedo.

—¿Qué?

Se apartó un poco de ella, apoyó las manos en la pared y se impulsó hacia arriba. Le ofreció su ayuda para levantarse y la chica la aceptó.

—Sí —asintió—. No te asusta esto —abrió los brazos abarcando la metáfora que hacía alusión al trabajo—, te he visto. Eres precisa, tienes buenas ideas y hay algo en tu trazo que me parece único. A Christopher también. Es otra cosa. A ti, niña, te pasa otra cosa.

Abril supuso que discernió la sorpresa y la confusión en su rostro porque le dio un abrazo fugaz y un par de palmaditas en la espalda.

Ella se empeñaba en decir que no era de esa clase de personas que necesitaban que se las premie o se las consuele, pero, ¿a quién pretendía engañar? De vez en cuando, tenía ganas de que alguien, sin pensarlo, colocase una mano sobre su antebrazo, la mirase un segundo y se diese cuenta de que estaba ahí. De que vivía en el caos de la vida de otro. No podía evitar sentirse como el ruido del árbol que cae en el bosque donde no hay nadie. La eterna pregunta: si no hay una persona para escuchar el sonido que produce al caer, ¿existe acaso?

—Gracias —susurró—. No volverá a pasar. —Señaló el libro y el cuarto de baño.

—Puede pasar cuando lo necesites.

—¿Pero? —añadió Abril con la boca pequeña.

—Pero quizá te ahogas —le apartó un mechón de pelo de la cara— porque te olvidas de respirar.

—¿Te ha pasado alguna vez? —se atrevió a preguntar.

—Antes mucho más que ahora.

A Abril se le dibujó una sonrisa ilusa pensando que eso, a lo mejor, tenía

algo que ver con Christopher, pero no sería ella, ni de lejos, quien insinuase algo por el estilo. Todavía le quedaba un mínimo atisbo de sensatez tras su penoso comportamiento de aquel día.

—Debería ir a disculparme —sugirió.

—No lo hagas. Simplemente dile que estás bien. Aunque no te lo creas —dijo en voz bajita con una sonrisa llena de amor—, se preocupa mucho por todo el equipo. Somos una familia, a fin de cuentas.

—Está bien.

Se estaba dirigiendo ya hacia la puerta para volver a su mesa cuando un impulso la obligó a detenerse. Se giró hacia su jefa, un ser humano extraordinario donde los hubiera, que pocas veces más en la vida volvería a cruzarse, y le tendió el ejemplar de *Maus*.

Enarcó las cejas sin comprender qué quería decirle.

—Lo tengo en casa, Abril.

—Pero puede que te ayude a respirar ahora.

Se le llenaron los ojos de una sombra que a Abril no le gustó, la que antecede a las lágrimas. Pensó en que, después de todo, los humanos nos buscamos en la muerte y en la tristeza, quizá son los dos grandes momentos en los que nos da pavor permanecer solos. Había algún motivo por el que Leslie reprimía ese sentimiento de vacío que había logrado ver en el abrazo que habían compartido. No era solo un consuelo para Abril, sino también para ella.

—Sabía que no me equivocaba contigo —se limitó a decir.

De Abril salió un breve espaviento con la cabeza. Después se fue. Lo hizo porque era incapaz de ofrecer cariño y la asustaba pensar que, tal vez, jamás lograría encontrar la manera de aferrarse a la gente, de sentirse a salvo para abrazar, besar, sentir a alguien, ni con las puertas abiertas, ni mucho menos con ellas cerradas.

¿Sería valiente alguna vez?

Capítulo 9

Brouillard había llegado al piso aquella misma mañana, por eso a Abril la sorprendió que al entrar por la puerta, pasadas las once de la noche, no estuviese esperándola como hacía siempre. Lo llamó, pero tampoco dio señales de vida. Comenzó a inquietarse, sobre todo porque Lena jamás lo hubiese sacado sola a la calle, temía que tirase fuerte de ella y se le escapase. Además, trabajaba esa noche.

Se llevó las manos a la cabeza, algo que hacía constantemente, y se puso a dar vueltas por el salón. ¿Había dejado la puerta abierta al irse? No. La había encontrado cerrada a cal y canto. ¿Dónde podía estar? No se encontraba debajo de las camas, un lugar que frecuentaba mucho, ni detrás del sofá. Tampoco entre la puerta de la terraza y el sillón orejero que su prima se había empeñado en comprar.

Cogió las llaves de nuevo y decidió salir a preguntar a los vecinos. Quizás habían escuchado algún ruido extraño, ¿había entrado alguien en el piso y secuestrado a Brou? Su imaginación comenzó a trazar contextos poco agradables que empeoraban de por sí su pésimo día.

Comprobó que no tuviese ningún mensaje que le quitase la preocupación. Al ver que no era así, salió de la casa.

Se disponía a tocar al timbre de los vecinos de enfrente cuando escuchó cerrarse la puerta del portal. A continuación, oyó pisadas. Alguien subía por las escaleras. Un ladrido le anunció que habían captado su olor. Un segundo ladrido, otro más. Puede parecer extraño para aquellos que no tienen perros, pero para Abril fue como si escuchara una voz conocida.

Lo soltaron, ya que poco después vio aparecer a Brouillard corriendo solo escalones arriba.

—¿Dónde has estado? —le preguntó como si fuese capaz de darle una

respuesta.

Le acarició la cabeza y dejó que diese vueltas alrededor de su cuerpo, olfateándola y preguntándole, en su idioma, sobre su propio paradero. Al levantar la mirada, con la cara oculta por dos mechones de pelo, se dio cuenta de que alguien la observaba desde la mitad de la escalera. Era un hombre alto, de pelo castaño y barba clara, mirada profunda y sonrisa inexistente, al menos en aquel instante.

Llevaba la correa de Brou en la mano y Abril sabía quién era.

Avanzó hasta situarse a su altura.

—¿Abril? —indagó sin decir tan siquiera hola.

Colocó su mano frente a ella esperando que la acogiese en un saludo formal.

—Soy Eric.

Y parecía que en esa afirmación se encontrase su verdad más íntima. Aunque a Abril le costó entender por qué se estaban presentando una vez más. Unos segundos después se dio cuenta de que solo había una respuesta posible: no se acordaba de ella.

Abril aceptó el apretón de manos, puede que menos firme de lo que debería haber sido, y se alejó pronto del contacto de su piel, no porque le pareciese desagradable, ni mucho menos, sino porque no apartaba los ojos de ella. La miraba de ese modo tan peculiar en que los niños contemplan a los adultos, como si se preguntasen si alguna vez ellos también habían querido vivir.

—¿Quieres pasar? —ofreció.

Por supuesto que pasaría. Era una pregunta estúpida, dado que iba a quedarse el fin de semana. Él se limitó a cederle el paso y Brou los siguió a ambos. Cuando estuvieron dentro, Eric cerró la puerta.

—Perdona —se disculpó—. Tal vez no debería habérmelo llevado sin avisar. —Su francés era bueno, aunque a veces se notaba en su acento que era una lengua adquirida a base de estudio y no de cuna—. Al llegar, lo encontré y decidí sacarlo a dar un paseo. Parecía inquieto y yo necesitaba estirar las piernas.

—No te preocupes, y gracias —se limitó a decir ella.

Lena le había pedido expresamente que fuese amable y no dejase al desnudo su sarcasmo durante esos pocos días. Hacerlo con él, después de aquella noche, no era tan fácil.

—¿Has tenido un buen vuelo?

—Sin turbulencias, estupendo —contestó.

Se quitó una fina chaqueta de punto que llevaba por encima de una camiseta blanca, un tanto ceñida, y la dejó sobre el respaldo del sofá. Abril se fijó en cada uno de sus movimientos. Parecía estar reprimiendo las ganas de dejarse caer y cesar en fingir que se le daban bien los modales. Puede que solo fuese su imaginación.

—¿Cómo se llama? —preguntó señalando al galgo.

—Brouillard.

Levantó un momento los ojos al techo. A ella le pareció que estaba intentando recordar algo.

Abril le disipó la duda.

—Niebla —susurró de pronto.

En español también sonaba bonito.

—¿Hablas castellano? —inquirió al tiempo que se sentaba con cuidado en una esquina del sofá.

—Bastante. Lo aprendí en la universidad —contestó con un acento menos marcado de lo que recordaba.

Fue la primera vez en la que Eric sonrió. Le sentaba bien, le daba luz a sus facciones y las mostraba nítidas, como si hasta el momento hubiesen estado dormidas y solo pudiesen despertar con la caricia de los pliegues de la piel cediendo ante ese gesto, ante esa sonrisa que se ensanchó cuando Abril se acercó y ocupó el lado opuesto del sofá.

—¿Y lo practicas?

—Muy poco —admitió.

A veces, Lena se empeñaba en parlotear en español y ella le seguía la corriente, sintiéndose menos cómoda de lo que debería, teniendo en cuenta que había estado un trimestre en Madrid y otro en San Sebastián. Quizá se debiese a que el francés podía guardarle mejor los secretos.

Eric cruzó los brazos sobre su pecho y se recostó de lado contra el sofá, sin dejar de mirarla. Ella tampoco se vio capaz de apartar los ojos de su entrecejo, un tanto fruncido.

—¿Hace mucho que conoces a Lena? —preguntó fingiendo que no lo sabía, buscando una alternativa al silencio, que con él no le gustaba tanto.

Era evidente que él no la recordaba.

Eso la entristeció.

—Desde que era una niña —respondió escuetamente—. Danielle y yo nos conocemos desde el colegio.

Su compañera de sofá asintió, apartando la mirada.

—¿Os veis mucho? —indagó él esta vez.

Abril alzó las cejas, confundida por la pregunta. Se refería a su familia en España.

—Algún verano —dijo—. Nuestras madres son hermanas.

—Sí, lo sé —aseveró.

No quedaba rastro de la anterior sonrisa y ahora se sentía obligada a dejar que las barreras fuesen alzándose poco a poco.

—No recuerdo haberte visto en la boda, ¿no estuviste?

Esta vez fue ella la que sonrió. Cruzó las piernas en el sofá a la altura del tobillo, las flexionó y las envolvió, apoyando la barbilla sobre las rodillas.

—Yo sí que te recuerdo, eras el padrino —susurró.

Sus cejas se curvaron ante ese comentario y la sonrisa de Abril se volvió un poco más sincera.

—¿Estás segura? ¿Nos presentaron?

Se encogió de hombros, haciéndolo dudar.

—Estoy intentando hacer memoria.

—No es necesario.

A Eric le causó cierta curiosidad su respuesta, incluso tuvo la impresión de que se sentía ligeramente más incómodo. De haber sido otra persona, otro contexto, habría dejado florecer las dudas y el mutismo sordo que lo deshace todo. Pero ese día parecía estar maldita, hechizada, bajo el embrujo de algún maleficio que la empujaba a hablar más de la cuenta.

—¿Cómo está Rodolfo?

Esa pregunta tampoco ayudó a que se sintiese más confiado, puede que tuviese el efecto inverso.

—¿Mi gato? —se aseguró.

Ella asintió con cierta inocencia, disfrazada con unas gafas de miope, un moño despeinado, una camisa blanca de algodón metida por dentro de los pitillos negros. Look básico para moverse por un estudio con soltura, diciendo idioteces y haciendo peligrar su futuro. Resumen de su vida a grandes rasgos.

—Está muy bien, pero, ¿te ha hablado Lena de él?

Mostró un amago de sonrisa, para nada parecida a la primera que había visto. Mucho peor, de aquellas que tiemblan porque no se deciden a salir del todo.

—No, fuiste tú.

Escueta en palabras, logró tensar todavía más la cuerda. Era evidente que a Eric no le gustaba que le proporcionasen la información con cuentagotas, como estaba haciendo Abril en aquel momento. A ella tampoco le agradaba ser un libro abierto. Desde luego, aquella conversación estaba abocada al fracaso, a la falta de comunicación efectiva.

—Así que sí hablamos aquella noche —susurró más para sí mismo que como un comentario dirigido a ella.

—Un rato, sí —contestó finalmente.

—Fui borde —sentenció.

Esta vez a Abril le salió una sonrisa natural.

—¿No decías que no te acordabas?

—De ti no, pero sí de la época. ¿Lo fui?

—No, en realidad no. Estabas demasiado pendiente de hablar de Laura al principio, después se te pasó.

Se incorporó un poco en el sofá y pestañeó varias veces antes de fruncir el ceño y apretar la mandíbula. No era un tema que le gustase, eso le había parecido a Abril en el banquete de Danielle y Ricardo.

—Créeme cuando te digo que no quería hablarte de ella.

—En realidad —comenzó—, me pareció que no te apetecía hablar de otra cosa.

—¿Y por qué no hablamos ahora de esas otras cosas? —sugirió tenso.

Abril dibujó una cremallera invisible sobre sus labios y se levantó del sofá para ir a la cocina. Supo que la siguió con la mirada.

Cuando imitó sus movimientos, se acercó y le propuso salir a dar una vuelta, jamás pudo haberse imaginado que aquella noche con Eric cambiaría su vida para siempre.

Capítulo 10

Toulouse de noche es una montaña rusa de bohemia y clandestinidad. La gente se adueña de lugares concretos, pero decenas de calles quedan desnudas. Abril también se desnudó ese viernes, aunque ni siquiera se dio cuenta. Fue perdiendo prendas por el camino mientras Eric caminaba a su lado, contestando con monosílabos o preguntando banalidades. A ella no le importaba. Ni siquiera sabía por qué había decidido aceptar su propuesta. La última vez que los había descubierto la noche había sido en la boda de su prima, y no fue agradable. No todo, por lo menos.

Él seguía pensando en ello porque era incapaz de recordar nada que tuviese que ver con la chica que paseaba a su lado; que giraba como un gato ciego en todas las esquinas. Parecía conocer la ruta mejor que si la estuviese leyendo en un mapa.

¿Qué cosas le habría contado ese día?

—Entonces, ¿eres más de perros? —indagó de pronto.

—Brouillard es el perro de mi madre, aunque sí, supongo que soy más de perros —explicó ella, extendiéndose en su respuesta más de lo que acostumbraba.

Era de esa clase de personas: apáticas, podría decirse. Era la chica que puede volverse monótona si no te ganas su confianza.

—¿Tú de gatos?

—Puede ser —contestó sin darle mayor importancia—. Rodolfo es una gata muy cariñosa.

—¿Una gata?

—Eso he dicho.

Volvió a sonreír. Esa era la expresión de sorpresa que esperaba por su parte.

—¿Rodolfo no es un nombre de chico?

—Sí, pero mi amiga no sabía que era una gata cuando la bautizó.

Al ver que Abril no comprendía lo que le decía, aclaró:

—Me persuadieron para adoptarla y yo, en ese momento, sentí que me apetecía hacerlo y que se merecía algo mejor que la calle.

—También se merecía algo mejor que ese nombre, pero supongo que el animal se conforma con el techo, la comida y el afecto.

—Todo eso lo tiene de sobra —aseguró—. ¿Adónde vamos, por cierto?

Se habían detenido en un semáforo y Eric, como turista que era, lo miraba todo con una curiosidad inusitada en los tolosanos.

A Abril le gustó la expresión que vio en su cara: intranquila y fascinada a un mismo tiempo.

—Al Capitolio. ¿Lo has visto alguna vez de noche?

—Ni siquiera lo he visto de día —aclaró él con parsimonia—. ¿Seguro que no te importa?

—Me vendrá bien estirar las piernas. Mañana voy a pasarme todo el día sentada.

Le tocó el antebrazo para que cruzara, ya que el semáforo había cambiado.

—¿Y eso?

Algo le obligaba a utilizar como excusa que era sábado y que no debería estar trabajando, pero él, siendo enfermero, hacía muchos turnos en fines de semana y festivos.

—Tenemos que rehacer un trabajo. ¡Horas extra! —dijo encogiéndose de hombros, porque no había nada que pudiese hacer para librarse de esa situación.

Recorrieron toda la Rue de Alsace Lorraine, hasta que giraron a la derecha en la Rue Lafayette. Abril pensaba en lo raro que le resultaba estar con él después de lo ocurrido. Eran dos extraños paseando en silencio.

—Entonces... —pronunciaron los dos al unísono cuando comenzaron a impacientarse.

—No, dime —ofrecieron ambos, de nuevo.

Se rieron.

—Perdona —y una tercera vez hablaron al mismo tiempo.

Eric negó con la cabeza y Abril siguió sonriendo.

—¿Cómo es que vives con Lena? —preguntó de pronto.

Abril dudó al principio, porque la respuesta se remontaba a demasiado

lejos. Para la chica, todo lo que tuviese que ver con ella era *demasiado lejos*.

—Mi prima había venido a estudiar y yo quería independizarme —explicó escuetamente, recordando la máxima de Lena de ser amable.

—¿Por qué tanta prisa? Con lo bien que está uno en casa con los padres...

—¿A qué edad te independizaste tú?

—A los veintitrés.

Abril puso cara de contradicción.

—Yo tengo veintiséis. Además, me fui por Jan Luc —contó sin detenerse a pensar en qué estaba diciendo.

—¿Quién es?

Por dentro, apretó mucho los ojos por sentirse estúpida y haber cometido un error como aquel.

—El novio de mi madre.

La cara de Eric fue un poema mal escrito.

—No sabía que tus padres estuviesen separados, perdona —se disculpó comprendiendo mal la situación por la expresión que había adoptado el rostro de Abril.

—Nunca han estado casados.

—Bueno, hoy en día las parejas ya no se casan.

Abril arqueó las cejas porque ambos habían estado, hacía relativamente poco, en una boda.

—No conozco a mi padre, Eric —soltó para no tener que alargar por más tiempo una conversación que la estaba haciendo sentir, de nuevo, esa sensación sin nombre con la que llevaba unos meses conviviendo.

—¿Y quieres conocerlo?

—¿Cómo? —preguntó ella con los ojos abiertos de par en par, sorprendida porque él no pusiese fin a esa charla.

—Yo si no supiera quién es mi padre, querría conocerlo.

—Sí, pero seguramente eso es porque debe de ser un hombre excepcional al que quieres y respetas.

Eric no lo negó.

—Yo del mío solo sé dos cosas: que se llamaba Manuel y que nació en abril.

Los ojos del chico se abrieron un poco más de la cuenta, entendiendo, de pronto, de dónde procedía el nombre de su compañera de andaduras en aquella noche.

—Entonces, no quieres —concluyó.

Pero Abril no dijo nada, no lo afirmó ni lo desmintió, solo guardó las manos en los bolsillos de la cazadora y se detuvo cuando llegaron al centro de la plaza del Capitolio.

El cielo se veía azul, nítido, sobre la luz dorada que se desprendía del majestuoso edificio. A su vez, se proyectaba sobre el suelo, formando el símbolo occitano, que se dibujaba a través de los doce signos del zodiaco.

Eric desanduvo la cruz occitana y se detuvo.

—El mío —anunció al ver que la muchacha lo observaba con la boca ligeramente entreabierta.

Se quedó un segundo intentando buscar semejanzas entre ella y sus primas. Había algo en la mirada, pero en todo lo demás eran distintas.

Fue hasta donde estaba él y echó un vistazo.

—Tauro... —susurró.

—¿Tú?

Ella sonrió, olvidándose durante un momento de la conversación anterior, de la que no podría desprenderse tan fácilmente.

—Piscis.

Abril activó la cámara de su teléfono y, sin previo aviso, le sacó una fotografía a Eric, quien se vio alumbrado por un potente flash.

—¿Quieres cegarme por hablar de lo que no debo?

—¿Qué perspicaz! —dijo ella, irónica.

—O, tal vez, tu intención sea utilizar la foto como excusa para conseguir mi número de teléfono.

Sin haberse dado cuenta, Eric se estaba comportando como lo hacía con el resto de chicas. Salía a la luz parte de su personalidad.

A la muchacha se le escapó una sonora carcajada que llamó la atención de la gente que todavía inundaba la plaza.

—¿Qué? —preguntó él, pasmado ante su reacción.

—Que ya tengo tu número.

Movió la cabeza de un lado a otro y echó a andar hacia una calle distinta a aquella por la que habían venido, pero que, al final, les llevaría al mismo sitio.

Eric la alcanzó en cuatro zancadas.

—¿Me lo pediste en la boda?

Ella se preguntó para qué iba a pedirle el número a alguien que no había

hecho otra cosa que lamentarse por las cosas que no tenía, alguien que, por lo visto, no se había dado cuenta de que estaba ahí. No estaba tan loca, puede que en otra época hubiese sido de aquella clase de mujer que va detrás de los imposibles, pensando que podía cambiarlos, hacerlos ver su auténtico ser, sin embargo, eso, como todo, había sido hacía demasiado tiempo.

Ya no caía en ese error. Cada uno era lo que era y no merecía la pena intentar que fuesen algo distinto, sobre todo porque si te interesa alguien es con todas las consecuencias de conocerlo; lo bueno, lo malo y lo peor.

—No, me lo diste tú —explicó Abril.

—¿Por qué?

Ella levantó una ceja.

—No te acuerdas de nada.

No era una pregunta, sino una afirmación. Aquello parecía divertirla cada vez más. Aunque tampoco podía engañarse: había algo en su pecho y en su cuerpo que la hacía sufrir.

—¿Por qué no me lo cuentas? —indagó él.

—Porque entonces, ¿dónde estaría la gracia?

Los dos miraron al cielo sin previo aviso.

—¿Eso es...? ¿Está lloviendo?

Eric se estaba secando dos gotas que le habían caído en la frente.

—Será mejor que nos demos prisa —indicó Abril—. Si atajamos por aquí, llegaremos antes.

—Tú eres la que sabe, no voy a oponerme.

—Aun así, espero que no te asuste un poco de lluvia, porque, lo más probable es que lleguemos a casa chorreando.

—Me gusta el agua. A ti, como buena Piscis, también, ¿no?

Abril aceleró el paso.

—Venga, vamos, date prisa y déjate de tonterías del horóscopo —lo apremió.

Estaban caminando cada vez más rápido porque la lluvia venía eléctrica y llena de confesiones, como Abril, que, muy en el fondo, sabía que estaba hablando más de lo que debería.

—No digas eso, a veces acierta.

—¿Es que tú te crees sus predicciones? —preguntó incrédula.

—La verdad es que no.

—¿Y entonces por qué me llevas la contraria?

—Porque me divierte —señaló.

Ella le propinó un codazo que lo hizo sonreír y tambalearse un poco. Desde luego, tenía carácter.

Eric, por su parte, tenía la sensación de que aquella chica de ojos grandes y castaños, escondidos tras esas gafas *vintage* y la sonrisa a veces tímida era un baúl de emociones censuradas. De haber sabido que Abril, en realidad, era lo contrario, quizá se hubiese llevado una sorpresa. Solo había una persona a la que censuraba, y ni siquiera esa noche había sido capaz: su padre. Lo demás solía salir por sí solo, tarde o temprano, como Eric comprobaría más adelante.

—Pero, ¿cuánto queda? —preguntó al ver que la lluvia en vez de amainar se convertía en una cortina de agua que no les dejaba ver lo que había delante.

—Unos diez minutos —contestó ella, que se había quitado las gafas, empapadas, e intentaba no chocar con las farolas que había a su paso.

Cuando llegaron a la Place du Victor Hugo, solo tendrían que cruzar un par de calles y, por fin, encontraría el piso.

¿Por qué se les habría ocurrido salir aquella noche de casa?

—¿Tu concierto cuándo es?

Cambió de tema para no tentar a la suerte del silencio o de los secretos mal contados.

—El domingo por la noche.

—Entonces, ¿te quedas hasta el lunes?

—Veo que te entusiasma la idea —comentó Eric, intentando no reírse.

Era verdad que en el tono de ella había habido un par de sílabas pronunciadas un tanto más estridentes, que evidenciaban la sorpresa y, probablemente, el inconformismo con la media mentira de Lena, ya que le había dicho que solo se trataría del fin de semana.

—No paso mucho tiempo en casa, así que no me molesta.

—Es un consuelo saberlo. Saber que no te molesta mi presencia, quiero decir.

—He dicho que no me molesta que te quedes hasta el lunes, no que no me molestes tú —señaló.

Sabían que estaban bromeando, así que se limitaron a dibujar una media sonrisa mientras esperaban a que uno de los semáforos les diera luz verde para pasar.

—Tienes un sentido del humor que podría cortar cuellos, ¿sabes?

No les quedaba demasiado para llegar a su destino, al igual que tampoco les

quedaba ya parte del cuerpo que no estuviera empapada.

—Sí, Lena me pidió que fuese amable —confesó.

—Y has pensado: «bah, ¿para qué?».

Abril no pudo evitar reírse. Y Eric, por algún motivo que no llegó a entender, se contagió de su risa y se alegró de que, durante unos minutos, ya no pareciese tan apesadumbrada como cuando le había estrechado la mano en el rellano del edificio hacía un par de horas.

—Bien que no quieres que esté aquí, pero tampoco paras de reírte, ¿eh? No es por nada, pero esta debería considerarse también una manera de pagarme el alojamiento.

—Ahora solo te falta pagarte la comida y el jabón.

—¿Quieres que te lo pague en carne?

—Sobre todo —comenzó a decir al tiempo que buscaba las llaves en el bolsillo del pantalón, ya que habían llegado al portal—, sobre todo —repitió—, no quiero que me lo pagues en carne.

Introdujo la llave en la cerradura y la puerta cedió cuando la hizo girar. La luz se encendió automáticamente.

—¿Por qué? Si esto —recorrió su pecho un par de veces con la mano— es la prueba de que...

—La cama no se hizo para dormir —completó Abril mientras le daba al botón del ascensor sin dejar de mirarlo a los ojos.

—¿En la boda? —preguntó él.

—En la boda, sí.

—Pues sí que dije cosas esa noche...

Se apartó el pelo mojado de la cara e intentó secarse en vano. Habían dejado charcos en la entrada del edificio y poco después también en el ascensor. Cuando abrieron la puerta del piso poco después, Lena los esperaba con un par de toallas grandes.

Eric fue el primero en entrar y comenzar a quitarse los zapatos. Las primas se quedaron en la entrada y Lena aprovechó ese momento para susurrar:

—Menos mal que no querías que viniera.

—Cállate.

Su prima rio y, acto seguido, se apartó de ella. Abril cerró la puerta y se quedó mirando a Eric. Él, como si lo intuyese, se dio la vuelta, le dedicó una sonrisa y siguió secándose.

Ella pensó que ojalá hubiesen podido regresar a aquella noche y hacer las

cosas de manera distinta.

Él pensó lo mismo, porque no se acordaba de nada y al ver nuevamente la sonrisa de Abril le hubiese gustado acordarse de todo.

Pero, ahora solo les quedaba seguir.

Capítulo 11

El lápiz ascendía y descendía sobre el papel, trazando semicírculos, líneas rectas, garabatos, un dibujo en concreto. Estaba disfrutando de su media hora de descanso con un té verde cargado, música y la libertad de poder imaginar parte de aquella historia que quería contar, pero para la que todavía no estaba preparada. Aunque...

Alguien le quitó un auricular de la oreja y se lo colocó. Era Christopher, lo que hizo que se alterase y amontonase los papeles unos sobre otros, con descuido y prisa. Él no le prestó atención, solo escuchaba la composición.

—Michael Giacchino —susurró él.

Abril asintió.

—Es preciosa. Soy muy fan de *Up!* —admitió.

Abril le sonrió porque ella también lo era, ni siquiera recordaba cuántas veces había visto la película.

Le devolvió el auricular.

—¿Qué estabas dibujando? —preguntó al tiempo que rebuscaba entre sus papeles.

Ella quiso impedir que cogiese la hoja, pero él se le adelantó, además, era su jefe, ¿cómo iba a decirle que no?

Al final, Christopher encontró el folio en el que Abril había estado garabateando durante los últimos minutos. Lo observó y frunció el ceño.

—¿Es Croila?

Croila era el personaje coprotagonista de su nuevo corto de animación.

Abril asintió, avergonzada, por haberle hecho algunos arreglos al personaje que Christopher había diseñado.

Él se rascó la barba durante unos segundos e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Es muy bueno.

La chica, que había llevado la mirada hasta el suelo la levantó como si acabaran de decirle que iba a morir.

—¿Qué?

—Me gustan mucho estos detalles.

Colocó el dibujo frente a ella y le mostró los motivos que había añadido a la armadura y la expresión del rostro.

—¿De verdad? —formuló ella, suspicaz.

—Sí —fue rotundo en su respuesta—. Creo que deberías ayudarme con su *storyboard*, ¿te gustaría?

No tardó en asentir abiertamente, con ilusión y una gran sonrisa en la cara. Christopher, que rara vez lo hacía, también mostró un atisbo de humor.

Mientras tanto, Leslie había entrado en la sala y se dirigía hacia su mesa. Apoyó las manos frente a la pareja y una gran sonrisa, la de ella, inundó todo el espacio que había a su alrededor.

—¿Hacemos algo al salir? —le preguntó a Abril.

Ella entrecerró un ojo y mostró una mueca de circunstancias.

—He quedado con mi prima y un amigo suyo para tomar algo —explicó—. Pero, oye, ven. Se lo diré también a Loanne. Si no os importa la compañía extra, claro —apuntó.

Sabía que no les importaría en absoluto, lo de conocer gente nueva les apasionaba, algo que a ella no tanto.

—¡Estupendo! —exclamó Leslie.

—¿Y yo? —Se agachó Christopher—. ¿Puedo ir o no estoy invitado?

Eso sí que las sorprendió más.

—Claro —dijeron al unísono, porque no hubiesen esperado que, alguna vez, él quisiera hacer algo fuera de la oficina, por lo menos no en grupo.

—Muy bien. —Sonrió.

Y se fue, dejándolas con cara de no entender nada.

Abril miró a Leslie, pero ella seguía con los ojos el rastro de Cris.

—¿Estás bien? —preguntó, con precaución, cuando ella emitió un suspiro que no indicaba nada bueno.

Su respuesta fue una caricia en la mejilla de la chica y un guiño.

—Cosas de amores —murmuró, apesadumbrada, como si ella fuese una niña que no pudiese entender los problemas de los adultos.

Se mordió el labio inferior y esquivó la mirada hacia la pantalla del

ordenador. Leslie rodeó la mesa, se adueñó del teclado y buscó un vídeo en *Youtube*.

Era un anuncio de perfume para hombre.

—Lo conozco —aseguró.

En él aparecía un chico alto, con el pelo rubio y rizado y el pecho al descubierto.

—¿Quieres que te lo presente?

Abril pensó en las posibilidades de que un chico como ese pudiese fijarse en una chica como ella. Pero también pensó en un beso y en un baile alejado del mundanal ruido, quizá dentro del propio ruido, en la terraza de un hotel, alumbrados por la luz de infinitas bombillas.

—No, gracias.

—¿Por qué nunca quieres conocer a nadie? —preguntó Leslie, que se había apoyado sobre sus codos, junto a Abril.

—¿Eso crees?

—¿Me equivoco?

—¿Cuándo...?

—Todas las veces que he querido que conocieras a un amigo o a un chico, te has desentendido y has salido corriendo, ¿tan malas experiencias has tenido?

—No, si a mí no me importaría conocer a alguien, pero no creo que tenga que forzarlo.

A Leslie se le dibujó una amplia sonrisa en la cara.

—Eres una chica de casualidades.

—¿Cómo? —indagó ella, con cierta curiosidad.

Empezaba a sentirse nerviosa ante esa situación en la que se veía un tanto juzgada. Solo era su impresión, lo sabía, pero, pese a ello, no podía evitarlo.

—Sí, de las que creen que el amor de su vida llega de pronto, sin esperarlo. Empiezas a ver señales por todas partes, a interpretarlo como cosa del destino, que quiere hacerte ver que esa persona es para ti. Piensas que te va a poner el mundo del revés, que te lo vas a cuestionar todo. En ese momento, todo lo que has hecho hasta entonces te parecerá necesario para llegar a él y...

Abril levantó las manos para que Leslie se detuviera en su narración e interpretación de los hechos. Los hechos, para los que aún tengan dudas, eran su vida sentimental.

—Te estás equivocando.

—¿Sí? Explícamelo, entonces.

Con calma, Leslie tomó asiento en el borde de la mesa y la miró de hito en hito. Ella era así, se interesaba de manera notoria por las personas a las que apreciaba, y con el tiempo le había cogido mucho cariño a Abril. Quizá porque la veía sentirse indefensa ante la vida y ante sí misma. Necesitaba huir de eso y ella quería ayudarla a escapar, pero no sabía cómo. Puede que se debiera a que ni tan solo sabía cómo conseguirlo ella consigo misma.

—Es complicado —murmuró la muchacha.

—¿Por qué contigo siempre lo es? —Levantó los brazos y los dejó caer de golpe—. ¿Te gusta el helado?

—Bueno, cuando...

Cubrió su boca con la mano.

—¿Ves? ¿No eres capaz de contestar sí o no a una cuestión tan sencilla? ¡Abril! Despierta, vamos. No puedes tener dudas de todo, así nunca vas a ser tú misma. ¿Te asusta serlo? ¿Es eso?

Abril no contestó y Leslie, que tenía el ceño fruncido, se fue relajando cuando se dio cuenta de la realidad.

—Es eso, ¿no? No te importaría conocer a alguien, tú lo has dicho, lo que te da miedo es que te conozcan a ti —comentó.

Gustave pasó por ahí en ese momento y se hizo el silencio. Por suerte, no se quedó demasiado tiempo, así que Leslie continuó.

—¿Por qué? ¿Eres una asesina en serie? ¿Te gusta el sadomasoquismo? ¿Estás casada con tu perro? ¿Qué pasa?

—Leslie... —la advirtió su amiga con voz queda.

—¿Qué? ¡No, no me mires así! Dímelo. Tengo derecho a saber qué demonios pasa por esa mente suya. Te he dado mi confianza y mi amistad, necesito recibir algo de ti.

—¿Quieres recibir algo de mí? —preguntó ella con las cejas arqueadas y una sonrisa burlona.

—Ya me entiendes. Aunque... conforme están las cosas con Christopher últimamente, ya no sé lo que espero.

Esta vez fue Abril la que vio hecho realidad un presentimiento que había surgido en las últimas semanas. Pequeños cambios en el comportamiento de su pareja ideal. Detalles que a ojos de otros habrían pasado inadvertidos, pero a los suyos, ¡oh!, ya lo creo que no.

—¿Estáis bien?

Leslie dibujó una mueca sobre sus labios y después se le escapó un bufido profundo. Se le hundieron los ojos y procuró no renunciar a la sonrisa.

—Lo intentamos. Él lo intenta, ya lo has visto. Y yo también lo hago.

—Lo siento mucho.

—No es un pésame, Abril, no hace falta que pongas cara de haber visto un cadáver.

—Perdona.

—No pasa nada. Siempre hay problemas en el Paraíso, ¿verdad?

Leslie depositó un fugaz beso sobre su mejilla, dio una palmada e informó de que se iba a trabajar. Y lo hizo rápido, como si quisiera escapar de las mismas preguntas que ella solía hacer a los demás.

Cristopher volvió a pasar por delante de la puerta de Abril poco después. Ella lo miró de forma distinta. Vio que, quizá, solo era un hombre y Leslie una mujer, no se trataba de una novela y las cosas no sucedían como en las películas. Peleaban cada día por ser felices, el camino estaba surcado de piedras y el amor era el objetivo al que querían llegar.

En ese momento, Abril recordó por qué no quería nada de aquello. Se autoconvenció una vez más de que la soltería era lo mejor y siguió centrándose en su trabajo cuando el descanso acabó.

Así de fácil, así de complicado.

Capítulo 12

Eric se había despertado temprano, pero se quedó en la cama, escuchando el ruido de la casa, que se despertaba con las pisadas de Lena y las de Abril. Estas últimas le resultaban más cercanas y decididas, quizá porque sus dormitorios estaban separados por una pared un poco más fina de lo que cabría esperar. Por eso intuyó el quejido del colchón cuando se levantó, justo después de que sonara el despertador, cómo abrió el armario y escogió la ropa de aquel día, cómo se desnudó y...

Se dio la vuelta en la cama y miró hacia la ventana, por donde se filtraba una luz limpia y fría, propia de la mañana. No sabía qué iba a hacer ese día: ¿dar una vuelta por la ciudad? ¿Llamar por fin a su madre? ¿Comprobar que se sentía un poco mejor que cuando había decidido subirse en ese avión? ¿Intentar recordar quién era Abril y lo que había pasado entre los dos aquella noche?

Cuando escuchó que se iba, salió de la cama y fue hacia la pequeña cocina, donde apenas cabían dos almas. Lena preparaba un desayuno de película, quizá más por el mero placer de cocinar que porque fuese a comerse todo aquello. Eric le revolvió el pelo y depositó un beso fugaz en su coronilla. Ella contestó con una sonrisa y con un comentario cargado de una pizca de maldad:

—Es bonita Toulouse, ¿verdad?

Eric no supo por qué, pero en el nombre de la ciudad estaba implícito otro. Arrinconado y desnudo, como a él le hubiera gustado conocerlo.

—Preciosa —susurró mientras le daba un sorbo al café recién hecho.

—¿Y Abril? —siguió Lena, que nunca había tenido ningún reparo en hacer preguntas que otros, tal vez, no le habrían contestado.

—Muy simpática.

Menuda respuesta, pedazo de idiota, le amonestó su subconsciente.

—Os conocisteis en la boda, ¿no?

Eric disimuló la respuesta con un sonido gutural ronco, muy propio de la mañana. Sabía que era así porque Abril le había dado demasiados detalles que solo podía conocer por él, sin embargo, no lograba recordar nada. Maldito alcohol. No bebía nunca y tuvo que hacerlo esa noche. Esa maldita noche.

Tampoco podía explicarse cómo, de sus otros recuerdos, no lograba encontrar una imagen nítida de Abril en la iglesia o en el banquete. Era más que simpática y tenía que haberse fijado en ella. Tal vez si no hubiese estado hecho mierda se habría dado cuenta de su presencia. Pero no lo hizo, porque por aquel entonces seguía pensando en otra persona. Se habían hecho mucho daño y él se sentía solo. Tremendamente solo.

—Creo que está un poco colada por su jefe —comentó Lena como si nada.

Eric procuró disimular su sorpresa.

—No me digas. —Pero su voz delató otra cosa.

Venga, no me jodas, ¿celoso? Tú nunca te pones celoso.

Bueno, tampoco era de los que se subían a un avión cuando toda su maldita vida se estaba yendo a tomar por culo. Y, no obstante, ahí estaba. Sentado en un taburete de una cocina, de una casa, de una ciudad y de un país que no eran nada suyo.

Y luego estaba Abril.

¿Quién era Abril y por qué lo miraba de aquella manera? ¿Por qué parecía capaz de ver a través de su silencio y adivinar sus palabras?

—A ver, ella dice que no —siguió Lena con su perorata—, pero, ¡venga ya! El tipo tiene una planta impresionante y la hace ir a trabajar incluso los fines de semana.

—Tampoco es que eso sea una prueba de nada.

Lena puso los ojos en blanco e hizo una mueca.

—Los vi juntos una vez. Pasé por su trabajo y estaban hablando en el vestíbulo de las oficinas. ¡Hacían buena pareja! No sé. Estaban ahí juntos y había armonía.

Otro sonido gutural mientras untaba una tostada con mermelada.

Joder, Lena, deja de martillearme con esto. No me importa.

—¿Quién sabe?

—Estás apático.

—Y tú pesada. De buena mañana contándome cotilleos. ¿Desde cuándo me va eso?

—No sé, para entretenernos.

Lenita, que me buscas las cosquillas y la tenemos.

La mirada de Eric expresó este último pensamiento.

—¿Por qué no me cuentas algo de ti para entretenernos? Es feo hablar de los demás cuando no están, ¿sabes?

—¡Qué correcto eres de pronto! —exclamó Lena—. Aunque bueno, tú siempre has sido buenecito.

Su amigo frunció el ceño y apoyó los codos en la encimera.

—¿Qué quieres decir con que siempre he sido *buenecito*?

Lena se encogió de hombros como si la respuesta, en el fondo, fuese bastante clara. Eric era bueno porque no hacía daño a la gente, no voluntariamente, y siempre andaba por el mundo preocupándose por los demás.

Él, sin embargo, no pensaba lo mismo. Todo lo contrario. Pensaba que todo lo que tenía, y lo que no, era porque se lo merecía, porque había hecho más daño de lo que las personas que lo rodeaban se merecían.

—Eh, ¿y esa cara?

Ella se acercó a darle un achuchón y un beso en la mejilla.

—Venga, estás viejo para hacer pucheros. —Rio la muchacha.

—Ni estoy viejo ni mucho menos voy a hacer ningún puchero —se quejó.

—Lo que tú digas. Me voy a trabajar. Si sales, hay una copia de las llaves en el cuenco de la entrada. Te escribo después.

—Vale, vale, mamá —le contestó él a regañadientes.

Lena le dio una colleja, de la que Eric se quejó exageradamente, y la escuchó marchar. Se quedó ahí quieto, frente al café, aún humeante. Sacó el teléfono del bolsillo del pantalón y buscó un número de teléfono que hacía tiempo que no escuchaba sonar. Le dio al botón de llamada y esperó paciente, hasta que escuchó esa voz que, en el fondo y en la superficie, había echado tanto de menos.

—Hola, mamá.

—Eric, cariño —susurró ella—, ¿cómo va todo por Francia?

—Bien, amortizando las clases particulares de francés que me pagaste en el instituto.

La oyó reírse y eso, automáticamente, lo relajó.

—Me alegra escuchar eso. ¿Qué tal está Lena?

En su casa, Danielle, Ricardo y Lena eran como unos hijos más.

—Pues como siempre, no para quieta, y dice entre diez y quince tonterías por segundo. Pero le va bien, es muy constante con su mundillo.

—¿Y tú? ¿Estás descansando?

—Sí, ya sabes, sí... —susurró.

—He visto a Laura hoy —dijo de pronto su madre.

Eric tragó saliva. Ahí estaba la prueba de fuego: preguntar cómo estaba o no. Laura había sido la primera chica que había llevado a casa. Había conocido a sus padres, había compartido mesa, fiestas y recuerdos. Y ya no estaba. Ya nunca estaría.

—La he visto muy bien, la verdad.

Le dio la impresión de que lo decía para consolarlo. Quizá su madre solo intentaba hacerle sentir menos culpable.

—Me alegro —se limitó a contestar.

—¿Y tú, cariño? ¿Cómo estás?

Estoy hecho un manojito de nervios y no entiendo por qué, y no paro de intentar recordar qué demonios pasó esa noche. No sé si hice bien dejando a Laura. Estoy hecho un lío y creo que voy a hacer alguna tontería de la que me voy a arrepentir. No encuentro ninguna manera de sentirme mejor. Siento que soy un puto desastre y...

—Bien, como siempre, quería saber cómo estabais papá y tú y Rodolfo.

—La gata está bien, hijo —contestó ella con un suspiro—. Pero tú, Eric. ¡Ay, mi vida! Estoy muy preocupada por ti.

¿Por qué las madres tienen que darse cuenta de todo?

—¿Y eso? —Se hizo el despistado.

—Porque hijo, tienes treintaitrés años y...

Y empezábamos de nuevo.

Capítulo 13

En la Rue des Filatiers, una calle muy transitada, cerca del Marché des Carmes, Abril y compañía cenaban un *bagle* mientras esperaban a Lena y a Eric. Era uno de los sitios predilectos de Christopher, quizá porque ahí, un atardecer hacía dos años, se imaginó a Fiodor y toda la historia que había tras él. Puede que ni siquiera tuviera que planteárselo, porque ese personaje, como muchas de las cosas que había hecho a lo largo de su carrera, tenía reflejo en su vida personal. Ahora, desde luego, no atravesaba su mejor momento. Sin embargo, ahí estaba, procurando darle una salida a la rabia que sentía porque se le escapaba entre las manos lo que tanto le había costado conseguir.

Miraba a Leslie dentro del pequeño local y bajo la sombra de todas las portadas de revista enmarcadas, su sonrisa se apagaba y se encendía por causas que no comprendía. Cuando eso ocurría, volvía Fiodor, al fin y al cabo, y aunque nadie lo supiera, la idea surgió la vez en la que el mundo se le vino abajo por primera vez. En ese momento, también nació Croila, tal vez en aquella gran mentira que alguien le contó.

—Van a hacer una exposición de artistas callejeros el próximo fin de semana en el Jardin des Plantes. Deberíamos ir —dijo Loanne.

—¿Dibujantes? —indagó Leslie.

—Sí, sí.

—He oído —intervino Abril después de darle un trago a su bebida— que vienen de todas partes de Europa. Cobran un precio simbólico por la entrada.

—El arte se tiene que pagar —admitió Gustave.

—Aparte —continuó Abril—. El dinero de la recaudación es para una asociación que promueve las actividades creativas entre las mujeres en los países subdesarrollados.

Christopher había estado escuchando la conversación a medias, pero esa

última parte atrajo su atención y se volvió hacia Abril precipitadamente.

—¿En serio? —preguntó.

—Sí, me parece estupendo, la verdad. Más aún cuando las posibilidades de los dibujantes no son las mejores de todas.

—Claro —asintió Gustave—. ¿Qué sería de nosotros ahora mismo de no haber tenido la suerte de estar trabajando en Lespher?

—Gus —lo cortó Loanne—, ya te han perdonado que perdieras los dibujos, deja de hacer la pelota a los jefes.

—Que siga halagándonos un poco más —comentó Cris.

Abril no pudo evitar que se le escapase una risita que los demás omitieron. Ella no era la más indicada para hacerlo después del desastre del día anterior, aunque ninguno de los dos, ni Leslie ni Christopher, parecía acordarse. Bien mirado, con los problemas que debían de tener, dudaba que ella pudiese obtener un protagónico en esa historia.

Cris, sin embargo, sonrió ampliamente.

Olvidó, por un segundo, la otra sonrisa que había estado contemplando. Desde el primer día en el que entró en el estudio, Abril le había transmitido una naturalidad que no había encontrado en ninguno de sus otros empleados, compañeros y amigos. Era algo de agradecer, aunque la chica pareciese estar atravesando un periodo de crisis existencial que debería arreglar de alguna manera.

Lo cierto es que, aunque ella no pudiese planteárselo siquiera, desde el día anterior, Christopher no paraba de darle vueltas a una pregunta: ¿qué le estaba pasando a Abril?

El teléfono de esta vibró sobre la mesa. Se limpió la comisura de la boca con la servilleta y contestó.

—Lena, estamos en el Bagles. ¿Dónde estáis vosotros? ¿Frente al Garona? ¿Al otro lado o...? Aquí. Vale, pues vamos para la Place de la Daurade. Ahora nos vemos. —Colgó.

Miró a sus amigos y vio que habían acabado de cenar, así que levantó los hombros.

—Están ya por aquí, ¿nos vamos o queréis tomar algo más?

—Nos vamos —contestó Christopher.

Ella asintió y el resto la imitó poniéndose en pie y recogiendo sus cosas.

Salieron del establecimiento y comenzaron a desfilar las calles y a hablar del proyecto, algo que los tenía inquietos, aunque habían adelantado bastante

trabajo del perdido.

Cristopher se quedó rezagado. Nadie se dio cuenta al principio, solo Abril aprovechó un semáforo para apartarse de los otros tres y quedar junto al hombre.

—¿Todo bien?

Sabía que no debería haberlo preguntado, porque era consciente de que ella era amiga de Leslie, no de Christopher. A él lo veía como a su jefe, el que seguía llevando su uniforme, sus pantalones negros y su camiseta del mismo color.

Él le rozó educadamente la espalda y asintió.

—¿Cómo estás tú?

Abril se detuvo y apretó los ojos con fuerza.

—Si lo dices por lo de ayer... De verdad, lo siento, estuvo fuera de lugar.

—Lo estuvo —admitió él—. Yo tuve un episodio parecido hace un tiempo y me despidieron —le contó.

—Sé que me lo merezco y también soy consciente de que ayer insinué que eso era lo que quería, pero, en serio, me arrepiento, y si esto es una segunda oportunidad, la aprovecharé, Christopher, lo prometo.

—Eso está muy bien, aunque no sea lo que te he preguntado.

—Estoy bien.

—Eres una pésima mentirosa, ¿sabes? Apartar la mirada es sintomático de lo que te digo.

A Abril la sorprendía que bajo esa faceta de hombre serio, concentrado y distante hubiese alguien que realmente mostrase preocupación.

—Es algo familiar —explicó—. Me desbordó, e insisto, lo lamento.

—Deja de disculparte, Abril, por Dios. Cuando adoptas esa actitud trágica me exasperas.

—¿Trágica? —indagó ella con el timbre de voz más agudo de lo normal.

—Sí, cuando piensas que todo lo haces mal. No es así, ¿por qué no tienes un poco más de fe en ti misma? ¿De dónde vienen esas inseguridades? Eres inteligente y...

No quería ir más allá de lo profesional, podría malinterpretarse.

—Eres inteligente —volvió a decir.

—¡Cuántas cualidades! —exclamó ella.

Eso lo pilló desprevenido, también la forma en la que se rio, sin sentirse ofendida.

—Eres más que eso, tú lo sabes, no hace falta que te lo diga ni yo ni nadie —declaró—. Dime algo que consideres que haces bien.

La desestabilizó la petición, pero pensó en ello.

—Digitalizo bien.

—Sabemos que haces bien tu trabajo. Cuéntame algo que yo no sepa —exigió.

—Hay muchas cosas que tú no sabes. Me llevaría tiempo.

—Algo no es todo. Algo es lo más representativo.

Abril enseñó los dientes y después se mordió el labio inferior.

—Cada dos meses más o menos —comenzó a decir. Cris agachó un poco la cabeza porque ella hablaba bajito— voy a saltar en paracaídas.

—¿En serio?

La sorpresa era evidente en la cara del hombre.

—¡No te pega nada, joder! ¿Te estás quedando conmigo?

Ella negó con la cabeza. Nadie sabía qué había detrás de ella, nadie la conocía, como le había insinuado Leslie aquella mañana. ¿Cómo hacerlo si no contaba nada, si no se abría?

—Es verdad, lo hago desde los dieciocho. Me gustan los deportes de riesgo.

—¿A ti?

—Sí, Christopher, a mí. ¿Qué pasa? —señaló indignada.

—No, nada, es que me parece increíble. Y fantástico —manifestó una gran sonrisa, y le pasó un brazo alrededor de los hombros durante unos segundos—. ¿Qué más haces?

—Pues he hecho puenting, alpinismo, *rafting* y parapente.

—¡Eres la hostia! ¿Y luego vas por ahí agachando la cabeza?

Le dio un golpecito en la frente con el dedo índice.

—¿Kayak? ¿Windsurf? —preguntó con entusiasmo.

—¡No! Pero me muero de ganas de probar el kayak. Estuve buscando por internet hace un par de meses, pero aún no he encontrado ninguna agencia que me convenza... —explicó—. ¿Tú lo has probado?

—Es deporte familiar. Una historia larga y rara de narices —expuso él.

—Me encantaría que me la contases.

Se quedaron en silencio un segundo porque se había formado una tensión que los hizo sentir extraños por alguna razón inexplicable.

Ella cambió de tema.

—Entonces, ¿te podré ayudar con el *storyboard* de Croila?

—Claro, siempre que no la hagas tirarse en paracaídas.

—¿Miedo a las alturas?

—Un poco —admitió—. Lo he heredado de mi madre. Mi padre era como tú —la miró profundamente y sonrió—: valiente y decidido.

—¿Era?

—Sí —asintió—. Falleció hará un año y medio.

—Lo siento mucho, Christopher.

—Yo también. Sobre todo porque se le quedó algo importantísimo por hacer y ahora esa responsabilidad es mía.

Abril quiso preguntar, pero no tenía ningún derecho. Ni siquiera podía creer que él hubiese querido compartir eso tan doloroso. Para ella también lo era, porque, de un modo u otro, le recordaba a su propio padre. No paraba de pensar en él.

—Te has puesto triste.

—Es un efecto secundario de ser yo.

—Es un efecto maravilloso de ser tú.

En aquel momento, bajo el paraguas de esas palabras, a Christopher le hubiese gustado abrazarla y decir algo que la ayudase a sentirse mejor, pero no podía.

Simplemente, no podía.

Siguieron caminando un poco más rápido hasta alcanzar al resto.

Después, la noche se volvió larga.

Capítulo 14

La despertó el gruñido de Brouillard y su salto en la cama. Sonrió pese a que le dolía la cabeza. La resaca de la noche anterior la obligó a mantener los ojos cerrados durante un rato más. No era capaz de recordar cómo había regresado a casa, quizá por eso cuando se incorporó poco a poco y vio a Eric tumbado a su lado tuvo el extraño presentimiento de que no le iba a gustar la respuesta.

—Buenos días —susurró él.

Y tan buenos, pensó Abril al verlo a medio vestir y a escasos centímetros de ella. El galgo era la única barrera entre los dos.

—Hola —dijo con la voz un poco rota.

—Nos divertimos anoche, ¿eh?

Esbozó una sonrisa tentadora que hizo que a Abril le diese vueltas la cabeza.

Eric se apoyó sobre un codo y el perro se bajó de la cama cuando vio que se acercaba peligrosamente a su dueña. Quedó con los brazos apoyados a cada lado de la chica, la miró un segundo y después, ante la extraña forma en la que ella le devolvió la mirada, tomó el vaso de agua de la mesilla de noche y se lo ofreció.

—Te sentará bien.

—Gra-gracias... —tartamudeó.

Lo cogió y bebió sin respirar, haciendo un intento vano de no observar los abdominales marcados de Eric.

Él se había apoyado contra el cabecero y la observaba en silencio. Los remordimientos comenzaron a tener efecto, aunque, en realidad, no habían desaparecido en ningún momento. ¿Cómo hacerlo si Eric no había probado gota de alcohol la noche anterior?

—¿Qué haces aquí? —indagó Abril.

—¿Con *aquí* te refieres a tu cama?

—¿A qué otra cosa iba a referirme?

Estaba a la defensiva y eso a Eric, pese a que no quería reconocerlo, le gustaba.

—¿No te acuerdas?

Arqueó tanto las cejas que Abril no supo si era fruto de la sorpresa o de la conmiseración.

Negó con la cabeza y tragó saliva, algo que al hombre no le pasó inadvertido.

—Eres graciosa cuando bebes.

—Me alegra saber que cuando no bebo no lo soy.

Se llevó una mano a las sienes y las masajeó con calma. El dolor era punzante y los nervios no ayudaban a reducirlo.

Eric se inclinó y le dio un beso tierno en los labios antes de salir de entre las sábanas y dirigirse a la puerta.

—Voy a preparar té y café —anunció.

Abril se había quedado sentada en medio del desorden de la colcha, la sábana y las emociones, con los labios entreabiertos, las mejillas rojas, los ojos brillantes, el vientre tenso y las piernas temblando.

Él salió de la habitación aguantándose las ganas de reír y preguntándose cuánto tiempo tardaría ella en seguirlo y formularle una pregunta tras otra.

Pero, por el momento, se limitó a continuar pasmada.

—Vale, vale...—se dijo a sí misma—. No ha pasado nada, solo...

Se agarró al borde de la camiseta. ¿De quién...?

Miró el color, el dibujo y la talla. Esa camiseta no era suya.

Apartó la sábana y se relajó al ver que todavía llevaba puesta la ropa interior.

¿Qué demonios había sucedido? ¿Por qué llevaba puesta una camiseta de hombre? ¿Por qué Eric estaba en su cama? ¿Por qué la había besado?

Lo último que recordaba era estar en la barra del local hablando con Christopher sobre aficiones que compartían y otras que eran desconocidas para uno y para el otro.

Entonces, cuando por fin había conseguido hacerle reír, a Leslie se le había caído la copa, había querido recoger los cristales y se había hecho un corte en la palma de la mano.

Eric le había pedido el botiquín al camarero y se había ofrecido a curarla como buen enfermero, siguiendo, quizá, algún protocolo que Abril desconocía.

Se habían ido al aseo a limpiar la sangre. Poco después, Cris, que solía marearse, acabó yendo a ver cómo estaba su novia.

Regresó unos minutos después. Pálido. Al poco volvieron Leslie y Eric.

Brindaron por alguna cosa que ya no podía recordar, solo sabía que en algún momento había estado tarareando, y posiblemente bailando, *Married Life*, de la película de Pixar, *Up!*

Se arrastró hasta el cuarto de baño, se lavó la cara con abundante agua. Nada le parecía suficiente. Restregó la toalla, un tanto áspera, por su piel hasta absorber toda la humedad, se recogió el pelo en una coleta alta y se colocó las gafas. Regresó a la habitación a por unos pantalones y fue, con decisión, a la cocina. Necesitaba explicaciones.

Eric le había dejado una taza de té sobre la mesa y un plato con galletas y tostadas, mermelada de arándanos y un vaso de zumo de naranja recién hecho.

¿Y ahora le hacía el desayuno?

¿Qué...?

Se bebió el zumo de buena gana.

¿Cómo podía sacar el tema sin ruborizarse como una cría estúpida?

—¿Y bien?

Él bebió de su café con calma.

—¿Sí? —preguntó como si hubiese estado distraído.

Y lo estaba en realidad. Pensaba en dos cosas: en lo que había pasado esa noche y en la camiseta que llevaba puesta Abril.

—¿Por qué estabas durmiendo conmigo? —disparó, encogiéndose de hombros.

—Porque me pediste que me quedara cuando te llevé a la cama.

—¿Cuando te pedí que me llevaras a la cama?

Pensó en que su tono debía de haberse parecido, en ese instante, al de una monja de clausura cuando escucha en boca ajena la manifestación del pecado.

—Sí, porque ibas tambaleándote como una peonza.

—¿Y te pedí yo que me acompañaras?

—No, pero me dio la impresión de que era lo que querías.

Eric se mordió el labio inferior para reprimir las ganas de sonreír de oreja a oreja.

Abril no daba crédito a lo que estaba escuchando. ¿Cómo podía haberle

insinuado ella, sobria o ebria, que quería acostarse con él cuando ya...?

—¿Solo dormimos? —se atrevió a preguntar.

Se alejó de la encimera y, con los pies descalzos, recorrió el espacio que había entre los dos. Apoyó las manos en el respaldo de la silla. Abril sintió un estremecimiento parecido al de cuando se conocieron.

¿A qué estaba jugando Eric? ¿Por qué tenía que ser el tipo de chico que no le convenía?

Se acercó un poco más a ella, tanto que ambos sintieron el aliento cálido del otro fluctuando entre sus bocas. Dejó de lado los centímetros que los separaban y volvió a rozarle los labios húmedos y entreabiertos con un beso escueto.

—¿Por qué siempre me besas?

—¿Por qué nunca me apartas? —preguntó él, sonriente.

Eric apartó las manos y volvió hacia el lugar del que había venido.

—Molesta no acordarse, ¿verdad? No saber qué dijiste, qué pudiste haberme contado que ahora pueda hacerte vulnerable.

Abril apretó la mandíbula y se agarró con una mano al borde de la silla, no supo si porque tenía ganas de lanzarle la taza de té ardiendo o si porque su cuerpo no quería someterse a esa sensación curiosa que comenzaba a experimentar. La reconocía. Era deseo y hacía tiempo que no lo sentía. Había renunciado a él.

—Así que es por venganza —aclaró ella.

—Evidentemente.

—Tendré que vivir con ello —concluyó al tiempo que se ponía en pie, recogía el vaso del zumo y lo llevaba al lavavajillas.

—¿Ya está? —inquirió Eric sorprendido—. ¿No vas a preguntarme nada más?

—Me niego a ser tu entretenimiento esta mañana, Eric —expuso sin mirarlo—. Quédate con lo de anoche, voy a seguir guardándome la de hace unos meses.

Sonrió complacida y un tanto misteriosa, algo que desconcertó todavía más al chico.

—Y, por cierto —añadió mientras se dirigía a la puerta de la cocina—, antes besabas mejor.

Le guiñó un ojo y se fue hacia Brou. Le colocó el arnés y cogió las llaves.

Eric apareció en el umbral.

—¿Nos besamos?

No pareció contento cuando hizo aquella pregunta.

—Ahora tengo que ir a pasear a Brouillard.

El perro dio un salto como asentimiento.

—Voy contigo.

—¿No deberías descansar para el concierto de después?

—Estoy muy descansado —insistió—. Espera.

Volvió al cabo de medio minuto con las zapatillas puestas y una camiseta arrugada.

Mientras Eric cerraba la puerta, Abril llamó al ascensor. Prefería las escaleras a ese angosto espacio, sin embargo, esa mañana no se sentía capaz de recorrer ni tres pasos.

Entraron y ella se apoyó en el espejo. Prefería estar de espaldas a sí misma, no quería ver su expresión confundida.

—¿Cuándo nos besamos?

—Cuando nos fuimos a escalar el Kilimanjaro.

—Déjate de sarcasmos —apuntó él—. Sé amable y dímelo, me merezco al menos eso.

—¿Te mereces? ¡Vaya!

Él se cruzó de brazos y fue Abril quien abrió la puerta del ascensor.

—¿Por qué te importa tanto? —indagó sin dejarlo pasar.

Eric retuvo el peso de la puerta con la mano y salió tras ella.

—Porque no me gusta no recordar las cosas que hago. Puede que algunas no las haga bien, pero prefiero saber qué he hecho, cómo, cuándo, con quién y por qué.

—Pues no bebas.

—Es que no bebo, fue algo puntual.

Abril recordó, en ese momento, que Eric solo había estado tomando refrescos el día anterior.

—Mírame a mí, me aplico el cuento. No te estoy pidiendo más información.

—Porque, en realidad, te asusta imaginar siquiera qué pudiste hacer.

Abril llevaba un rato sintiéndose incómoda con la situación, quizá por el nerviosismo habitual en ella, ese que venía cuando se le agotaba el oxígeno y percibía la realidad un tanto difusa. Lo que más la intrigaba de todo aquello era que Eric conseguía hacerla sentir precisamente así: perdida.

Se detuvo en medio de la calle, colocó los brazos en jarras obligando a

Brou a detenerse y le echó una mirada llena de reproches, tal vez porque aún guardaba sus secretos de aquella madrugada, la que él no lograba desentrañar de sus propios recuerdos.

—Pues cuéntamelo.

Eric entrecerró ligeramente los ojos y escondió las manos en los bolsillos del pantalón, algo que hacía con cierta frecuencia cuando no estaba seguro de que las respuestas que estaba a punto de dar serían las adecuadas.

—¿Qué te da más miedo? ¿Pensar que has podido acostarte conmigo o creer que has podido contarme algo que te ponga en un compromiso? Sé sincera.

Abril se acordó en aquel momento de otra época de su vida, una bañada por la rebeldía adolescente, poco después de haber empezado a practicar deportes de riesgo y haber conocido el origen de su nombre. Por aquel entonces no creía en los formalismos ni en la buena imagen. Le daban igual porque sus circunstancias personales la hacían sentir como en una farsa. Su vida parecía una incógnita que nadie quería resolver, ni siquiera ella.

Entonces se habría ido en el caso de sentirse acorralada, como se veía esa mañana de domingo con Eric. Sin embargo, se obligó a ser adulta, a afrontar por una vez la aprensión que le causaba admitir que, en el fondo, era más sensible de lo que parecía, aunque también más fuerte. Pero, sobre todo, era sincera, por eso aceptó serlo pese a la exigencia del hombre.

—Ambas.

El cuerpo de Eric mostró una rigidez que no le quitó hierro al asunto, en absoluto. De hecho, ni siquiera comprendía por qué necesitaba saber tanto, qué lo impulsaba a hacer preguntas tan personales. Él había ido a Toulouse precisamente para olvidarse de lo personal, así solo lograba implicarse, volver a su pasado, avivar las cenizas de sus fracasos y errores.

—¿Por qué? —siguió interpellando.

Abril emitió un profundo suspiro, descorazonado y resacoso, dejó caer los brazos a un lado de su cuerpo y, con el rostro sereno, aunque con la mirada empañada por el frenético latir en su pecho, lo miró y contestó, porque guardarlo había dejado de ser gracioso.

—Porque ya hice esas dos cosas hace algún tiempo y no salió bien.

Capítulo 15

Abril escuchó cómo se cerraba la puerta del piso y aprovechó ese momento para asomarse furtivamente y comprobar que estaba sola. Al hacerlo, sintió que podía volver a respirar. Llevaba varias horas en tensión, no solo por haberse despertado en la cama con Eric, sino por las confesiones que vinieron después.

Él parecía claramente contrariado. Le dio la sensación de que nadie hubiese podido disimular de aquella manera, era evidente que no se acordaba de nada. No había sido fácil decir en voz alta todo lo que había pasado la noche en los jardines del hotel donde se había celebrado la boda de su prima. Sin embargo, después se sintió liberada, aunque también avergonzada.

Al regresar a casa, solo habían hablado con monosílabos y frases cortas. Así que cuando Abril vio que comenzaba a arreglarse para irse al concierto de *Imagine Dragons*, sintió un alivio indescriptible.

Pasó algunos minutos muy agradables debajo del agua de la ducha. Ella no había insistido. Se había resignado a no recordar lo vivido hacía escasas horas. Quizá había cosas que era mejor no saber después de todo.

Encendió el ordenador y consultó su agenda electrónica, que le recordó las reuniones de aquella semana y también el cumpleaños de su madre. Ese sería el primer año que no lo pasarían juntas. Tendría que llamarla para felicitarle el aniversario y conformarse con su voz. Nada de abrazos, nada de tarta de chocolate compartida.

Mientras observaba el *stop motion* que habían preparado para un spot publicitario, el teléfono vibró encima de la mesa.

Abril se ajustó las gafas, desbloqueó la pantalla y frunció el ceño al ver de quién era aquel mensaje.

¿Por qué le escribiría Christopher un domingo? ¿Qué habría perdido Gustave

ahora?

Bufó incluso antes de leer el contenido.

Finalmente lo abrió y su cara fue la máxima manifestación de sorpresa.

«Estoy cerca de la basílica de Saint Sernin, ¿nos tomamos algo?».

Abril se crujió los dedos antes de tomar la decisión de marcar el número de Cris.

Lo hizo y él contestó casi al momento, también nervioso al otro lado.

—¿Qué hay? —preguntó cuando descolgó.

—Estaba en casa viendo el *stop motion* de las vitaminas prenatales —contestó ella, como si así él pudiese entender que no le apetecía salir de esas cuatro paredes en las que vivía.

—¿Hasta en domingo trabajas?

No quiso decirle que su vida no tenía mucha emoción y que trabajar la ayudaba a no pensar en otras cosas.

—Si quieres te subcontrato de ayudante dominguero —comentó.

No tardó en darse cuenta de lo que había implícito en sus palabras.

—Si me invitas a un café y a un trozo de bizcocho, me doy por pagado.

Abril se agitó tanto el pelo con la mano que acabó despeinándose por completo.

—Te envío la dirección, si quieres. Vivo cerca.

—Muy bien. Pásame la ubicación y nos vemos en un rato. ¿Quieres que lleve algo?

Ella tardó un segundo en contestar.

—El café y el bizcocho.

Cristopher se rio al otro lado de la línea y, muy dentro de él, recordó a otra persona.

—Muy bien. Hasta ahora.

Cuando puso fin a la llamada, se levantó de la silla y, teléfono en mano, dio varias vueltas por el salón. A lo mejor quería contarle algo sobre el proyecto o, quizá, tenía que ver con Leslie. No había vuelto a hablar con ella de lo que le había insinuado, no obstante, era más que evidente que los problemas entre ellos iban in crescendo. Eso sí, ¿desde cuándo había surgido una amistad entre ella y su jefe? Tal vez se había replanteado el despido y...

Llamó a Lena, que era a la única a la que podía contarle eso.

—¿Qué has quemado ahora? —inquirió Lena en cuanto Abril la saludó.

—Nada, chica, ¿es que no puedo llamarte?

—Estoy desplumando una perdiz, así que debe de ser urgente, no creo que me estés llamando para decirme alguna chorrada. Porque no es una tontería, ¿no?

Su prima puso los ojos en blanco. No sabía si era porque eran familia, pero había una conexión certera entre ellas. Con Danielle le pasaba menos, aunque también había complicidad.

—Viene mi jefe.

—¿Adónde?

—A casa.

Aunque Lena se lo contaría después, en ese momento se le resbaló la perdiz de entre las manos y abrió mucho la boca.

—¿El de ayer?

—No, otro de los muchos jefes que tengo —expuso Abril, que, a veces, se impacientaba con demasiada premura.

—¿Christopher?

—¡Que sí! Ese jefe, Lena, ese. ¿Crees que quiere despedirme? No sé. Parecía muy amable y me da cosa...

—¡Qué obsesión con que te van a despedir! —exclamó la muchacha—. Y, ¿desde cuándo el despido te lo llevan a casa? ¡Piensa un poco, idiota!

—Oye, sin faltar. Hay que ver, ¡qué boca! Eso es el cocinero ese para quien trabajas, que es un deslenguado.

—¡Cállate, joder, que tengo el móvil en manos libres!

Abril hizo una mueca de circunstancias y se llevó una mano a la boca.

—¿Y entonces?

—Querrá hablar contigo o tirarte la caña. La verdad es que ayer parecía estar bastante pendiente, ¿no te pareció?

Sí que había tenido esa sensación, aunque no se parecía en nada a las impresiones que Lena pudiese haber tenido. No era nada físico, era una búsqueda de algo que iba más allá. ¿Pena?

—¿Y qué hago?

—Pues, la próxima vez, no invitarlo a ir.

—¿Y quién ha dicho que lo haya invitado? A ver.

—¿No lo has hecho?

—Indirectamente.

—En ese caso, ¿para qué se supone que me estás llamando?

—No lo sé, la verdad, viendo lo que me ayudas, ya no se me ocurre un buen

motivo.

—Siempre lo puedes denunciar por acoso laboral, si se sobrepasa.

—Pero, ¿qué estás diciendo? —preguntó Abril, incrédula.

—¡Yo qué sé, chica! Tengo el bazo de la perdiz entre las manos, no puedo pensar. A lo mejor solo le caes bien.

—¿Y lo descubrió ayer?

—Puede. Que yo recuerde, no habíais hablado de otra cosa que no fuese trabajo... —objetó Lena.

—Tampoco es que ahora nos contemos nuestras intimidades, ¿eh?

—¿Estás segura?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, solo que ayer parecíais tener bastantes ganas de contaros... intimidades.

—No lo digas con ese tono, sabes que no tengo ese interés en él. Ni ahora ni antes —le recordó.

—¿Por qué? A mí me parece un hombre muy atractivo, con ese aire de incomprendido bohemio y un poco rockero. Tiene chispa.

—Digas lo que digas, no me vas a hacer cambiar de opinión.

—Claro que no, ¿cómo hacerlo si Eric durmió en tu habitación ayer? ¿Hay una explicación a eso? Porque, créeme, sostendría varios bazos de perdices con tal de obtener una respuesta que alimentase mi morbo.

—Tu morbo es insaciable.

—Entonces empieza a desembuchar.

—Eso ya lo haces tú con las perdices.

—¡Abril!

—¿Qué?

—Cuéntamelo.

Y entonces sonó el timbre. Salvada, literalmente, por la campanilla de la puerta.

—Tengo que dejarte, luego hablamos.

Lo que escuchó Lena a continuación fue el pitido de la llamada colgada.

Abril se hizo con otro telefonillo, el de la entrada. Christopher habló al otro lado y ella abrió ambas puertas, la del portal, con el botón del interfono, y la de casa.

Cuando llegó hasta la puerta, tocó con los nudillos y escuchó la voz de Abril, que lo invitaba a pasar. Estaba en el salón, justo en la entrada,

trasteando en el portátil. Levantó la cabeza y lo saludó despreocupada. Si él hubiese sabido que había decidido hacer eso en el último momento pensando que así resultaría todo más natural...

—Café y bizcocho. Ya te vale, sabes que en domingo no hay casi nada abierto.

—Tú tampoco pusiste pruebas fáciles para contratarme.

—*Touché* —asintió—. ¿Dónde lo dejo?

—Aquí mismo, lo has traído para que nos lo comamos, ¿no?

—Claro.

Dio varios pasos hacia el sofá y dejó encima de la mesa los dos vasos de plástico que contenían el café y la bolsa con el bizcocho.

—¿Sigues con el *stop motion*?

—No, estaba organizando el guion de la reunión del próximo jueves.

Cris permanecía de pie, con las manos en los bolsillos del pantalón. No sabía si sentarse o quedarse donde estaba hasta que fuese ella la que lo invitase a tomar asiento. Pero no era solo eso. Había algo que tenía que callar. El motivo que podría llevarlo a ganar y a perder a un mismo tiempo.

La miraba, lo hacía desde un nuevo sentimiento que había aparecido por encima de otro previo. Sabía que era admiración e incertidumbre.

Miró hacia la estantería para evitar seguir observándola como lo hacía y vio una fotografía en la que aparecía Abril con una mujer. Se acercó a ella y la cogió con total confianza.

—¿Es tu madre? —preguntó.

—Sí —contestó ella, con una sonrisa magnífica en los labios.

—Es muy guapa. No os parecéis mucho.

Tardó un segundo en darse cuenta de lo que acababa de decir.

Ella esbozó una sonrisilla torcida que quería decir, claramente: «A ver cómo sales de esta».

—No, espera... No quería decir eso. Que es guapa es una cosa, que no os parecéis es otra. Es... Quiero decir que os parecéis, sois guapas, pero no os parecéis y... No sé qué estoy diciendo.

Abril se relajó en el sofá, se apoyó contra el respaldo del sofá, colocó una de sus piernas debajo de la otra y se rio bien a gusto.

Ver a su jefe atropellándose mientras hablaba le resultaba divertido, dejaba de ser la máxima autoridad para convertirse en un chico normal y corriente. De hecho, una de las cosas que más sorprendió a Abril fue verlo vestido de

otro color que no fuese el negro. Llevaba unos vaqueros oscuros, eso sí, y una camiseta blanca. Le sentaban mejor los colores claros, aunque perdiese parte de la personalidad arrolladora de la que hablaba Lena.

Ese día le recordaba a alguien, pero no sabía a quién.

—Tranquilo, ya sé que no nos parecemos.

—Entonces, ¿te pareces a tu padre?

Abril apretó los dientes y mostró una sonrisa incómoda que a Cris no le pasó desapercibida.

—Sí, eso dice ella.

—¿Eso dice?

—Es una historia larga, la verdad.

—Estás hablando con un hombre que se ha leído tres veces *Los pilares de la Tierra*. Me gustan las historias largas y densas.

—Otro día, ¿vale?

Cris asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

—¿Y tú? ¿A quién te pareces?

—A mi padre también. Mira.

Introdujo la mano en el bolsillo trasero del pantalón y sacó el móvil. Se acercó a Abril, tomó asiento a su lado y toqueteó un par de carpetas hasta que encontró una fotografía con su padre.

—Sí que os parecéis, muchísimo.

—Lo único que no he heredado han sido sus ojos y esa valentía insólita que te comenté, pero lo demás...

—Debes de tener los ojos de tu madre.

Cristopher sonrió y buscó una instantánea de la mujer. Sí, eran los mismos ojos, un plagio casi.

—Son guapísimos los dos. Tú sí que te pareces a ellos.

—No he venido a despedirte, no hace falta que me halagues.

Abril suspiró y destensó los hombros, fingió que lo hacía como algo premeditado, pero una parte de ella se relajó de verdad.

—¡Menos mal, no podía continuar por más tiempo con este peloteo!

Ambos rieron y eso hizo que se aliviara la tensión. Era, cuanto menos, una situación insólita, buscar la normalidad, pues, también parecía complicado.

—Abril, ¿puedo hacerte una pregunta?

Cris había pasado un brazo por encima del respaldo del sofá y estaba

apoyado ligeramente sobre su costado izquierdo.

Ella asintió con un movimiento sensato mientras alcanzaba uno de los vasos de café.

—¿Qué haces un domingo por la tarde sola en casa? ¿No deberías estar pasando el tiempo libre que tienes con tus amigos, tu pareja o tu familia?

Aquella era una pregunta personal, desde luego, y tendría que encontrar la manera más neutral de contestarla. Hizo acopio de un entusiasmo que rara vez la poseía y contestó sin darle mayor importancia.

—Pues es bastante sencillo, en realidad. A mis amigos los vi ayer —carraspeó un poco porque no sabía hasta qué punto era lícito incluirlo en ese grupo—. Mi madre está dando la vuelta al mundo con novio y no tengo pareja. Solo tengo a Brou —señaló al galgo, que ni siquiera se había molestado en salir de debajo de la mesa—, y, como ves, pasa la mayor parte del tiempo durmiendo.

En la cara de Cris apareció una expresión que Abril no supo cómo interpretar. ¿Pena? ¿Remordimientos? ¿Empatía?

—Yo podría preguntarte lo mismo —añadió—. ¿Qué haces en mi casa un domingo por la tarde?

Se dio cuenta de que sonó más brusca de lo que pretendía, así que continuó hablando.

—No es que me moleste, pero reconocerás que no es lo que podría llamarse normal.

—¿Y qué es normal a estas alturas, Abril?

—Abril —dijo ella—. Es más como una b, no un v.

—Perdona. Es que no es fácil pronunciarlo. ¿Por qué tienes un nombre español?

De nuevo, ahí volvía el pasado. Quizá debía desenterrarlo si todos seguían cavando dentro de su interior con decisión y sin detenerse.

—Por mi padre. Era el mes de su cumpleaños, según sé.

—¿Era español? —preguntó utilizando también el pasado.

—No lo tengo claro, solo sé que él y mi madre se conocieron en Mallorca.

—¿Nada más?

—Y su nombre: Manuel.

Cristopher frunció sutilmente el ceño.

—¿Y te gusta estar sola?

—No siempre estoy sola, Christopher, parece que viva alejada del mundanal

ruido.

—¿Te gusta Thomas Hardy? —inquirió.

Se dieron cuenta rápidamente de que iban saltando de preguntas en respuestas y de estas en otras preguntas, pero no les importó. Tenían una extraña necesidad de saber.

—Sí, aunque no es mi autor favorito —aclaró—. Soy más de *Noches blancas* de Dostoyevski.

—¿Lees mucho?

—Cuando puedo, por ejemplo, los domingos por la tarde.

Sonrió y le guiñó un ojo a su jefe.

—La biblioteca de mi padre era una maravilla, tiene tantos libros que ni siquiera he tenido tiempo de contarlos, no ya de leerlos. Deberías venir algún día a casa, te fascinaría la colección de clásicos rusos.

¿Christopher acababa de invitarla a su casa? No podía creérselo, ¿por qué?

—Y de paso, te cuento la historia del kayak.

Eso le interesaba bastante, no le gustaba que se le quedaran dudas.

—Está bien —aceptó.

—¿Qué tal el fin de semana que viene?

Lo que Abril no esperaba era esa segunda parte. Creía que el suyo había sido un comentario similar al que uno hace cuando se cruza con alguien que hace tiempo que no ve: «A ver si nos vemos un día». Y sabes que jamás va a ocurrir.

Pues ocurrió.

—Vale.

Christopher sonrió de oreja a oreja, cosa extraña donde las hubiese, y ella notó que estaba apesadumbrado. Tampoco le había contestado a por qué estaba ahí durante el fin de semana y no aprovechaba para compartir ese tiempo con Leslie, sus amigos o su familia, como él mismo le había dicho. Entendió que si no había respondido era simple y llanamente porque no quería o no podía. Quizá las dos opciones eran correctas después de todo.

—¿Vemos una película? ¿Tienes un cable para conectar el ordenador a la televisión?

¿Y encima se iba a quedar a ver una película? ¿En su sofá? Pero, ¿qué se suponía que debía haberle dicho? Abril no dejaba de fustigarse a sí misma por creer que lo que estaban haciendo, pese a no implicar nada, no era lo correcto.

—¿Qué quieres ver?

—Algo de animación, naturalmente.

—¿Animación americana? ¿Japonesa tal vez? ¿Tailandesa?

—Asiáticas solo he visto las clásicas, he de admitir. Soy más de Gabriel Osorio, Mary Blair o Enrique Vila.

—Bien, en ese caso, te voy a poner...

Abril ya estaba buscando entre sus carpetas hasta dar con el archivo que tenía en mente.

—¿Qué?

—*El jardín de las palabras*, de Makoto Shinkai.

—El título me parece como un rayo. Al fin y al cabo, de eso va la vida, ¿no? De palabras.

Abril asintió y pensó que, ojalá, ella también tuviese un lugar en el mundo en el que pudiese hablar, libre y sin censura, de toda ella, de los recuerdos que no tenía y del dolor que a veces la envolvía, como ese domingo por la tarde en el que, como había apuntado Cris, estaba sola.

Capítulo 16

Las últimas horas del domingo en la ciudad francesa y las primeras del lunes habían sido para Eric un suplicio. Mientras pasaba el control del aeropuerto, no dejaba de pensar en el paseo con Abril, durante esa mañana vacía de silencios y repleta de la verdad a voz en grito.

La luz aguda de la mañana se había vuelto tibia a cada paso con las palabras reposando a veces y los cuerpos envueltos en esa lejanía de noches pasadas. Esa noche. La noche de la boda de Danielle y Ricardo.

Eric cerró los ojos mientras dejaba que la bandeja con sus objetos personales y su pequeña maleta de mano recorrieran la cinta hasta llegar al escáner.

Cada momento contado por ella había tenido un efecto de *déjà vu* en él. Se rebobinaba una cinta que ahora podía recordar por sí mismo, aunque la voz de Abril seguía viva, palpitando en su cabeza y en ese abismo que crecía por momentos en su interior.

Se puso los zapatos, guardó las cosas que había extraído de la maleta y se dirigió hacia la puerta de embarque. Media hora le separaba del asiento 12D. Extrajo su reproductor de música. No paró hasta encontrar la canción que había sonado mientras se tomaba el cuarto whisky y salía de la carpa.

Encontró *Sincericidio*, de Leiva.

Antes de cerrar los ojos y apoyar la espalda en el respaldo de la silla de plástico, la puso en modo bucle. Siempre le funcionaba cuando necesitaba ubicarse. Y ahora, más que nunca, la situación lo requería, puede que tuviese algo que ver la forma en la que aquella mañana él y Abril se habían mirado y despedido, como si supiesen que no volverían a verse nunca.

Eran las tres de la madrugada y Eric se estaba desanudando la corbata. Se

la quitó y la guardó en el bolsillo de la americana. Fuera los árboles trazaban telarañas de farolillos y bombillas que iluminaban levemente la pradera y el hotel que había tras la carpa, con tintes arquitectónicos un tanto barrocos.

Le dio un último trago a la copa y la dejó en la barandilla de la terraza del hotel. No se sintió culpable, alguien la recogería. Se impulsó con los dos brazos y quedó sentado en las alturas escuchando la música que provenía del interior; viendo las luces, las estrellas; percibiendo el susurro de la vegetación bajo la caricia de un viento que se despertaba.

Permaneció ahí, sin inmutarse, hasta que vio la sombra que aparecía de entre los árboles. Al principio, pensó que se trataba de una pareja, después se dio cuenta de que solo era la silueta de una mujer. Parecía indecisa; sin duda alguna, estaba buscando una excusa para no volver dentro.

—¿Dando un paseo? —gritó Eric.

Ella lo escuchó entre todo el ruido. Lo vio entre toda la oscuridad.

—Algo así.

Él no la identificó desde tan lejos, ni siquiera por la voz. Le hizo un gesto con la mano para que se acercase.

—Desde aquí se ven las estrellas.

—Desde aquí también —contestó ella.

Eric sonrió pese a que la chica no pudiese advertir ese gesto en su boca.

—Es una invitación amable para que te quedes y no tengas que regresar a la vida social de ahí dentro —explicó él.

—Quizá me guste la vida social —dijo, pese a que, por inercia, sus pasos iban hacia el hombre, que reconoció un par de metros después.

—Permíteme dudarlo. Hace un momento parecías dispuesta a atravesar los jardines a la pata coja con tal de salir de aquí.

La muchacha ya había llegado a su altura. Era alta, encaramada a unas sandalias de aguja fina, cuyo color Eric no fue capaz de advertir. Llevaba puesto un vestido de gasa de un color oscuro, quizá burdeos; el pelo, una melena larga y castaña, estaba suelto, ondulado alrededor de su cara ovalada.

Le resultó familiar, quizá la había visto en la iglesia.

—Eric —comentó.

—Sí, el padrino y el mejor amigo de los novios.

Comenzó a desabrocharse las sandalias, las dejó a un lado, en el césped, subió los cuatro escalones y él se ofreció a ayudarla a sentarse, pero rechazó la oferta. Pocos segundos después, estaba a su lado.

—Veo que te has aprendido la lección.

Teniéndola tan cerca, el recuerdo se volvió menos difuso.

—Siempre he sido buena estudiante.

—Yo no tanto —comentó él.

—Pues mi prima no dice eso, asegura que eras un empollón de mucho cuidado —se rio ella.

Entonces supo quién era, la prima francesa de Dany. Por eso tenía ese acento tan extraño, algo en lo que no había caído al principio, tal vez porque ya sentía el mareo de quien está ebrio de emociones, alcohol y cierta pena.

—Abril, ¿verdad?

—Si lo preguntas es que no lo tienes tan claro.

—Graciosa.

—Borde dicen algunos.

—De mí dicen cosas peores, borde sería un halago.

Abril abrió los ojos de par en par, aunque no perdió la sonrisa. Puede que fuese un acto reflejo, porque, desde luego, ese chico no le parecía para nada antipático. Eso, aun así, no implicaba que fuese a bailarle el agua.

—¿Qué cosas? —indagó.

Eric hizo amago de decir algo, sin embargo, ella lo interrumpió.

—Y, por favor —puso cara de hastío—, evítame aquello de «si te lo dijera, tendría que matarte».

Las carcajadas de él se escucharon por encima de la música.

—Un mujeriego, eso soy.

Abril se apartó varios centímetros de él, no procuró en ningún momento ser sutil. Lo hizo con la clara intención de que él se diese cuenta y, quizá, no se sintiese tan apesadumbrado como había parecido al pronunciar esa acusación.

—Haces bien —aseguró—. Pierdo el control fácilmente.

—Pareces bastante calmado.

—Parezco bastante borracho, pequeña.

No supo por qué había utilizado esa palabra que implicaba más cariño del que dos extraños podrían profesarse.

Abril también notó la aprensión en la garganta y en el estómago. La ignoró todo lo que pudo, nunca habían logrado persuadirla con palabras bonitas, ella era una chica de hechos y demostraciones.

Estaba a salvo, se dijo.

—No lo pareces —intervino—, lo estás.

Él volvió a reírse y, en esta ocasión, ella lo imitó.

Empezaba a tener calor, aunque fuera la temperatura había descendido. Levantó un poco el vestido hasta dejar al descubierto sus rodillas. Eric se percató de ese gesto, pero siguió con los ojos clavados a lo lejos.

—¿Tienes hermanos? —le preguntó de repente.

Ella negó con la cabeza, vehemente y en apariencia inquieta por la pregunta que pudiese llegar a continuación.

—Yo tampoco —continuó él—. Dany y Ricardo son para mí como mis hermanos. Cuando estoy con ellos estoy en familia. ¿Has tenido alguna vez esa sensación?

Lo cierto era que Abril nunca había experimentado eso que Eric describía con los puños tensos y la voz un tanto rota.

—Parece que te hayan plantado en el altar —susurró ella, irónica.

El chico giró la cabeza un poco y la observó. Tenía sentido del humor, qué duda cabía, pero lo enmascaraba con sarcasmo e ironía para no dejar ver su verdadera personalidad.

—Algo así. Ahora ellos son una familia, al fin y al cabo.

—Yo no lo veo así.

Abril había subido las piernas al muro y las había cruzado una sobre la otra.

—¿Y cómo lo ves? —preguntó él con la voz bañada por la curiosidad y la melancolía.

—Más fácil, más auténtico que eso que tú describes.

Se quedó un instante en silencio hasta que Eric le reclamó con los ojos y las manos que continuase.

—Que ellos se quieran de una manera distinta a como os queréis los tres no implica que tú dejes de formar parte de lo que había antes de este día.

—Vamos, que me van a adoptar.

—No, lo dudo mucho.

Ella sonrió ampliamente y se encogió de hombros.

—Tú también tendrás tu propia... familia.

Esa era una palabra que a Abril le costaba mucho pronunciar. La suya era pequeña y carente de algunas figuras clave, de algunos momentos únicos que otras personas sí que habían podido vivir y que ella no podría recuperar: cumpleaños, navidades, fiestas, celebraciones, graduaciones, viajes... todo con su padre, todo sin su padre.

—Yo lo que tengo es un gato. Se llama Rodolfo.

—Un gato está muy bien —procuró no sonreír—. Los animales son muy buena compañía y, pese a lo que algunos puedan pensar, también son familia.

—Lo quiero mucho, la verdad.

—No me enterece que lo digas, en absoluto. Este es el límite hasta el que voy a levantarme el vestido —dijo marcando una raya invisible sobre sus muslos.

—Cuidado, estoy buscando una madre para mi gato.

—Madre de gatos. Un futuro muy certero para mí.

Le guiñó un ojo y él negó con la cabeza mientras se reía y se frotaba los ojos. En ese momento, mientras el alcohol parecía empezar a nublarle un poco las ideas, se arrepentía de haber bebido.

—Entiendo, pues, que estás soltero.

Se lamentaría por haber hecho ese comentario, puede que no en ese momento ni esa noche, pero sí al día siguiente y en los meses sucesivos.

—Desde hace relativamente poco, además. Retrocedo en vez de avanzar.

—Bueno, a veces para poder pegar un salto hay que coger impulso.

—Gracias, Confucio, pero díselo a Laura, que no entendió mis motivos. ¿Y si me equivoqué? ¿Por qué no debería tener lo que tienen ellos?

Señaló con la mano hacia la carpa.

—Porque no todos queremos y sentimos lo mismo, ¡qué aburrido!, ¿no?

—¿Querer y sentir?

—Ser una copia del resto.

—¿Y qué deberíamos ser entonces? ¿Qué esperan de nosotros?

—Deberíamos ser la suma de todas las cosas que nos definen. Y no, no sé qué se espera de... nosotros, solo puedes saber lo que tú puedes ofrecer a los demás y dejarlo claro.

—Pero tú, ¿quién eres? —preguntó desconcertado ante esas respuestas que estaban llenas de una razón que él no había sabido ver.

—¿Ves? Ya sabía que no lo tenías del todo claro.

Le dio un par de palmaditas en el brazo y él le devolvió una sonrisa.

—¿Y tu familia, Abril?

Ahí estaba la línea infranqueable, esa que nadie había logrado sobrepasar. Pero él, Eric, ahí sentado, bajo esa infinidad de estrellas vivas y muertas, leyó lo que nadie había escrito. La leyó y la desposeyó de parte de los silencios, de los temores. La llenó de algo nuevo: de la risa de un baile mudo, del tarareo de una canción incomprensible, de las miradas cómplices, de las respuestas.

—Mi familia es la idea que tengo de ella y partes de la de que tengo de verdad. Ah, y tengo un perro.

Eric mostró la mejor de sus sonrisas, la que incitaba a los besos sin amarres.

—¿Y un padre para tu perro?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Te ofreces voluntario?

—Muy voluntario —confesó sin apartar los ojos de ella.

—Pero...

Se inclinó un poco hacia él, hasta quedar separados solo por una fina capa de aire. Él se puso tenso y ella lo percibió, lo que la hizo sonreír de la misma manera en la que él lo había hecho anteriormente.

—Tú, ¿de cuántos perros eres padre?

Eric echó la cabeza hacia atrás, se llevó las manos a la cara y se rio de nuevo. ¿Por qué no podía dejar de hacerlo? Había pasado mucho tiempo desde que se había reído así por última vez... ¿Sería el alcohol o, por el contrario, era Abril la culpable del caos frenético que empezaba a despertar por todo su cuerpo y en ese recóndito rincón en el que habitan las sensaciones?

—Por el momento, de ninguno.

—¿Y de cuántas madres de perros eres marido?

Le dio un ligero empujón que la hizo tambalearse hacia un lado.

—¡Borde!

—Gracias. Como has dicho que es un cumplido, qué menos que agradecértelo, ¿no?

—¿Por qué no tienes un padre para tu perro?

—O te gustan mucho las alegorías o te da reparo preguntarme por qué estoy soltera.

—¿Por qué estás soltera? —dijo él, sin andarse por las ramas.

—Porque no encajo con nadie.

—¿Por qué?

—Todas estas preguntas, ¿son un efecto colateral de ser enfermero? Buscáis las respuestas para diagnosticar la enfermedad.

—¿Consideras tu soltería una enfermedad?

—¡Me estás liando! —expuso ella al tiempo que se llevaba las manos a la cabeza y se recogía el pelo en un moño bajo con una cinta que había atado a su muñeca.

Eric le pasó un brazo alrededor de los hombros y la atrajo hacia él sin dejar

de reírse. Después, la soltó.

Abril agradeció que fuera de noche y él no pudiese notar el temblor de sus labios y el color rojizo que habían adquirido sus mejillas.

—Volvamos al principio.

—Sí, hablemos de lo bien que se ven las estrellas desde aquí.

Gesticuló abriendo los brazos al firmamento.

—No, me refería a la pregunta de por qué no encajas con nadie.

—¿Por qué lo has dejado tú con Laura?

Eric suspiró y asintió con un movimiento afirmativo de cabeza, dándole la razón.

—Porque no encajábamos por más que lo intentásemos.

—Ahí está mi respuesta.

—No del todo. ¿Ha habido alguien con quien lo intentases de verdad?

—No, aunque en mi defensa diré que soy más joven que tú —le recordó.

—Por favor, no dejes de llamarme viejo, eso mejora mi noche por momentos. Me hace sentir francamente bien.

—Eres un madurito.

—¿Perdona? Oye, tengo treinta y tres años, estoy en la flor de la vida.

—Entonces, ¿por qué miras a lo lejos como si estuvieras esperando la muerte? Se supone que deberías sentirte liberado porque te sentías atrapado en esa relación.

—¿Dónde está tu sensibilidad?

—¿Y tu sentido del humor?

—Se ve que es cosa de familia.

—¿El qué? ¿Ser poco amables? —sonrió ella, y pestañeó varias veces como si eso la hiciese parecer más inocente.

—¿Poco amables? Me agotáis la paciencia —afirmó.

Abril apoyó las manos en la piedra y dio un salto que la hizo aterrizar en uno de los escalones, los bajó y recogió las sandalias.

—¿Adónde vas?

—A agotarle la paciencia a otro.

Eric apoyó las manos en las rodillas y la miró por encima de sus pestañas mientras encubría una sonrisa divertida bajo el mordisco de su labio inferior. Algo que, sin duda, le pareció sumamente atractivo a Abril.

—Puedes quedarte a agotar la mía.

—Créeme, no quieres que lo haga, nadie quiere.

—No pongas en mi querer lo que quieren los otros —señaló él.

—No intentes darle lecciones a la maestra —advirtió con un dedo índice amenazador enfocado hacia él.

Eric levantó las manos como muestra de la tregua que estaba dispuesto a firmar.

—No lo haré. Quédate a enseñarme lo que tú consideres, al fin y al cabo, como ya sabes, siempre he sido un buen estudiante.

Una sonrisa.

Un brillo en la mirada.

Y Abril que se quedaba.

Se quedó.

Capítulo 17

Aquella semana se convirtió en siete días de recuerdos callados y fronteras que separaban más que países. Abril a un lado. Eric al otro. Cada uno con su versión de una noche y de los instantes compartidos en Toulouse.

Ella pensaba mucho en ese último domingo, quizá porque le hubiese gustado saber si con su relato había logrado despertar sus recuerdos.

Él tenía la mente ocupada por muchas más cosas. Algunas tenían que ver con Abril y otras con los mensajes que recibía y contestaba prematuramente. Lo hacía casi al instante cuando no estaba trabajando. Esos textos breves cargados de cierta culpabilidad, pero también de ansias y de reencuentros.

La semana en el estudio también se le antojó insólita. De repente, estaba pasando la mayor parte del tiempo con Christopher. Horas de trabajo, pero también de conversaciones y risas. A Abril seguía sorprendiéndola el misterio que algunas veces había implícito en sus miradas y también la atención demandada. Quizá solo fuese su percepción, que estaba del todo confundida. Porque Cris seguía entrando todas las mañanas con Leslie. Aún había complicidad, única e intransferible. Si habían tenido algún problema, parecía haberse solventado. Ella, de hecho, estaba mucho más entusiasmada que de costumbre.

Cuando el miércoles se acercó a la sala donde Christopher trabajaba y le dio un beso arrebatador, Abril volvió a enamorarse de la idea del amor que compartían. Así que, mientras ellos dos intercambiaban un gesto callado, una caricia, ella, inconscientemente, cogió el teléfono y encendió la pantalla.

Nada.

No sabía, en realidad, qué esperaba encontrar. O puede que sí lo supiese, porque al pensar en él, sintió una palpitación poco frecuente. Volvió a apagarlo y se mordió el labio sintiéndose frustrada y, para qué negarlo,

desilusionada. Se había abstraído tanto que ni siquiera se había dado cuenta de que Leslie se estaba despidiendo de ella con un beso en el pelo.

—¿Vas a volver a presentar tu renuncia mientras sufres un ataque de pánico?

—preguntó Christopher cuando su chica salió de la sala.

—¿Qué?

El rostro de Abril era una evidencia de su asombro, pero también de algo que podría haber sido preocupación.

—No, no —sostuvo—. Para nada. Solo estaba pensando en algo absurdo.

Cris dejó el lápiz que acababa de coger sobre el escritorio. Se apoyó en el respaldo de la silla y se quedó mirándola, esperando una explicación.

—Me lo vas a tener que contar.

A ella se le escapó una sonrisa a medias entre la sinceridad y la ironía.

—No parece una pregunta.

—No lo es —apuntó él, muy serio—. ¿Qué te pasa? Y nada no es una respuesta —advirtió.

Pensó en compartir la verdad, sin embargo, esta se le escapó, porque aún tenía miedo. No sabía, siquiera, a qué se debía ese latido que aparecía varias veces al día cuando reprimía un recuerdo y los besos vacíos de la mañana del domingo.

Así que recurrió a otro tema que también la había ensombrecido un poco desde la noche anterior.

—El sábado es el cumpleaños de mi madre.

Abril se dio cuenta de que Cris no entendía dónde estaba el problema.

—Siempre los hemos pasado juntas, pero este año va a ser diferente. Sigue de viaje. La vuelta al mundo con su pareja, ¿qué te parece?

—No lo sé —contestó—. ¿Es feliz?

—¿Ella? Mucho.

—Tú no.

—Te encanta dar cosas por sentadas, ¿verdad?

—No me equivoco.

—¿Ves?

Se sonrieron y, en ese segundo de miradas cruzadas, Abril pensó que había encontrado a alguien que le ofrecía cierta paz. Un rincón donde podía liberarse de todo.

—No te darás cuenta de que ha volado del nido porque este fin de semana tenemos algo, ¿recuerdas?

Abril tragó saliva, aunque disimuló el nerviosismo de sus dedos.

—Ah, sí. Creía que...

—¿Qué?

—No sé, pensé que sería de esas cosas que se dicen y no se hacen — explicó.

Cris procuró no reírse de ella, aunque los labios se deshicieron en una corta sonrisa que demostraba cierta empatía con la chica.

—Me temo que no.

—Ya veo.

Él le arremolinó los cabellos antes de volver a los fotogramas de la pantalla.

—Aquí podríamos añadir un *speed line* y un *blur*, ¿qué te parece? —dijo, cambiando de tema.

—Creo que podría incrementar el efecto de movimiento, sí. Habrá que escoger bien los colores para que no parezca cutre.

Se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz. De nuevo, mientras Cris tomaba nota de las ideas que estaban barajando, volvió a echar mano del teléfono. Un nuevo suspiro y otra vez al bolsillo.

Cristopher no la miró cuando dijo:

—Si te gusta, ¿por qué no le escribes tú?

—¿Cómo?

Las lentes se le resbalaron por el tabique nasal al sentirse descubierta en falta.

—Esperas un mensaje de alguien.

—No, ¡qué va! —dijo tan rápido que resultó extraño—. No, solo... No.

Negó repetidas veces con la cabeza y carraspeó un poco.

Cris no evitó las carcajadas en esta ocasión.

—Entonces, ¿solo mirabas la hora? —inquirió, y enarcó exageradamente las cejas.

—Así es.

—¡Vaya! Dos ordenadores con la hora, un reloj de muñeca y otro de pared y fijate tú, ¡qué cosas!

Abril lo empujó tan fuerte que las ruedas de la silla lo hicieron moverse. Él siguió riéndose a pleno pulmón.

—Oye, pero, ¿por qué te molesta? Todos hemos querido que alguien nos escriba alguna vez, ¿qué problema hay?

—Ninguno, ¿he dicho yo que lo haya? Pero es que ya te digo, no es nada de lo que puedas pensar, vamos, ¡lo que me faltaba! Imagínate, mensajes. ¡Qué cosas tienes, si es que...!

—¿Qué tal si respiras un poco y eres más sutil? Así, tal vez, te crea.

Abril echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Respiró hondo, miró hacia un lado aún con la cabeza apoyada y se encogió de hombros.

—No se me da bien esto, ¿sabes?

—¿Comunicarte?

—Sí, bueno, eso tampoco —admitió—. Pero me refería a... —hizo un gesto con las manos y la boca intentando buscar una palabra que definiese su problema—. Las relaciones.

—De ningún tipo, por lo visto.

—Eres horrible.

Volvió al trabajo mosqueada.

—Perdona, no quería decir eso, Abril.

Pronunció su nombre tan bien, que tuvo que volver a hacerle caso.

—Escucha, a algunas personas les cuesta más, ¿y qué? Nadie te va a examinar de lo que sientes, ¿entendido?

—Sí.

—Así que, mi consejo de... hombre mayor es que hagas lo que a ti te apetezca: escríbele o no lo hagas, pero no estés sufriendo y pensando en el ¿qué pasaría si...?

—¿Eso hiciste tú con Leslie?

—Sí, solo que no con mensajes. Me planté en su clase después de una cita desastrosa que tuvimos y le di un beso de película.

—A la manera clásica.

—Es la que ha funcionado durante siglos, ¿por qué desaprovecharla?

Le guiñó un ojo que la hizo sonreír.

Estaban empezando a contarse intimidades y Abril sabía que, tarde o temprano, acabaría contándole más de lo que debía saber.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

Abril tocó el bolsillo del pantalón, se mordió el interior de las mejillas y pensó fríamente en ello. Eso la llevó a tomar la decisión más racional.

—Vamos a trabajar.

—Como quieras. De todos modos, es un imbécil si no te escribe. No te merece la pena. Si está interesado de verdad, encontrará una manera única de

hacértelo saber, y no, no será un *whatsapp*.

Abril sonrió ampliamente y pensó que era agradable encontrar a alguien, entre toda la quietud del caos, que viese más allá y que se molestase en escuchar sus problemas aunque fuesen ajenos. Había muchas cosas que no entendía, pero sintió un cariño inexplicable por Christopher en aquel momento.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por darte cuenta de que estoy aquí.

—Gracias por dejarme estar. Ya verás el sábado.

A Abril le sonó extraño ese último comentario, sin embargo, procuró restarle importancia.

—¿Estará Leslie? —indagó.

—No, ¿por qué iba a estar? No lo hacemos todo juntos. De hecho, hay muchas cosas que hacemos por nuestra cuenta.

Eso, si cabe, le sonó incluso más sospechoso, pero se culpó a sí misma por interpretar cosas que no eran ni de lejos las que ella pensaba. Eso se decía, al menos.

—¿Por qué? ¿Hay algún problema?

—Por supuesto que no.

Por supuesto que sí lo había, se dijo internamente.

¿Sabría Leslie que iban a verse o tampoco?

—¿Seguimos?

—Por supuesto, me está encantando Croila. No entendía muy bien cuál era su papel al principio. Pero has logrado un hilo narrativo... —emitió un bufido

—. Menuda casualidad que el maestro Gregór los haya adiestrado a ambos, tanto a Croila como a Fiodor. ¿Crees que se perdonarán alguna vez?

—¿Croila y Fiodor o Croila y Gregór?

—Yo creo que Croila y Fiodor no se odian en realidad. No queremos que se odien, ¿no? Porque yo en el *storyboard* no he dibujado eso...

—No queremos, no. Pero, ¿y Gregór?

—Diría que les ha hecho un daño irreparable, a ambos. Menudo personaje te has inventado, ¿eh? Que, ojo, es brutal dentro de la historia, pero...

—No te gusta.

—Es esencial en la relación de Fiodor y Croila, no obstante, es un poco egoísta, me parece. Aunque... —revisó sus guiones—, el final todavía no nos lo has pasado.

—Porque aún tengo que escribirlo, y quiero que me ayudes a hacerlo.

—¿Estás loco? Nunca he escrito un guion, y menos algo tan importante como esto.

—Pues prepárate, porque este te puede cambiar la vida.

Abril no llegó a advertir a qué se debió el escalofrío que sintió, sin embargo, pudo asegurarse a sí misma que las palabras de Christopher escondían una verdad aún mayor, como el silencio que encontró en Lena aquella noche cuando regresó a casa.

No había hecho más que entrar por la puerta cuando la vio en el sillón con cara de no haber roto un plato en toda su vida.

—¿Qué?

—Pero, ¿¿por qué sabes que pasa algo?! No puedo contigo, ¿eh, Abril?

—¿Qué pasa ahora? —insistió esta.

—Me ha escrito Eric.

Mostró una hilera de dientes perfectos en una sonrisa estirada y falsa.

—¿Y qué quiere?

Había estado pensado en escribirle ella, en decirle cualquier cosa para que no se le quedara esa sensación horrible que entonces tenía, pero finalmente había desistido.

—Le apetece volver el fin de semana que viene, ¿qué te parece?

—¿Ese chico no tiene vida ni casa?

—Le he dicho que iba a preguntarte si te parecía bien que viniera, porque también es tu casa y porque has estado rara desde el domingo.

—Ajá —musitó Abril mientras se servía un vaso de agua en la cocina—. No puedes decirle que no, lo sé. Se te cae la baba con él.

Lena se había levantado del sofá y había ido en su dirección pisando fuerte.

—¡A mí no me gusta Eric!

—No he dicho que te guste, pero es evidente que lo admiras, o algo parecido —explicó su prima.

—He crecido viéndolo. Lo quiero, ¿qué problema hay?

—Lo idealizas.

—No es cierto. Tiene defectos, como todo el mundo, pero a mí no me ha hecho nada malo, ¿por qué tendría que tratarlo de otra forma?

—Ajá.

—¿Vas a decir eso muchas veces más? ¿Por qué estás enfadada exactamente?

Abril no lo sabía.

—No lo sé.

—Pues cuando lo sepas, me dices qué hago.

—Que venga, si quiere, de todos modos no voy a estar mucho por casa.

—¿Trabajo o tarde de sofá y película con tu jefe? —la chinchó Lena mientras la seguía hasta su habitación y la veía desvestirse.

—No, pero sí, me voy con Cris.

—¡Oh, vaya, ahora es Cris, cuéntame más!

Se lanzó en plancha sobre el colchón, colocó un almohadón a su gusto y se apoyó sobre el codo. Abril seguía poniéndose el pijama sin hacerle mucho caso.

—Venga, soy yo, ¡dímelo!

—No hay nada que decir, simplemente me ha invitado a su casa, nada más.

Abril se daba cuenta de lo extraño que sonaba todo aquello cuando lo decía en voz alta e intentaba explicárselo a otra persona.

—Pobre, no sabes lo que eso implica. Ven, vamos, me quedaré a dormir contigo esta noche.

—¿Y eso? Nunca has dormido conmigo.

—Echo de menos a Dany, solía dormir con ella cuando había tenido un día malo.

—¿Has tenido un mal día?

—No, pero tú sí.

—¿Eres mi Dany?

—Bueno, todos tenemos una Dany, créeme. Y tenerla es lo mejor del mundo. Métete en la cama y deja que el sueño te ayude a despejar la mente.

Abril se acercó a regañadientes, apartó la colcha y se cubrió con ella. Lena apagó las lámparas y le pasó un brazo por encima. Abril mantuvo los ojos abiertos durante diez, quizá quince minutos.

Finalmente dijo:

—No sé qué estoy haciendo, Lena. En general, no sé qué estoy haciendo.

—Lo sé.

Y esa respuesta la calmó en vez de hacerla sentir peor.

Lena le dio un beso en la mejilla, la tapó un poco más y dejó que el cansancio la hiciera dormir.

Capítulo 18

—¿Ensalada?

—No, gracias.

Así había comenzado la noche del viernes.

Lena estaba trabajando. Abril y Eric volvían a estar solos, como dos semanas atrás. Habían preparado la cena entre los dos, hablándose únicamente cuando era imprescindible.

Ahora, sentados el uno frente al otro, el silencio se había vuelto ensordecedor. Abril, de hecho, pensaba que así debían de ser las relaciones carentes de comunicación: vacías de todo y llenas de un temor palpable, aquel que surge cuando nadie sabe quién dará el primer paso para romper el hielo.

—He visto que la noria estaba funcionando. ¿No cierran?

—A las doce de la noche.

—Es muy bonita.

—Si no te dan miedo las alturas, sí.

Eric enarcó las cejas y se quedó con el tenedor a medio camino entre el plato y su boca.

—¿Tienes pánico a las alturas?

—¿Yo? —preguntó extrañada—. No, para nada. Salto en paracaídas, ¿cómo me va a asustar?

—¿Sí? Yo he saltado un par de veces arrastrado por Ricardo. Reconozco que al principio no me hizo ninguna gracia la idea, pero la segunda vez lo disfruté bastante.

—Liberas mucha adrenalina.

—Bueno, cuando careces de otro estímulo o fuente de placer, está muy bien —comentó él.

—Es evidente que tú no careces de nada si solo has ido dos veces.

Eric apoyó los codos sobre la mesa. De repente, el tema había tomado un tono más distendido que lo hizo relajarse pese a todo lo ocurrido.

—Lo dices como si tú hubieses practicado paracaidismo una decena de veces.

—Más.

—¿Más? Pero, ¿qué carencias tienes que suplir?

—Te saldría muy caro saberlo. No puedes costearlo comprando tantos billetes para venir a Toulouse.

—Me han salido baratos, no sufras por mi economía —añadió él.

Las respuestas de ambos eran tan ágiles y rápidas que parecían enlazar el final de la frase de uno con el comienzo de la del otro.

—Entonces, ¿cuál es el coste?

—Una vuelta en la noria, algodón de azúcar y un helado —demandó.

Una pequeña parte de ella esperaba que le dijese que estaba cansado.

Otra, entusiasta y ferviente, quería darse la oportunidad de intentar algo, no sabía muy bien el qué. Ni siquiera sabía cuál podía ser el motivo que lo había traído de vuelta a Toulouse pocos días después de haberse ido.

—¿Pago fraccionado?

—No, no admito pagarés. O todo o nada —aclaró, como si estuviese a punto de cerrar un contrato millonario.

—En ese caso, no me queda más remedio que reclamarlo todo.

—Vamos a tener que andar bastante, eso sí.

—Deja de buscar excusas para no pasar un rato conmigo —apuntó él mientras se ponía en pie para recoger la mesa.

—Creía que tú también lo hacías —señaló ella a su vez.

—Y lo hago, pero disimulo con comentarios como estos que me hacen parecer un poco menos idiota.

—¿Yo parezco idiota?

—Solo cuando preguntas si lo pareces.

—Gracias por tu amabilidad y sinceridad.

—De nada, te las ofrezco con mucho gusto.

Acabaron de llevar los platos y cubiertos a la cocina, guardaron las sobras en la nevera y salieron del piso con cierto cosquilleo inhóspito, ella en la memoria y él en el vientre, como una náusea.

De nuevo la luz de las farolas. Parecían destinados a recorrer las noches. De hecho, si lo pensaba con calma, Abril no hacía más que ver oscuridad

alrededor de los recuerdos que ambos compartían. A la luz del día solo surgían las confesiones, que los alejaban pese a la cercanía evidente que germinaba cada vez que intercambiaban unas pocas palabras.

—¿Por qué has vuelto? —se atrevió a preguntar.

En cualquier película absurda, Abril se imaginó que el protagonista se hubiese parado en medio de la calle, la habría mirado con énfasis y, dejando escapar su voz grave, le confesaría que ella era el motivo de aquel viaje.

Sin embargo, eso era la realidad, la suya para ser más exactos, por lo que Eric se limitó a mantener las manos en los bolsillos, encoger un poco los hombros, hacer una mueca con la boca y decir:

—Me viene bien alejarme de mi rutina ahora mismo. No ver las mismas caras de siempre, ya sabes.

Ella asintió como si entendiese a qué se refería y la banda sonora que había surgido en su cabeza fue bajando el volumen a medida que fueron avanzando.

—¿Nos lloverá otra vez?

—No han dado lluvias para hoy —se limitó a decir.

—Una pena, me lo pasé bien la última vez. Eres más divertida bajo presión.

—No sé cómo tomarme eso.

Eric mostró una sonrisa tan encantadora que Abril no quiso pensar que se tratase de algo malo, aunque, desde luego, no era bueno ni de lejos.

—¿Y qué vas a hacer estos días aquí?

Él apartó la mirada y dio una respuesta vaga. Quería ver los pueblos vecinos, museos, ir a algún sitio donde conocer gente, buscar un reloj para su padre...

—Quizá podamos salir a cenar mañana —propuso.

Abril ya no sabía si lo hacía porque realmente le apetecía o porque no tenía otra cosa que le apeteciese más. Desde luego, no eran la misma cosa.

—Claro.

—O para comer.

—Tendrá que ser cenar, voy a pasar el día fuera.

El asombro colmó la cara de Eric. Sonrió de pasada y procuró no preguntar, a pesar de que, en ese momento, era lo único que quería hacer.

¿Pasar el día fuera significaba trabajar? Sí, probablemente era eso, pero no recordaba que hubiese hecho alusión en ningún momento al Lespher. ¿Y qué más le daba a él que tuviese planes? Era lo normal. Joven, guapa, inteligente, graciosa...

Se dijo a sí mismo que era un buen momento para dejar de pensar en adjetivos calificativos que le hacían ver a Abril como a una chica. Una chica que podría gustarle.

Ella casi agradeció que no le preguntara por sus planes. Así era mejor. No quería imaginarse la impresión que le causaría si le dijese que iba a pasar el día con su jefe. Recordaba lo que le había dicho Lena y no le gustaba.

—Oye, ¿y vas a venir más veces?

—¿Por?

—Porque podríamos intercambiar las casas algún fin de semana. Lena dice que tienes una casa en la playa, yo te cedo mi habitación.

—¿No hay una película sobre eso?

—*The Holiday*.

Eric se acercó un poco a ella, le pasó un brazo por encima de los hombros y la atrajo a su lado.

—¿Quieres ir por la playa o por rebuscar entre mis cajones?

—Créeme, no quiero saber qué hay en tus cajones. Seguro que escondes las pruebas de algún delito. Me harías cómplice.

Él se rio y la calidez de su aliento se camufló entre los cabellos de ella.

—No, en serio, si quieres venir, no tienes más que pedirlo.

—¿Sí?

—Pues claro —afirmó—. De rodillas, eso sí.

—No me gusta tanto el mar como para ceder a chantajes sexuales, ¿sabes?

—¿Qué?

El tono de voz de Eric fue agudo y una muestra de su desconcierto.

—¡No! —negó cuando se dio cuenta de a qué se refería—. No, joder, no quería decir eso.

Ella se quedó en silencio, muy seria.

—¡Que te digo que no, Abril!

Intentó seguir manteniendo la fachada que había adoptado, pero no pudo y se echó a reír a pleno pulmón, logrando que la gente que pasaba por su lado se girase a mirarlos.

—¿Me estás vacilando?

—Pues sí que has tardado en darte cuenta.

—Eres muy tonta.

—¡Vaya! Idiota y tonta. Tú dame excusas para empujarte desde lo alto de la noria.

Hablando de norias, se vislumbraba su iluminación colorida desde donde estaban, pero aún les harían falta unos quince minutos para cruzar las calles, el Pont Neuf y así, finalmente, llegar al otro lado.

—¿A mí? Pero si soy encantador. Admítelo.

—¿Qué se supone que tengo que admitir?

—Que te gusta pasar tiempo conmigo, si no, ¿por qué te quedaste aquella noche?

Abril se humedeció los labios. No le gustaba volver a sacar el tema, aunque era evidente que siempre volvería, ahora bien, podía decidir cómo tomárselo.

—Porque me dije: «Este tiene pinta de tener una casa junto al mar».

—Tú sí que sabes decirle cosas bonitas a un hombre.

Las palabras estaban cargadas de esa ironía que hacía sonreír a Abril, por eso se había quedado en la boda de Danielle, porque a su lado tenía muchas ganas de reír, algo que llevaba tiempo sin hacer honestamente.

—Como tú a una mujer.

—Es que me lo guardo todo para nuestros votos, pequeña.

De nuevo ese *pequeña*. ¿Era una muestra de cariño?

De nuevo ese *pequeña*. Nunca había utilizado un apodo con ninguna de las chicas con las que había estado.

Eric estaba tensando una cuerda de la que, en realidad, no quería tirar. Tal vez por miedo o, quizá, por sensatez.

—¿No me lo vas a decir? —insistió.

—Pues no.

Abril se dibujó una cremallera invisible sobre los labios y Eric no pudo evitar detenerse en ellos.

Acercó sus manos a su cintura y ella se tensó bajo el contacto. Él estaba serio. Era el momento de la película, pensó ella. Así tenía que suceder, como le había contado Christopher.

Pero, lo que vino a continuación, no se lo esperaba.

Eric le hizo cosquillas y ella saltó hacia atrás, tropezando con una farola para caer, después, de espaldas sobre el asfalto.

—¡Joder! ¿Estás bien? Perdona, perdona.

Se acuclilló a su lado y la cogió de las manos.

—No me imaginaba que tuvieses tantas cosquillas. No quería que te cayeses, ven, deja que te ayude.

Abril no decía nada.

—Venga, que no te dé vergüenza, todos nos caemos alguna vez.

—No me da vergüenza —contestó ella—. Me he hecho daño, imbécil.

—Ven, que te doy un besito y se te pasa.

—Pues, cariño, puedes besarme el culo.

Eric contempló descaradamente la redondez de su trasero cuando se puso en pie. A continuación, hincó la rodilla en el suelo.

—¿Qué haces?

Le dio un beso en el costado de la nalga derecha sin dejar de sonreír.

—Pero, ¿te has vuelto loco? Levanta ya, venga.

—¿Esto sí que te da vergüenza? ¿Por qué me lo pides, entonces?

—No te lo he pedido.

—Es verdad, me lo has ordenado.

Abril se llevó las manos a la cara. La piel le ardía por entero. Era consciente de que debía de haberse ruborizado.

Eric le cogió las manos, las apartó a un lado, la miró directamente a los ojos por encima de sus pestañas. Encontró en su mirada una calidez que lo hizo sentir tan bien que hubiese querido encontrar un mando que le permitiese grabar y revivir ese momento...

Se apartó de repente.

—¿Vamos? A este paso, la cierran.

—Sí, vamos.

A Abril le latía fuerte el corazón. En el pecho se le agolpaban los sentimientos y las ganas de acercarse un poco más a él. No era la primera vez que le pasaba. También había sucedido hacía unos meses, cuando, de pronto, se vieron rodando en la oscuridad, sobre el césped de los jardines del hotel. El vestido había acabado enredado alrededor de su cuerpo, la chaqueta de él bajo su espalda, los pantalones a medio quitar, la corbata entre sus manos.

Eso fue lo único en lo que pensó Abril cuando se subieron a la noria.

Eric pensaba en mucho más: en los días siguientes y en lo que iba a hacer.

También seguía preguntándose por qué era tan sencillo ser feliz cuando Abril estaba cerca. No dejaba de ser una chica desconocida que no le contaba nada, pero que, de una forma increíble, le había robado algo que quería recuperar.

Capítulo 19

Cuando Abril había salido por la puerta de casa, Eric ya estaba despierto. La había escuchado irse y se había preguntado dónde se marchaba tan pronto. Se dio la vuelta en la cama y procuró no seguir pensando en las cosas que no comprendía.

Cristopher estaba esperándola frente a la puerta del edificio. Se dieron un breve abrazo al saludarse y él le mostró el coche.

—Creía que tenías una bicicleta.

—Un coche también, aunque si prefieres la bici, podemos cogerla. Aunque Albi esté un poco lejos.

—¿Vamos a Albi?

—Ahí está la casa de mis padres.

Abril asintió y se preguntó por qué exactamente iba ella a pasar un sábado en casa de los padres de su jefe y, recién incorporado, amigo.

Había llamado a Ephie, su madre, a primera hora de la mañana para desearle un felicísimo cumpleaños. Habían hablado durante unos cortos minutos. Su madre estaba de celebración en Australia y parecía deseosa de regresar a la fiesta que le había organizado Jan Luc. Eso no había hecho más que hacer sentir a su hija todavía más tristeza que antes de la fecha.

Se subió en el coche y Cris puso música en la radio, aunque estuvieron la mayor parte del viaje hablando, compartiendo ideas para el proyecto, pero también alguna afición y recuerdo. Así, entre la conversación y las canciones que a Abril le gustaban, el viaje se hizo corto y ameno, casi tanto como la noche anterior con Eric.

La casa de sus padres estaba a las afueras de Albi, en pleno campo. En cuanto se bajó del vehículo, Abril pudo inhalar el aire fresco de la mañana, cuando el rocío aún está en las briznas de hierba, las hojas de los árboles, los

tallos de las flores. Fue increíble la sensación de libertad que experimentó en aquel instante. Ahí, a excepción de Christopher, no había nadie que la conociese, podía ser, durante unas horas, alguien diferente.

Se trataba de una casa rústica de ese color rojizo que tenía la arquitectura de la ciudad. A su alrededor, había una gran pradera recubierta de pequeñas flores de colores y varios manzanos. Era un sitio envidiable para vivir.

Cris la observaba mientras ella lo contemplaba todo, fotografiando cada detalle con los ojos.

—Si yo tuviera una casa así, vendría siempre.

—Lo hago, en realidad.

Echó a andar por el camino de granito y ella lo siguió.

—Vamos dentro, prepararé algo para almorzar.

—¿Seguro que a tu madre no le importa que haya venido?

—No, no te preocupes, mi madre no está en casa.

Abril tragó saliva. ¿Estarían solos? ¿Por qué? ¿Qué iban a hacer todo el día? No, Christopher no podía ser de esos, de los que engañan a su pareja o van acosando a sus empleados y...

Borró de su cabeza esas ideas y decidió entrar tras él.

La casa, por dentro, era muy acogedora. La decoración la hacía parecer sacada de un catálogo. Preciosa. Cada rincón y cada objeto le daban su propia personalidad.

—¿Té o café?

—Té, por favor —pidió ella—. ¿Creciste aquí, Cris?

Era la primera vez que lo llamaba con el diminutivo. A ambos les sonó bien, familiar.

—Sí, más o menos. En las vacaciones de verano y en Navidad. El resto del año, iba al colegio en Toulouse. Después pasamos una temporada en París, más tarde regresamos otra vez.

—París, qué suerte. He estado muchas veces. Demasiado grande, quizá, pero es fascinante.

—Lo es, ya lo creo. Pero, al final, volvemos ahí donde tenemos nuestra casa, es inevitable.

Christopher preparó té y café, unas tostadas con mantequilla y mermelada, unos huevos revueltos, algo de beicon, fruta y verdura.

—¿Es un desayuno, un almuerzo o una comida? —preguntó Abril al ver la cantidad de comida que estaba colocando su anfitrión en los platos.

Él se limpió las manos en un trapo de cocina.

—Sí, no, no lo sé. Estoy nervioso.

Abril levantó una ceja, confundida.

—¿Por qué?

—No sé, da igual. ¿Quieres algo más?

—No, ya voy servida, gracias —contestó ella con recelo.

Comieron y comentaron algunas de las fotografías que había aquí y allá. Después, Cris le enseñó la casa habitación a habitación. Cuando llegaron al sótano, ella vio los dos kayaks colgados de la pared.

—Dijiste que me contarías la historia del kayak.

—Es verdad —afirmó él—. Bueno...

Se acercó a uno de ellos y pasó la mano por él, llevándose parte del polvo.

—Mi padre se peleaba mucho con sus hermanos cuando eran adolescentes. Eran cuatro chicos y mi abuelo estaba harto de oírlos discutir y gritar, así que decidió hacerlos trabajar en algo útil. Tenían que construir un barco de remo de competición para los cuatro. Era un castigo y no les quedó más remedio que tomárselo en serio, mi abuelo era un hombre muy serio.

Hizo una pausa. Abril seguía el hilo de la historia, pero también se preguntaba cómo habían llegado desde el barco de remo a los kayaks.

—Tardaron en acabarlo, pero cuando lo hicieron, quisieron probarlo, ahora bien, era necesario que los cuatro se coordinasen y se entendiesen para que funcionase.

—¿Y lo hicieron?

Cris sonrió y asintió con vehemencia.

—Con el tiempo, sí. De hecho, después, cada vez que discutían, lo utilizaban para canalizar la rabia.

—El castigo de tu abuelo funcionó.

—Sí... —murmuró—. Pero poco tiempo después murió el menor de mis tíos. Mucho antes de que mis padres se conocieran siquiera. Intentaron salir los tres con el barco durante un tiempo, pero les recordaba demasiadas cosas. Volvieron a distanciarse, sin embargo, mi padre echaba de menos la sensación de libertad que le ofrecía el agua, aunque ya no quería la calma, necesitaba focalizar la pérdida, así que compró un kayak. Ese tiempo le sirvió para mantener la mente ocupada y olvidarse de la muerte de mi tío.

Abril agachó la cabeza de forma inconsciente. Veía dolor en los ojos de Christopher, aunque no era por su tío, sino por el sufrimiento de su padre.

—Mi madre también practicaba este deporte, así fue como se conocieron. Con los años dejaron de lado el kayak, pero los conservaron, dijeron que uno para cada uno de sus hijos, para que ellos nunca tuvieran, como decía mi padre, que enfrentarse.

—¿Tienes hermanos?

Antes de que Cris pudiese contestarle, a Abril le sonó el teléfono. Lo sacó del bolsillo y encendió la pantalla. El hombre se había apoyado en el respaldo del sofá en el que ella se había sentado. Miró por encima de su hombro y vio un nombre.

Ella estaba leyendo el contenido del mensaje.

He encontrado un sitio para ir a cenar esta noche. Te gustará. Espero que no hayas estado.

—¿Tu chico? —preguntó él, con el ceño más fruncido de lo normal.

—Perdona —se disculpó ella.

Él había leído el nombre y el contenido del mensaje.

—¿Es el chico que nos presentaste hace un par de semanas?

No se disculpó por meterse donde nadie lo llamaba.

—Sí.

Cris hizo un gesto con los labios, rodeó el sofá y se sentó a su lado.

—No es un hombre para ti, Abril —manifestó de pronto.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Escucha, no quiero que te ofendas, pero me consta que ahora mismo está con alguien.

—¿Cómo dices? —formuló ella.

Su jefe emitió un suspiro profundo.

—Mira, no sé cómo explicártelo —se frotó la barbilla—. ¿Te acuerdas, el sábado, cuando Leslie se cortó?

Abril asintió totalmente desconcertada.

—Me levanté para ir a ver cómo estaba.

Ella también recordaba esa parte.

—Y me los encontré besándose. Sé que han estado mandándose mensajes estas semanas y que hoy habían quedado.

Abril apretó el teléfono con fuerza, frunció el ceño y entreabrió la boca para decir algo, sin embargo, tardó un instante en encontrar las palabras.

—¿Y a ti te parece bien? ¿Cómo...?

Se levantó del sofá con las manos en la frente.

—Me estás diciendo que tu novia de toda la vida se besó con otro y que hoy ha quedado con él y tú...

—Abril, siéntate, anda, ven.

Dio otra vuelta por la habitación antes de ceder. Finalmente, se dejó caer en el mullido sofá. No entendía nada de lo que Christopher le estaba diciendo.

—Hace un tiempo que no estamos muy bien. A lo mejor ella te ha comentado algo —comenzó a decir.

—Sí, pero no sabía que lo hubieseis dejado.

—No lo hemos hecho, estamos juntos, pero hemos decidido probar a llevar una relación un poco más... liberal.

—¿Liberal?

—Estamos con otra gente, queremos ver adónde nos lleva.

Todos los esquemas de Abril, su percepción de la mejor relación que había visto jamás se vinieron abajo sin más. ¿Una relación liberal? ¿Después de tantos años estaban con otra gente? ¿Qué significaba eso?

Pero, ¿y Eric? ¿Qué pintaba Eric en toda aquella historia? ¿Le gustaba Leslie y ella había sido un entretenimiento mientras podía verla? ¿Por qué iba a cenar con ella esa noche después de pasar el día con su jefa? ¿Y la noche anterior en la noria? ¿Por qué le había dicho que se iría a hacer turismo si sabía que iba a estar con ella? ¿Ese era el verdadero motivo de que hubiese vuelto a los pocos días? ¿Por qué la había besado el domingo por la mañana cuando ya había besado a Leslie y...?

Sentía que le iba a explotar la cabeza.

Cris extendió una mano para acariciarle la mejilla derecha y apartarle un mechón de pelo de la cara. Le quitó las gafas porque se le habían empañado.

—¿Te gusta ese chico?

Otra incógnita más, una que creía tener bastante clara pero que ahora la acosaba y la derribaba una y otra vez.

—No digo que no pueda gustarte, Abril, créeme, no es por lo de Leslie, o mejor dicho, no es porque sea Leslie, es porque creo que le da igual que sea Leslie o cualquier otra, ¿comprendes?

—¿Es verdad?

Cris asintió abatido por la tristeza que había de pronto de los ojos de la chica.

—Pero si sois... vosotros.

—Y yo quiero que seamos nosotros, quiero que solo seamos nosotros, pero

ella necesita esto y yo se lo estoy ofreciendo, esperando que, tal vez, se dé cuenta de que me quiere.

Abril no lo miraba, simplemente negaba con la cabeza, enfrascada en un montón de palabras que rebotaban en su cabeza.

—Yo he sido incapaz de hacer lo que ella, aunque creo que al final...

En ese momento, Abril levantó la mirada y cayó en la cuenta de por qué estaba en esa casa. Ese era el motivo: Cris quería pagarle con la misma moneda a Leslie. Pasar un rato con ella, por eso se había acercado tanto en los últimos días, no había otra razón.

Colocó una mano sobre su pecho y lo empujó con mucha suavidad.

—Cristopher, yo lo siento mucho, pero no puedo. No tengo esa clase de sentimientos hacia ti.

El chico, que le sacaba nueve años, abrió mucho los ojos y rejuveneció con ese gesto.

—¿Cómo?

Abril volvió a ponerse en pie, estaba realmente confusa, dolida y nerviosa.

—No quiero tener nada contigo. No entiendo en qué punto está vuestra relación, pero no voy a participar de esto, sea lo que sea.

—No, espera, ¿qué quieres decir?

Cris se puso en pie, aunque él no se movía del sitio, como sí que hacía Abril.

—No me gustas. Yo no...

Negaba con las manos y le temblaban los labios. No hacía más que pensar en Eric y en el mensaje. Quería lanzar el teléfono contra la pared, coger uno de esos kayaks y salir huyendo con él.

—¿Crees que quiero algo contigo? —preguntó él.

—No sé, yo ya no sé nada, la verdad.

Cristopher fue hacia ella, la cogió de las manos y la miró muy serio.

—No soy de esa clase de hombre, Abril, por favor. Ni siquiera quería contarte esto que está pasando con Leslie, aunque necesitaba hacerlo. Me gusta hablar contigo, consigues hacerme sentir bien. Hay *feeling*.

—¿Y qué me quieres decir entonces?

—Te quiero decir que nunca, jamás, podría ni querría tener nada contigo.

—Seguro, ¿no? Porque no quiero pensar que todo esto es una encerrona, Christopher.

—Te juro que no. Estoy completamente seguro.

Colocó las manos alrededor de su cara y se acercó un poco más.

—Espera, ¿qué...?

Le dio un beso en la frente antes de que pudiera acabar la pregunta.

Se apartó lentamente y la expresión de su cara cambió. Seguía permaneciendo una pequeña sonrisa, sin embargo, había una pena inconmensurable.

—¿Cómo podría si eres mi hermana?

Abril tardó un segundo en reaccionar, pero después se rio.

—¿Es una jerga de la calle? ¿Nos llevamos tan bien que somos como hermanos?

Cris dejó caer los brazos a un lado, miró al suelo, se mordió el labio, algo que solía hacer Abril cuando estaba inquieta, y al cabo de un instante volvió a mirarla.

—Tu padre no se llamaba Manuel —dijo de pronto—. Se llamaba Gaspard Faure-Dumont.

A Abril se le secó la boca de golpe.

—Ese es tu apellido, es...

—Es mi padre. Fue de vacaciones a Mallorca hace veintisiete años. Yo tenía ocho años entonces.

Abril comenzó a respirar con dificultad, todo le daba vueltas.

Cristopher se dio cuenta, pero llevaba mucho tiempo guardándose eso dentro, tanto que necesitaba que saliese tan rápido como había tenido que entrar.

—Conoció a una mujer con la que tuvo algo, tu madre. La mía le perdonó la infidelidad cuando se lo contó, y nunca más se volvió a hablar del tema.

—¿Por qué le dijo que se llamaba Manuel?

—Nunca lo hizo, Abril. Le dijo quién era y que estaba casado. Se lo contó todo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

No podía admitir que su madre hubiese podido mentirla en algo tan importante. Su padre había vivido en Albi todo ese tiempo, a unos kilómetros de su niñez, sus graduaciones, sus noches de fiebre, sus primeros días de escuela, sus...

¿Por qué?

—Me lo contó todo cuando enfermó. Mi madre no sabe nada, pero... Será mejor que vayamos arriba, te estás poniendo pálida. Te prepararé algo de

beber.

Abril se dejó llevar por Christopher escalera arriba. Él la acompañó hasta el sofá y le trajo un vaso de agua. Mientras iba a la cocina y regresaba, ella, sin darse cuenta siquiera, se había echado a llorar. Todo su mundo se desmoronaba. Su pequeño e insustancial universo.

Todo debía de ser un malentendido. Dejaría que Christopher le contara aquello, pero ahí había un claro error.

—Eh, no llores, venga.

Le enjugó las lágrimas y le acarició el pelo.

—¿Estás seguro? ¿Cómo puedes saberlo?

—Te lo contaré todo, pero necesito que te tranquilices, ¿de acuerdo? Por favor, necesito que lo hagas.

Ella asintió como pudo y se limpió la cara a manotazos. Después, subió las piernas al sofá, las encogió bajo su propio peso y esperó.

Ahora, mientras miraba a Christopher, veía algo. Ese algo que no había sabido interpretar: las semejanzas. Puede que solo fuese la sugestión.

Sea como fuere, estaba dispuesta, aunque no preparada, a escuchar todo cuanto escondía su nombre y su historia.

Capítulo 20

—Cuando mi padre... nuestro padre —rectificó— enfermó, tuvo que ir a Toulouse a hacerse algunas pruebas. Llevaba tiempo retirado, viviendo aquí en Albi. Por eso te he traído, este era su santuario. Aún no te he mostrado su biblioteca, aunque sé de antemano que te fascinará. Su historia está entre todos esos libros, en su música y en las palabras que fue apuntando aquí y allá.

—¿Qué ocurrió cuando fue a Toulouse?

Cris cogió aire.

—Vio a tu madre después de todos esos años. La reconoció —contestó—. Pero también te vio a ti, con ella. Esto fue hace dos años, aproximadamente.

Hacía dos años, mientras ella estaba empezando sus prácticas, cuando su madre acababa de conocer a Jan Luc.

—Me dijo que no podía dejar de mirarte, ¿cómo hacerlo si te parecías tanto a él, a mí y a nuestra abuela? Pero era imposible, no podía ser verdad. ¿Cómo podía serlo? Tu madre le habría dicho algo, sabía quién era y podría haberlo encontrado de haber querido.

Abril cerró un instante los ojos, sobrepasada.

—Aunque intentaba autoconvencerse, no podía apartar los ojos de ti, así que os siguió hasta vuestra casa. Tardó varios días en tomar la decisión, pero finalmente decidió esperar a tu madre, hablar con ella. Quizá solo era su imaginación. Necesitaba saberlo, porque se moría y no podía hacerlo sin saber si había algo de verdad en lo que él creía.

—¿Y qué pasó?

Ella necesitaba que la historia fuese más rápido, que todas las bombillas alumbrasen la oscuridad en la que había vivido todo ese tiempo.

—Funcionó. Se encontraron después de veinticuatro años. Gaspard no tenía tiempo que perder, así que le hizo saber lo que había pasado y Ephie le

confirmó sus sospechas. Eras su hija. Sin más. Creo que se lo dijo porque vio que la enfermedad se lo llevaba.

—¿No quiso conocerme?

El mayor temor de Abril: que su padre no quisiera saber de ella.

—Claro que quiso, pero tu madre le pidió que no lo hiciese. Después de todo ese tiempo, él no podía creer que estuviera negándole eso. Se fue muy enfadado y dolido, así que decidió ponerse en contacto con sus abogados, encontrar la manera de hacer algo, pese a que no sabía muy bien qué. Solo quería verte, saber de ti, explicarte cómo había ocurrido todo, que supieses quién era.

—¿Y qué pasó? Porque nunca... hablé con él.

—Pasó que se agravó todo. Fue cuestión de semanas, ya no podía levantarse de la cama y...

Cris se llevó las manos a la cara y se frotó a conciencia para despejar el dolor que venía de nuevo.

—Entonces me dijo que quería contarme algo. Me pasó el testigo.

—Eso fue lo que me dijiste hace unos días, me dijiste que te había dejado una responsabilidad. Yo soy esa responsabilidad.

Abril hacía un esfuerzo inenarrable para mantener la calma.

—Me habló de ti. No sabía nada, ni siquiera el nombre le quiso decir tu madre, sin embargo, había averiguado los apellidos de ella, así que, tal vez, podría conseguir la información a partir de ahí. Al principio me negué. Acababa de confesarme que le había sido infiel a mi madre y que yo tenía una hermana de la que no sabía nada, ¿qué interés podía tener yo en ella? ¿Cómo iba a mentir a mi madre en todo ese asunto?

La muchacha se encogió sobre sí misma y siguió escuchando, llena de dolor y de preguntas que Christopher contestaría sin que ella las formulase.

—Pero, después, me pregunté quién y cómo serías. Él, además, se moría y no podía dejarlo ir sin decirle, por lo menos, si eras feliz, cómo te llamabas, cuándo era tu cumpleaños, si estudiabas o trabajabas —explicó—. Contraté a un detective privado y le pedí que averiguase todo cuanto fuese posible.

Saber que había sido espiada a Abril le pareció lo menos importante de la historia, a fin de cuentas, así era como habían llegado hasta ese día.

—No tardó mucho en averiguarlo. Abril Benoit, veinticuatro años, nacida a mediados de mayo, el día 12. Habías estudiado audiovisuales y estabas cursando un máster de animación. Se lo conté casi al momento. Repitió mucho

tu nombre. Abril, Abril y Abril. Decía que era lo único que habías recibido de él en todo ese tiempo, ¿sabes por qué?

—Porque en abril era su cumpleaños.

Cris sonrió y negó con la cabeza.

—Cumple años en noviembre. Él quería tener una hija que se llamase Abril. Se lo contó a tu madre aquel verano.

—¿Qué? ¿Por qué?

A Christopher le costaba contar esa parte de la historia. La había ensayado muchas veces, e incluso en la soledad se le había quebrado la voz.

—Mi tío, el que murió, escribía poesía. Estuvo viviendo en España una temporada antes de fallecer. Cuando acabaron de construir el barco de remo era abril. Escribió un poema en español que se titulaba así. Mi padre quería recordarlo de algún modo, honrarle. Por eso, se prometió que si tenía una niña, la llamaría Abril.

Las lágrimas descendían por las mejillas de su hermana a borbotones. Le escocían los ojos y le temblaba todo el cuerpo. Nada era real. Ni siquiera lo poco que conocía sobre su historia lo era. Una mentira bonita envolviendo una verdad increíble.

—Cuando me tuvieron a mí, me pusieron el nombre de mi abuelo, Christopher. Mi madre ya no pudo tener más hijos, tuvo un parto muy complicado conmigo, así que no quisieron arriesgarse.

—¿Qué pasó después de saber de mí?

—Él quería conocerte y yo casi tanto como él. A fin de cuentas, no tenía más hermanos y tampoco estaba atravesando una buena época. Leslie se estaba alejando mucho y mi padre se moría. Mi madre estaba destrozada y la familia que siempre había considerado indestructible, se quebraba por momentos. No sabía qué hacer.

Abril asintió, no podía imaginarse el dolor que había tenido que soportar Cris.

—Entonces fue cuando decidí ir a buscarte, explicártelo todo y traerte aquí, presentarte a nuestro padre y que pudieses hablar con él, que lo conocieras. Pero se asustó. Pensó que no querías saber de él, que jamás aceptarías ver al hombre que no había estado a tu lado, y no podía soportar que lo hicieras solo porque estaba enfermo, así que me pidió otra cosa.

—¿Qué?

—Luego te lo enseño.

—Está bien —aceptó Abril, que era incapaz de pronunciar más de tres palabras seguidas.

—Al final, falleció después de mucho sufrimiento. Fue un alivio para él, un descanso, aunque sé que se le quedó algo dentro, quizá escuchar tu voz. Quería pedirte perdón. Era un buen hombre, Abril, pese a todo lo que puedas creer, te prometo que era un hombre excepcional que cometió un error que se convirtió en una alegría después.

Abril llevaba un rato barajando algo en silencio. Por fin se animó a decirlo en voz alta.

—En cuanto acabé las prácticas, me llegó aquel correo de Lespher para una entrevista. Me sorprendió que un estudio se pusiera en contacto conmigo sin más. No tenía experiencia y... Ahora sé que me contrataste porque era tu hermana.

—¡No! —aseguró Christopher—. Te llamé para la entrevista, sí, lo reconozco, pero lo hice porque necesitaba conocerte, saber algo más de ti. Ni siquiera te había visto en una fotografía. Pero te contraté porque eras la mejor. ¿No te parece una casualidad que los dos hubiésemos estudiado lo mismo?

Afirmó con la cabeza.

—Pensé que eras inteligente y que te parecías muchísimo a mi padre y un poco a mí. No podía creerme que fueras mi hermana, eras una extraña, pero también eras sangre de mi sangre y ni siquiera sabías quién era yo. No podías imaginártelo.

—Y me contrataste.

—Sí, lo hice, pero repito que fue por tu trabajo.

—Llevo un año trabajando para ti y ha sido ahora cuando al fin te has acercado un poco más, ¿por qué has tardado tanto tiempo?

—Porque estaba asustado. Ni siquiera sé cómo he encontrado la valentía de hacerlo ahora. Ya no podía cargar más con esto, además, últimamente he visto cómo te apagabas y no podía dejar de preguntarme si la razón no era papá. ¿Lo era?

Abril se abrazó a sí misma un momento antes de contestar.

—Sí, necesitaba... —Se encogió de hombros—. Saber. Una parte de mí no podía seguir negando que quería saber quién era mi padre. Y ahora que lo sé...

—Tienes miedo.

—Mucho —admitió—. No sé qué creer, Christopher. Ni qué pensar. Mi

madre me ha mentido todo este tiempo. Y luego esto. —Los señaló a los dos —. Eres mi hermano. Mi hermano, ¿sabes lo que eso significa?

—Que tú eres mi hermana. Exactamente la misma sensación.

Ella tragó saliva.

—Sé que ninguno de los dos tenemos culpa de nada...

—Pero también sientes cierto rechazo hacia mí ahora que sabes la verdad —completó él con una sonrisa triste en los labios.

—Sí —confirmó—. Es como Croila y Fiodor con el maestro Gregór...

La expresión de su cara cambió poco a poco. Se llevó una mano a la boca.

—Espera —ahogó el llanto—, ¿es nuestra historia?

Cristopher se relajó en el sofá. No podía más, estaba agotado mental y emocionalmente. Todo aquello le superaba.

—Sí, Abril, somos nosotros y nuestro padre. La tarde en la que supe de ti, se me ocurrió esa idea mientras iba por la calle y me prometí que acabaría dándole vida en algún momento.

—¿Por eso quieres que la hagamos juntos?

—Entre otras cosas, sí. Es nuestra historia, la de los dos, quiero que ese recuerdo sea el primero de muchos. Si tú estás dispuesta, claro. No puedo obligarte a que te quedes después de saber esto, a que quieras que surja una relación entre los dos o a querer saber más sobre nuestro padre. Es tu decisión, te mereces al menos eso. No cabe decir, por supuesto, que mi padre te dejó tu parte de la herencia, puedes disponer de ella cuando quieras.

—¡No quiero una maldita herencia, Christopher! —gritó de pronto.

Se puso en pie de un salto. Cris se levantó con lentitud.

—Ven.

La cogió de la mano y tiró de ella hasta apoyarla en su pecho. Intentó resistirse al abrazo al principio, pero no pudo luchar contra esa muestra de cariño.

—¿Y si no soy su hija?

—Lo eres. Podemos hacer una prueba de ADN, si te quedas más tranquila, pero Abril, eres mi hermana, y yo, por lo menos, quiero que estés en mi vida.

—¿Qué voy a hacer ahora, Cris? —preguntó, gimoteando.

—De momento, quedarte aquí este fin de semana. Por lo menos esta noche. Es mucha información y no quiero que te vayas a casa.

—¿No quieres que me vaya a casa o no quieres que vea a Eric?

—Ambas. Como hermano mayor no puedo evitarlo.

Ella sonrió sintiéndose, por primera vez en mucho tiempo, cuidada por alguien.

—No puedes tener interiorizado ese papel.

—Lo estoy haciendo poco a poco —comentó él.

A Abril se le ocurrió otra pregunta.

—¿Lo sabe Leslie?

—No —respondió casi en silencio mientras aún seguían abrazados—. No lo sabe nadie.

—Quizá sea lo mejor por el momento —propuso ella—. Hasta que sepamos, al menos, cómo contarlo.

—Lo haremos como a ti te parezca mejor, Abril. Por eso no se lo he dicho a nadie, porque quería ofrecerte la posibilidad de que pudieras escoger. Aunque si fuese por mí, lo diría.

—¿Y qué pasa con tu madre?

Él tuvo que callar.

Abril se apartó con calma y le sonrió.

—No tiene por qué saberlo, Christopher. No hay por qué hacer sufrir a nadie.

—Pero esta también es tu familia, parte de tu historia, ¿no te mereces eso? Mis tíos son tus tíos, mis abuelos, los tuyos. Mi casa, mi historia. Nos corresponde a los dos.

—Sí, pero, les haremos daño.

—¿Me quieres decir que no le harás ninguna pregunta a tu madre? —indagó.

—Le haré muchas, pero no ahora, no cuando necesito saber más, entender muchas cosas.

—No lo haces ahora porque le dirías cosas que le harían daño.

—Así es.

—¿Como ella te lo ha hecho a ti?

—Cris, eso es algo que tengo que arreglar yo. Es mi madre. No la justifico, no puedo, pero, a lo mejor, tenía sus motivos. Quiero conocer ambas versiones, y la de mi padre solo puedo saberla a través de ti, así que me quedaré.

—Tampoco quieres hablar con Eric —añadió su hermano.

—No, ahora no puedo. Mañana, o más adelante.

—Estás enamorada de él —afirmó, como siempre hacía.

—¿Y eso qué importancia tiene? Se está acostando con tu novia en este mismo momento.

Cristopher apretó la mandíbula y sus ojos fueron una clara muestra de dolor.

—Perdona, no quería decir eso, es la rabia. Perdona —repitió mientras le acariciaba el antebrazo.

—Tranquila, es muy probable que sea verdad —aceptó.

Ella lo tomó por la barbilla, como él mismo había hecho días atrás, y lo obligó a mirarla.

—¿Por qué aceptas esto si es evidente que te hace daño? Tú no quieres una relación así, Christopher. Eres el chico que se plantó en medio de su clase y la besó, no el que quiere verla con otros.

—¿Me preguntas por qué estoy aquí intentando olvidarme de que está con el hombre al que quiere mi hermana para volver mañana a su lado y fingir que no ha pasado nada?

—Sí —susurró ella, dolida por la pregunta.

—Porque la quiero y no sé qué hacer para no perderla.

Ambos se sumieron en un silencio profundo durante los siguientes minutos. Conocer a su hermano, saber que su jefe era en realidad hijo de su padre, le había traído muchas ganancias, pero también algunas pérdidas, puede que las más importantes de su vida. No sabía qué iba a hacer a partir de ese momento, pero, sintiéndose tan dolida como estaba, no se imaginaba ir a ningún otro lugar que no fuese ese. Quería y necesitaba permanecer ahí hasta que se aclarase.

Tecléo un par de mensajes poco después y apagó el teléfono el resto del día y de la noche.

Cuando Eric vio el mensaje de Abril ya era por la tarde, estaba entrando en el piso y Lena se encontraba sentada en el sillón, hojeando un libro de cocina.

Vio en seguida la expresión del rostro de Eric.

—¿Qué pasa?

—Había quedado con Abril para cenar, pero ahora me dice que no puede.

—Ya —murmuró Lena—. Eso es porque no va a venir a dormir.

Esa respuesta no sería la que menos le gustase escuchar a Eric.

—¿Y dónde está?

—En Albi —respondió—, con Christopher.

—¿Su jefe? ¿El novio de Leslie?

Todo se agolpó en su mente como un torbellino irrefrenable.

—El mismo —aseguró Lena.

—¿Va a pasar la noche con él?

—Eso parece.

Lo miró de hito en hito y poco después le preguntó:

—¿Tú de dónde vienes?

Pero Eric no le contestó, porque no sabía cómo decirle que venía de pasar el día con Leslie, con la que no había pasado nada pese a que habían estado tentando a la suerte durante varias horas. No podía porque no le importaba, porque lo único que se preguntaba era por qué Abril estaba con Christopher. Por qué le había preferido. Por qué. Siempre por qué.

Capítulo 21

No hubo cena ni reproches de ningún tipo.

Las horas habían transcurrido entre decenas de álbumes fotográficos que Abril sostenía y curioseaba callada, pero con el corazón rugiendo. De vez en cuando, miraba a Christopher y se preguntaba si todo aquello no era más que un sueño o una broma. Lo curioso era la respuesta, porque, aunque seguía sintiéndose extraña y confundida, también había añorado, sin darse cuenta, sentirse arropada por alguien. Y Cris sabía exactamente cómo conseguirlo.

Compartir sus respectivas infancias fue lo más doloroso de todo. Gaspard estaba en cada uno de los recuerdos de su hermano. No pudo decirle que también estaba en los de ella, que tantas veces había aprovechado los silencios para hacerse preguntas: ¿Dónde estaría en ese momento? ¿A qué se dedicaría? ¿Tendría más hijos?

Todo ese tiempo había estado a unos pocos kilómetros y su madre lo había sabido. Esa era una de las cosas que más la herían. No entendía por qué había hecho algo así, ¿por qué no había encontrado una manera de acercarlos?

—Ven, quiero darte algo.

Abril lo siguió escalera arriba hasta que llegaron a la buhardilla.

Abrió uno de los armarios y extrajo una caja de madera de un tamaño medio que dejó sobre la cama individual que había en la habitación.

—Es para ti —dijo.

Ella se alejó de la puerta y fue hacia allí con cierto nerviosismo.

—Papá quiso buscar la manera de...

Christopher iba a decir *compensar* todos esos momentos que no habían tenido. Pero ambos sabían que eso era imposible, por ello, omitió el comentario y le entregó la caja a Abril.

—¿Te dejo sola?

Ella dudó un segundo. No sabía cómo iba a reaccionar a lo que había dentro, quizá la intimidad era una buena opción después de todo, sin embargo, pensó que encontraría consuelo en la presencia de su hermano, así que le pidió que se quedase.

Al abrir el cerrojo de metal, descubrió una pila de sobres blancos. Los sacó y se dio cuenta de que estaban ordenados por años, desde el nacimiento de Abril hasta el año en que murió su padre.

Contempló a Cris sin entender qué significaba todo aquello.

—Ve abriéndolos, será lo más fácil.

Asintió con un movimiento escueto.

Cogió el del año de su nacimiento. Lo abrió con manos temblorosas y extrajo una tarjeta escrita a mano.

Querida Abril:

Cuando nació Christopher, pensé que ese era el mejor regalo que podría hacerme la vida, pero he recibido una segunda señal de que hay algo en el universo que es superior a nosotros. Una certeza. En parte, me alivia ahora que estoy yéndome y dejo muchas cosas sin hablar, sin resolver.

Cuando nació tu hermano, le construí su cuna, porque pensé que ese iba a ser el único lugar en el que estaría a salvo. Eso es algo que a ti nunca podré ofrecerte, sin embargo, he hecho este cofre para ti y espero que en él una pequeña parte de la niña que fuiste se sienta protegida.

Ha sido difícil buscar los regalos homónimos, pero creo que Christopher podrá ayudarte a comprenderlos y a disfrutarlos. Es una excusa para que él también regrese contigo a todos esos sitios en los que estuvo de niño.

No puedo pedirte nada, ni quiero, en realidad. A estas alturas, los dos estamos demasiado lejos el uno del otro, y, aun así, parece que la vida haya querido traerte tan cerca de mi familia...

Quizá te suene extraño, pero nosotros no creemos en las coincidencias, todo tiene un porqué. Que nos cruzásemos aquel día y vieses en ti parte de mi vida no me parece una simple casualidad. Como con tu hermano, es un regalo que alguna misteriosa fuerza me ha otorgado. No me lo merezco, es probable.

Me duele darme cuenta de que, pese a no haber sabido nada, me siento profundamente vacío y culpable por haberte perdido sin llegar a tenerte. No nos conoceremos nunca. Solo sabré de ti lo poco que mi hijo me cuente

y tú sabrás de mí lo que su bondad y paciencia te brinden. He cometido muchos errores, y no todos fueron de juventud. Me arrepiento porque con ellos he lastimado a muchas personas.

Pedirte que perdones mi ausencia es una osadía propia de un moribundo, lo tengo claro, por eso mismo no voy a incurrir en algo tan común. Lo único que puedo demandarte es que seas paciente, que esperes las respuestas y que conozcas a Cris, será un buen hermano para ti, Abril.

Abril... En tu nombre se esconde parte de la historia de nuestra familia. Tu hermano te habrá hablado ya de ello, y si no, estoy convencido de que ahora se lo preguntarás. Hazlo, sin pudor y sin miedo alguno. Te debo eso, pese a que es injusto y egoísta cederle esa responsabilidad, pero veo en su mirada que me va a tomar el relevo, ¿sabes por qué? Porque se parece a su madre. Probablemente en ti haya muchas cosas mías: el silencio o la ansiedad. Nunca lo sabré. Pero él es diferente, te acogerá con los brazos abiertos cuando pase este torbellino de dolor en el que ahora vive.

No quiero extenderme y escribir sin decir nada. Por eso, mi pequeña y desconocida hija, Abril, ojalá algún día seas tan afortunada como yo lo he sido, pero mucho más valiente de lo que yo jamás seré. Ojalá te den igual las cosas que puedas perder si hay algo más importante que ganar. Ojalá nos perdones a mí y a tu madre por no haber sido más que unos niños jugando a quererse en aquella playa mallorquina.

Ojalá vivas a dentelladas, y ames, y sueñes y construyas tu propia historia, porque nadie será capaz de contar tus sentimientos por ti. No los cortes, déjalos ser, Abril. Déjalos ser.

Tu padre, tarde y sin conocernos,

Gaspard

Cuando Abril dejó el papel sobre sus rodillas, había roto en un llanto silencioso que Christopher solo supo consolar con un abrazo tierno. La atrajo con sumo cuidado a su lado y ella aceptó el hombro y la caricia de su hermano.

Era incapaz de comprender cómo las palabras de un desconocido, su padre, habían podido afectarla tanto. ¿Qué vacío había dentro de ella? ¿Cómo había podido ignorarlo durante tanto tiempo?

Una oleada de dolor la transportó a otra parte, a su madre. Gaspard le había

pedido que la perdonase también. Ya lo había hecho, era su madre, aunque no entendía qué había podido moverla a actuar así. ¿Había sido el miedo? Puede que temiera sentirse rechazada, a fin de cuentas, ella era fruto de una aventura con un hombre casado. ¿Y si él renegaba de su hija? ¿Sabría su abuela todo aquello?

Abril tenía muchas preguntas, como su padre había adivinado, pero él le había aconsejado que fuera paciente, porque las respuestas acabarían llegando de una manera u otra.

Tardó en recuperar la serenidad. Llevaba todo el día llorando y comenzaba a dolerle la cabeza. Christopher se ofreció a traerle algo de comer y un calmante, cosa que aceptó, y aprovechó aquel momento a solas para abrir el contenido de algunos sobres. Se preguntaba si había cartas o notas, algo sobre su padre. Pero en su interior encontró dibujos de cosas y lugares: París, un kayak, el título de un libro, helados, bicicletas, San Sebastián...

San Sebastián. Ahí se detuvo. Esperó a que regresara Cris y mostró su impaciencia de inmediato.

—¿Por qué San Sebastián?

—A mi tío le gustaba mucho, así que intentábamos ir una vez al año. Era un sitio para relajarnos. Papá era feliz.

—Estudié ahí un semestre.

—¿De verdad? —preguntó él claramente sorprendido—. ¿Por qué elegiste San Sebastián?

Se quedó en silencio un momento hasta que lo recordó.

—Siempre pensé que era un palpito, aunque no creo en esas cosas —explicó con el pulso acelerado.

Christopher sonrió.

—Deberías empezar a acostumbrarte, aquí todos somos un poco así: de dejarnos llevar por lo que no tiene ningún sentido. Somos unos extraños —siguió hablando—, pero, si me dejas, tarde o temprano, seremos tu familia.

—¿Cómo podría ser eso posible?

Él advirtió la tristeza en su rostro añorado.

—No creo que tu madre merezca descubrir a estas alturas que su marido tuvo una hija y... ¿Y el resto?

Su hermano entendía perfectamente a qué se refería. Él también lo había estado pensando, una y otra vez. Y otra más. Solo imaginarse el dolor de su madre y la reacción de sus tíos, sus primos, sus abuelos... Era una sensación

que lo abrumaba, sin embargo, no podía renunciar también a esa otra parte de su historia.

—Encontraremos la manera.

Abril colocó su temblorosa mano sobre su antebrazo y negó en silencio con la tibieza amable de una sonrisa amiga.

—No es necesario. Puedo conocerlos sin que ellos lo sepan. Basta con que lo sepamos nosotros dos.

—Lo sabrán en cuanto te vean, te pareces demasiado a él —le explicó.

—No tienen por qué verme. Sé que tú encontrarás la manera de acercarme a ellos. Además, ahora mismo me siento incapaz.

—Está bien. Cualquier cosa que decidas me parecerá correcta.

Hubo un asentimiento breve por su parte.

Esa caja guardaba demasiados momentos a los que no podía hacer frente en ese instante, así que la cerró y su hermano no tuvo que hacer preguntas. Necesitaban una distracción, algo que los alejara de la casa, del universo repleto de rincones desconocidos.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

Dio un sorbo al vaso de agua y espero a que llegara el sí.

Cristopher se levantó del borde de la cama y le hizo una señal con la cabeza.

—Coge la chaqueta. Vamos a dar un paseo.

No opuso resistencia, porque así podría enterrar momentáneamente todo ese secreto que le hacía sentirse en un estado febril y soporífero en el que no era capaz de distinguir entre qué era real y qué mentira.

No sabía si deseaba que su padre fuese una verdad o un engaño. Tampoco tenía claro si lo que sentía por Eric era alguna de las dos cosas. Pero, entonces, ¿por qué no podía dejar de pensar en él?

Estaba atardeciendo y el campo se mostraba despejado, sin personas, sin distracciones. Había refrescado, así que Abril guardó las manos en los bolsillos y echó a andar junto a su hermano.

No paraba de pensarlo. La última vez que habían caminado juntos por la calle había sido hacía dos semanas, y entonces él solo era su jefe. Ahora, además de eso, era parte de su familia y no podía dejar de sentir una suerte de emociones encontradas que no sabía definir. Alegría y un miedo injustificado por todo lo que estaba por venir.

—¿Y esa pregunta de antes? —indagó él cuando ya llevaban varios minutos

recorriendo el camino de tierra en un silencio largo y desgastado.

—Tal vez sea demasiado personal.

—Privilegios de hermanos —sonrió.

Cerró un segundo los ojos.

—Perdona, no quiero insistir mucho con el tema familiar. Para mí tampoco es fácil, pero creo que cuanto antes lo aceptemos y lo hablemos con naturalidad... Bueno, no sé lo que estoy diciendo.

Abril le dio un par de palmaditas en la espalda y le devolvió la sonrisa anterior.

—Tranquilo, tienes razón.

El cielo se caía en rojos, dorados, un púrpura lejano, como tinta, tiempo y nostalgia.

—En ese caso, no dudes en preguntar.

—¿Aunque la pregunta no tenga que ver con la familia sino contigo?

—Esas serán las más difíciles de contestar, pero lo haré, no lo dudes.

Le guiñó un ojo y Abril se relajó.

—¿Se puede querer a más de una persona a la vez?

Cristopher emitió una sonrisa como si aquello hubiese sido exactamente lo que había esperado.

—A mí nunca me ha pasado —aclaró—. Aun así, creo que sí, se puede querer, de diferente manera, eso sí, a más de una persona al mismo tiempo.

—Yo creo que no deja de ser como viajar por carreteras secundarias.

Él arqueó una ceja sin entender la comparación.

—Sí —asintió ella sin necesidad de que hubiese una pregunta de por medio—. Siempre habrá una carretera principal.

—Mi carretera principal es Leslie, si a eso te refieres.

—Eso ya lo sé, lo que no entiendo es qué necesidad hay de ir por carreteras secundarias.

—¿Eso es lo que de verdad te preguntas o si tú has sido carretera secundaria para otros?

—Las dos cosas, supongo.

—Ojalá tuviera una respuesta —comentó—, pero ahora mismo estoy tan o más perdido que tú.

—¿Eres feliz, Christopher?

—Como hermano mayor, ¿cuál es la contestación más adecuada?

—La verdad, esa siempre es la mejor opción —murmuró ella, aunque sabía

que no siempre se aplicaba el cuento.

—No lo soy.

Sonreía pese a decirlo de forma abierta.

Extendió un brazo hacia su hermana, lo pasó alrededor de sus hombros y caminaron el uno al lado del otro.

—Hoy lo soy un poco más —añadió—. De verdad.

En ese momento, ella le pasó el brazo alrededor de la cintura y se preguntó cómo hubiese sido su niñez y su adolescencia de haber tenido a su hermano en ellas. ¿Más fácil? ¿Más llena?

—Es la pregunta más difícil que me han hecho en toda mi vida —manifestó, casi sorprendido.

—Has sido honesto —expresó Abril—. Por lo menos conmigo. Quizá deberías dejar de esperar y decir libremente cómo te sientes, porque, ¿te merece la pena sentirte así? También es tu vida y eres libre de elegir cómo, dónde y con quién la quieres vivir.

Cristopher asintió mientras sonreía, casi con la ironía que a veces ofrece un recuerdo grabado a fuego.

—Me recuerdas mucho a nuestro padre, no solo en los ojos, sino en la forma de hablar, de expresarte.

—Si es algo bueno, en ese caso me alegro.

—Alégrate, Abril. Me gusta que estés aquí.

—Por extraño que parezca y por muy confundida que esté ahora, yo también me alegro. Créeme.

—Ahora solo nos falta ser felices.

Entonces fue cuando Abril se dio cuenta de que a su hermano ni siquiera le había hecho falta preguntarle si lo era, porque era tan evidente que cualquiera podría haberlo afirmado.

—No es fácil.

—Me parece que lo difícil es darse cuenta de que sí que lo es.

Capítulo 22

Abril llevaba una hora en casa.

Eric estaba sentado en el sofá, a pocos centímetros de ella. Ambos miraban al frente, a medio vestir, recuperando el aliento. Lo habían perdido entre los reproches, las discusiones, los besos y arrebatos de los últimos diez minutos contra la pared del pasillo.

Otra vez. Habían vuelto a la noche en que se conocieron, a la exclusividad de sus cuerpos encontrándose, liberando esa presión subterránea que solo está viva en la superficie.

El uno al lado del otro, eran una imagen para la que no hacían falta palabras.

Ella había llegado hacia las doce.

Ninguno de los dos se molestó en disimular la guerra que estaban a punto de librar. Se avecinaba una tormenta con pocas risas y muchas acusaciones dolorosas.

Fue Eric quien rompió el hielo.

—Te esperé para cenar.

—Te envié un mensaje —se limitó a decir ella mientras se dirigía a su habitación sin mirarlo.

—¿Te has divertido?

Aunque en otro contexto aquella pregunta hubiese podido sonar inocente, en este caso mostró la rabia, inexplicable se decía él, que se adueñaba de la razón de la que Eric quería hacer gala sin éxito alguno.

—Mucho, ¿y tú? —Sonrió ella al tiempo que guardaba la chaqueta en el armario—. ¿Cómo está Leslie?

Él tragó saliva. Se le hundieron ligeramente los hombros.

—No es...

No sabía cómo seguir porque ni siquiera sabía a qué había estado jugando durante aquellos días. Ni por qué había creído que podría encontrar algún tipo de consuelo en esa relación improvisada de mensajes y encuentros callados y húmedos.

—No me importa —dijo ella rápidamente.

—Pues parece que sí —contestó él sin meditar sus palabras.

Abril frunció el ceño y apretó la mandíbula. Esta vez sí que lo miró, con vehemencia y molestia.

—De todas las mujeres que hay en España y en Francia, ¿has tenido que liarte precisamente con la novia de Christopher? ¡Mi jefa y mi amiga!

A Eric se le escapó una carcajada sarcástica.

—¡Es increíble que seas tan hipócrita de echarme eso en cara cuando tú has pasado la noche con él!

A ella le dolió que insinuase algo como aquello. Era su hermano, aunque esa fuese una realidad que Eric ignoraba.

Lo que Abril no pudo pasar por alto fue la forma en la que él consideró que con esas palabras le haría daño. Quería herirla y lo estaba consiguiendo desde hacía demasiado tiempo.

—¿Te lo ha contado él? —preguntó sin dejarla contestar—. Supongo que también te ha comentado que tienen una relación abierta.

—¡Pues sí! Me lo ha contado él, ¿algún problema?

—Ninguno, ¿acaso tú lo tienes? Porque me da la sensación de que me estás haciendo algún reproche. ¿Tenemos algo tú y yo para que me preguntes las cosas con ese tono?

Abril resopló con una sonrisa incrédula en los labios. No daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Qué tienes, Eric, quince años? —preguntó mientras pasaba por su lado.

Iba a la cocina a por agua, ya que se le había secado la garganta a causa de los nervios.

—No me has contestado —insistió él, yendo detrás.

—¿A qué tengo que contestar? ¿Acaso... —hizo una pausa y buscó las palabras que Eric había empleado —tenemos algo tú y yo para que me hagas esas preguntas?

—¡Encima estás cabreada!

—Sí, lo estoy —aceptó ella.

Abrió la nevera y extrajo una botella de agua.

—Vienes hasta aquí para acostarte con Leslie, que es la novia de mi... —tragó saliva en seco— jefe. La próxima vez, deberías quedarte en un hotel.

—Lo haré.

—Estupendo.

—Y tanto, a ver si te crees que me es grato estar en esta casa, si te pasas los días enfadada. No hay nada que te parezca bien. Sacarte una palabra amable es tan difícil que... ¡me exasperas!

—¿Sí? —preguntó ella fingiéndose ofendida.

En aquel momento no podía sentirlo porque estaba tan cabreada que se hubiese ido dando un portazo.

—No recuerdo que dijeras eso cuando me levantaste el vestido en la boda de Dany.

—¡No vayas por ahí! —dijo él, negando con el dedo índice.

—¡Ah! Es verdad, que ni te acuerdas.

Echó agua en el vaso que acababa de coger del armario.

Él se mordió la lengua.

—¿Por qué estamos discutiendo?

—Porque soy estúpida, si tanto te interesa.

Al escucharla decir aquello, Eric supo que se aproximaban más revelaciones de las que ninguno de los dos había querido verbalizar en un primer momento.

—Culpa tuya no es, tranquilo. No quiero que esto te quite el sueño —siguió hablando con frialdad, como si aquello, en realidad, no fuese con ella.

Ante la inocencia de su mirada parecía una actuación patética que nadie se hubiese podido creer ni aunque hubiese querido.

—Entonces, ¿la culpa es tuya?

—Claro, como siempre, por creer que había algo donde no había nada.

—¿Y qué se supone que habías interpretado que había?

La palabra *interpretar* la irritó todavía más.

—Había interpretado que eras más empático. Aunque, ¿qué podía esperar de alguien que no recuerda a las mujeres con las que se acuesta? Espero que de Leslie te acuerdes por lo menos.

Abril no podía defenderla en aquel momento, porque Christopher era su hermano y ella le estaba haciendo más daño del que se merecía, pero no era

quién para entrometerse en su relación, más que nada porque ella siempre había sido una buena amiga.

—¡Que sí que me acuerdo, joder! Me acuerdo de esa maldita noche, ¡deja de decirlo todo el rato!

Pese a que esa revelación asombró a Abril, no pudo evitar contestarle con un berrido.

—¡Y tú deja de gritarme!

—También me estás gritando. No entiendo por qué estamos teniendo esta conversación.

—No te equivoques, esto no es una conversación, sino una discusión en toda regla.

—¿Y por qué tenemos que discutir si no tenemos nada? Tú te acuestas con tu jefe y yo con su novia, ¿qué problema hay?

—¡Yo no me acuesto con mi jefe, imbécil!

—¿Y por qué no?

Él se había cruzado de brazos y la miraba desde el otro lado de la mesa.

Abril no quería revelarle la verdad: era su hermano. Eso era algo que, por el momento, necesitaba que permaneciese solo para ella.

—Si me lo tienes que preguntar es que no te queda moral alguna.

—No veo dónde está el problema, ellos están de acuerdo con ese pacto que han hecho, ¿por qué tendría que ser yo la viva imagen de Santa Teresa de Jesús?

—¡Eres idiota! Pero de remate.

Dejó el vaso en el fregadero y quiso pasar por su lado.

—Imbécil e idiota. Me había dado cuenta de que te gustaba, pero no esperaba que hasta el punto de ponerte celosa de esta manera.

—¡Vete a la mierda!

La cogió del brazo y la hizo girar hacia él.

—Esa boquita —la amonestó.

—¡Suéltame, Eric! No tengo ganas de aguantar tus tonterías.

—Nos estamos gritando e insultando, ¿por qué? Sé lógica, ¿por qué?

Se zafó de la presión de su mano y le dio un pequeño empujón para recuperar su espacio vital.

—¡Los sentimientos no entienden de lógica, entérate de una puta vez, joder! Y, mira, puestos a decir la verdad, discutimos porque no entiendo por qué has fingido que no te acordabas de nada, por qué me besaste a la mañana siguiente

de enrollarte con Leslie en el bar, ni por qué el viernes por la noche salimos, ni por qué querías que fuésemos a cenar ayer. Es más, no entiendo por qué Lena me ha tenido que llamar esta mañana para decirme que estabas hecho una furia anoche cuando, cariño, oh, sorpresa, aquí no hay nada. Yo por lo menos soy sincera, pero, ¿tú podrías permitírtelo alguna vez? ¿Podrías aceptar que, a veces, no basta solo con hacer las cosas porque sí? Madura de una vez y deja de...

Sin previo aviso, colocó las manos alrededor de su cara y la besó con la misma rabia con la que se habían gritado. Una inercia de labios húmedos y vibrantes.

Abril intentó alejarse al principio, pero después, envuelta en la excitación y la tensión de los días anteriores y de ese momento en concreto, se dejó llevar por sus brazos y su cuerpo hacia la salida de la cocina.

Su espalda impactó contra la pared más cercana y en cuestión de un segundo, lo que tardó Eric en impulsarla hacia arriba, estaba rodeando su cuerpo de manera caótica con piernas y brazos.

No sabía qué había pasado el día anterior, pero no le importó conocer la verdad en aquel momento. Si esos besos y las caricias obscenas de Eric eran una mentira, prefería quedarse en ella pese al dolor posterior.

No fue un instante de amor, sino de desesperación.

Él solo quería expresar de alguna manera lo que estaba sintiendo entonces, y no sabía si al final de todo, de desnudarse y tirar el uno del otro, y empujarse, y morderse y respirarse, conseguiría hacer comprender a Abril que no se había llegado a acostar con Leslie, que estaba confundido y que le mataba pensar que ella sí que podría haber estado con Christopher.

También quiso decirle que cuando ella estaba cerca tenía más claro quién era en realidad, pero eso era mucho más difícil sin palabras. En realidad, como casi todo en la vida. Así que se limitó a hacer que su piel se estremeciera, a devorar los gemidos y jadeos de ambos en ese vaivén de carne a medio desnudar y de sentimientos estancos, muy lejos, y a la vez muy cerca, de sus cuerpos, que se encontraban por segunda vez, y nunca desvestidos del todo.

Eric se preguntó por qué siempre tenían tanta prisa. ¿Era él o era ella quien se precipitaba y no encontraba el tiempo para susurrar nada, para acabar de mostrarse tal y como era?

Con la piel erizada y el temblor de la carne y el brillo de los ojos que se

miraron durante unos minutos muy largos, fue descendiendo el ritmo de una canción que se estaba componiendo muy rápido. Y entonces, en todo el desconcierto hubo una milésima de segundo en la que comprendieron todo aquello que no se habían atrevido a decir en voz alta y que, por mucho que les doliera, no sabrían si serían capaces de hacerlo alguna vez.

Entre los últimos besos, el vaivén de caderas, la humedad que se respiraba entre ellos, que colisionaban, que hacían sombra a la rojez de sus labios y sus mejillas, llegaron al sofá, donde Abril tuvo que separarse de la piel de Eric a desgana.

Con el vacío cansado de no hallar nada que se quedase una eternidad entera, convirtieron los minutos siguientes en un silencio trémulo, repleto de jadeos que se apagaban entre las manos que no alcanzaban a rozarse.

Abril giró la cara hacia Eric intentando buscar parte de la complicidad que había sentido mientras hacían el amor, pero él no se atrevió a enfrentarse a sus ojos. Se centró en abrocharse el pantalón, en levantarse del sofá e irse para dejarla sola.

Sola con demasiadas revelaciones.

Cuando escuchó cerrarse la puerta se preguntó si volvería a ver a Eric alguna vez.

Capítulo 23

Las semanas siguientes fueron para Abril lo que para Héctor el enfrentamiento con Aquiles. Todo se le quedaba grande, desde la ropa, porque apenas tenía apetito, hasta el trabajo, la relación con su madre y la tierra.

Sí, Eric había puesto tierra de por medio, al menos entre ellos dos. Sabía que había vuelto a Toulouse tres semanas después de irse. Se había quedado en un hotel, como ella le había recomendado. No paraba de pensar en a quién había ido a ver, aunque era consciente de que no le hacía ningún bien.

A eso seguía dándole vueltas un mes después cuando Leslie se acercó a su mesa.

—¡Hey! —la saludó.

Cristopher y ella no habían vuelto a hablar de los problemas amorosos que él tenía en su casa. Prefirieron centrarse en el afecto y los recuerdos que comenzaban a crear.

Abril le dedicó una sonrisa. Compartía demasiados hombres con esa mujer, y aun así, no podía evitar pensar que Leslie era especial.

—¿Y todas esas carpetas? —le preguntó Leslie después.

—Estaba a punto de bajárselas a Sara y a Ode, son para la página web.

Últimamente había pasado más tiempo en imagen y marketing que en el proyecto. No había estado centrada y no quería que eso afectase lo más mínimo a la idea de Cris, por eso se lo había explicado como buenamente había podido y había empezado a pasar más tiempo con sus otras dos compañeras.

—¿Estás enfadada conmigo? —preguntó su amiga.

No podía estarlo, pero, inevitablemente, lo estaba. No por Eric, sino por Christopher. Ella no sabía que era su hermano, sin embargo, su infelicidad le dolía de una forma arraigada.

—No lo estoy —contestó.

Leslie miró a un lado y a otro y al final se armó de valor.

—¿Es por Christopher?

Palideció de golpe y Abril comprendió que, muy probablemente, Leslie tampoco era feliz.

—¿Cómo?

—Sé que pasáis mucho tiempo juntos últimamente. Puede que hubiese tenido que contártelo yo, porque... Bueno, no está siendo un buen momento para nosotros y... Lo intento. Lo intentamos, pero ninguno de los dos tenemos ni idea de qué estamos haciendo...

Se echó a llorar en silencio. Las lágrimas resbalaron por su piel bañada por diminutas pecas doradas.

Eso enterneció a Abril, que tendió una mano en busca de la suya.

—Sé que es fácil enamorarse de él, no me sorprendería que lo hubieses hecho y... Todo es culpa mía y no sé qué decirte y...

Abril apretó su mano con ternura.

—No es nada de eso, Leslie. Habla con él.

—Pero quería saber si estabas bien, si podía hacer algo para que... No hemos hablado mucho, lo sé, y es culpa mía, como todo.

—No es por Christopher, de verdad.

—Entonces es por otra cosa.

—Ya no tiene importancia, en serio.

La tenía, tanto que aún le costaba respirar cuando pensaba en Eric. Pero no había recibido ni siquiera un mensaje. No sabía cómo estaba. Y quería, Dios sabía que quería, a toda costa, saber de él. Saber cualquier cosa.

¿Estaba obsesionada?

—Si alguna vez quieres contármelo... —sugirió Leslie.

Abril asintió, comprendiendo lo que le estaba ofreciendo.

—No llores y ve a hablar con él. Me consta que tiene más cosas que decirte de las que dice.

Leslie abrió mucho los ojos.

—¿Qué?

—No voy a hacer de intermediaria.

Colocó las manos sobre sus hombros y la empujó hacia la salida.

—Ve.

—¡Por cierto! —exclamó ella de pronto—. Te debo un ejemplar de *Maus*.

Abril frunció el ceño.

—¿Me debes? Será que me lo tienes que devolver —corrigió.

—No, te lo debo.

—¿Lo has perdido? —preguntó Abril horrorizada—. Estaba lleno de *post it* y de notas y de láminas de dibujos que había hecho y...

—Lo siento mucho, Abril, es que no sé dónde lo he podido dejar. Lo he repasado mil veces y no se me ocurre.

Aquella noticia era lo último que le faltaba a la chica para alimentar el desastre en el que se había sumido.

—Da igual, compraré otro.

Eso, por lo menos, podía pagarlo con dinero, no así todo el contenido surgido de las lecturas que había hecho.

—Voy a llevar las carpetas.

—Vale —asintió Leslie—. Y Abril, perdóname por lo que haya hecho, por favor.

Le acarició dulcemente la mejilla, como solía hacer, le dio un beso fugaz y se fue. Lo hizo porque Leslie no sabía muchas cosas y sufría de una manera con la que Abril se sentía identificada.

Bajó por la escalera hasta la primera planta. Le hacía falta estirar las piernas.

Unos pocos minutos después, estaba en las oficinas de abajo.

—¡Sara lectora! —la llamó.

La chica, de ojos vivaces y sonrisa inagotable, la saludó con la mano.

—Pero, ¿por qué me llamas así?

—No sé, siempre que vengo te encuentro leyendo —explicó encogiéndose de hombros—. ¿Y Ode?

—Ha ido a recepción a recoger unos contratos que han llegado esta mañana. ¡Ah, mira, por ahí viene!

—¿Otra vez aquí? —preguntó la compañera de Sara—. Pero, ¿tan malo es lo que has hecho arriba que vienes a esconderte aquí?

—¡No vengo a esconderme! Ya veo que os encanta mi compañía, ¿eh? —se quejó.

—Mujer, no es que nos disguste...

—¡Eso me consuela, Ode!

—Entiéndenos, siempre estabas con la jefa, tampoco resulta tan extraño.

—¡Últimamente con el jefe! —apuntó Sara.

—Ya estamos. Pero, ¿qué os pasa a todos?

Les pasaba que no conocían el parentesco que había entre los dos.

—Encima que os he traído hasta galletas.

Ode se alejó de su mesa y cogió una de las galletas.

—Dulces y libros, ¡así sí! Podríamos hacerte un hueco aquí abajo. Aunque...

Ode y Sara se miraron entre ellas y dibujaron una sonrisa comedida en sus labios.

—¿Qué pasa ahora? —se quejó Abril con un suspiro retenido en la garganta.

—Nos parece más morboso que estés arriba con los jefazos, así podemos hacer hipótesis sobre tu vida.

—Pero, ¿qué soy yo? ¿Un mono de feria? Pensaba deciros que os vinieseis a tomaros algo con Loanne, Gustave y conmigo esta tarde, sin embargo...

Entrecerró los ojos simulando una mirada rencorosa.

—A mí me da igual, Gustave es un lameculos.

—¡Sara!

—¿Qué? Cuando haga bien su trabajo...

—No le hagas caso, es que el tipo insiste en pedirle citas.

—¿Gustave?

A Abril le salió un gallo al decirlo.

—Pero si es gay.

—Lo es —contestaron sus compañeras al unísono.

—No comprendo —se reafirmó la muchacha.

—Ni nadie —contestó Sara—. Pero vamos, que si nos quieres invitar, tampoco vamos a decirte que no por Gustave Pidécitas. Puedo soportarlo si hay algo rico de por medio.

—Ídem —concluyó Ode.

Abril asintió enérgicamente con una sonrisa.

—Os veo luego.

Salió del despacho algo más animada. ¿Qué estaba haciendo? No podía dejar que toda su vida, su rutina, se viese alterada por un chico. Era más que eso, se dijo. No dejaría que eso la definiese.

Además, todavía tenía reciente la conversación con su madre. No la había podido aplazar por más tiempo, y además por teléfono al principio, para que, finalmente, ella cogiese un vuelo de vuelta.

Habían llorado mucho, sin embargo, no había servido de nada, porque no podía entender lo que su madre le contaba. ¿A qué había tenido tanto miedo? Era capaz de perdonar que no hubiese sabido qué hacer con veinte años, pero no era capaz de comprender por qué cuando, años después, se había encontrado con Gaspard no había hecho algo para permitirles conocerse.

Quería a su madre, por encima de todo, no obstante, llevaban unos días hablándose con monosílabos. Había intentado no hacerle daño, ni con sus preguntas ni con las revelaciones. Porque explicarle que había conocido a su hermano, que este era su jefe y que se llevaban tan bien que asustaba, no era, quizá, algo que pudiese hacerla feliz, ya que parecía como si fuese a dejarla en pos de otra familia. Nada más lejos de la realidad.

—Abril.

Se giró repentinamente.

—Hola —saludó a su hermano con alegría—. Te estaba buscando Leslie.

Él sonrió sin mucho ánimo.

—Sí, tenemos una conversación pendiente, pero no te buscaba por eso —explicó.

—Me buscabas para echarme una bronca de tres pares de narices porque parece que esté de luto desde hace un mes, no me centro en el proyecto de Croila y Fiodor y piensas que ya está bien, que va siendo hora de espabilar y darme cuenta de que las cosas no se van a hacer, ni mucho menos, por sí solas.

—¿Y por qué iba a tener que decirte eso si ya te lo estás diciendo tú sola?

Se rieron un segundo.

—Te estaba buscando porque necesito que saques dos billetes de avión para Madrid.

—¿Y eso? —indagó.

—Tenemos que ir a recoger unos materiales y quiero ver a unos amigos de la universidad. Necesito que nos echen una mano con los paisajes.

—¿Tenemos?

—Tú y yo.

—¿A Madrid?

—Claro, y así aprovechas para ver a tu familia, ¿qué te parece?

Madrid estaba muy lejos de Valencia, pensó. Tendría que haberla consolado ese pensamiento, sin embargo, la llenó de una pena extraña.

—Está bien.

Al verla de aquella manera, Christopher no pudo negarle un abrazo que

gritaba en silencio, pero a voces.

Algunos compañeros se quedaron mirándolos. Habían estado muy pendientes de aquella relación que había surgido entre ellos justo cuando más alejados estaban Leslie y él. En algún momento lo sabrían. Mientras tanto no tenían por qué llamar la atención, sobre todo por Leslie, que aún seguía desconociendo el secreto y aquello podría hacerle mucho daño. Porque a Cris seguía importándole su tristeza, ¿verdad?

Había algo en sus ojos que a Abril la hizo dudar y la duda le provocó un escalofrío que no supo cómo interpretar.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—Lo estaré cuando ponga en orden todo este lío.

—Ojalá te refirieses al trabajo.

—Ojalá.

En ese momento, Abril supo que, quizá, Leslie acababa de perder al mejor hombre que podría encontrar nunca. Aunque, ¿qué podía decir ella si era su hermano y, además, uno muy bueno?

—Aquí me tienes, solo dime que ese viaje a Madrid no es una vía de escape —añadió.

—No —contestó rotundo—. Al menos no para mí.

Abril supo qué significaba aquello.

De los dos, pese a que corría la misma sangre por sus venas, ella siempre era la que parecía huir de las cosas que necesitaba solucionar, sobre todo, las que tenían que ver con esos sentimientos no identificados, como un ovni, que habían surgido prematuramente, pero que, en vez de irse, se quedaban y crecían aunque no hubiese ningún fuego ni indicio que los avivara.

¿Se estaba volviendo loca?

El subconsciente la traicionó.

—¿Me estoy volviendo loca? —preguntó en voz alta.

Cris la contempló.

—¿Por qué?

—Por echarle de menos cuando es evidente que él a mí no.

—Eso es lo que crees, no lo que sabes. Papá siempre decía eso —explicó—. La pregunta aquí no es si estás loca, sino si crees que hay alguna posibilidad de que él también te eche de menos.

—¿Basta una posibilidad entre un millón?

—Bueno, ¿no hace falta una sola posibilidad entre millones para que te

toque la lotería?

—Pero las probabilidades son nimias.

—Pues apuéstalo todo para que aumenten.

—¿Eso es lo que vas a hacer tú con Leslie? —preguntó con una vaga esperanza.

—No, cariño, creo que llevo mucho tiempo jugando esos números.

Le arremolinó el pelo, como si fuese una niña pequeña, y fue hacia el ascensor, dejándola de pie en el ruido hueco de las bombillas fluorescentes del vestíbulo. Dejándola con el pensamiento de que, quizá, en vez de haberse vuelto loca se había enamorado.

Después

Capítulo 24

Amontonar los libros de Francisco en una caja, como si nunca le hubiesen pertenecido, le provocó una aflicción impensable. Sabía que, en parte, se debía a la conversación que había tenido con Ricardo el día anterior. Aunque había esperado algún tipo de consuelo por parte su mejor amigo, lo cierto es que no lo encontró. De hecho, le pareció que le había provocado una decepción que no comprendía del todo. Y, pese a esto, seguía sintiendo un alivio indescriptible al pensar que seguirían ambos en casa cuando regresase esa noche.

Por mucho que se hubiese acostumbrado, no podía ni quería estar solo. Una pequeña parte de él se preguntaba si, acaso, esa oquedad que le latía en el pecho no era solo un síntoma de que, a toda costa, tenía que estar con alguien para alumbrar el desorden en el que parecía haberse quedado a vivir. ¿Y si Abril solo era una excusa para sentirse menos solo? Tal vez se autoengañaba y buscaba tener algo que ni deseaba ni se merecía.

Tomó asiento en el sillón reclinable que había junto a la mesa y, uno a uno, empezó a depositar los volúmenes de *Matar a un ruiseñor*, *Inés del alma mía*, *Ojos de perro azul*, *Aquí yacen dragones*, *La música del silencio*... Se dio cuenta, al leer los títulos, de que Francisco era un lector ávido e indiferente en cuanto a épocas y a géneros. Se preguntó por qué no quería dejar ese pequeño, y a la vez inagotable, patrimonio a sus hijos. ¿Por qué había decidido morir solo? ¿No merecía tener una mano amiga que lo sostuviese en esos últimos segundos agónicos y eternos?

Se frotó los ojos en silencio cuando se percató de que estaba llorando. Escondido entre sus manos, no se dio cuenta de que, sin más, tenía compañía. Alguien a quien no esperaba y a quien, sin embargo, necesitaba encontrarse, porque tenían que hablarse.

Por eso, cuando Laura tocó a la puerta entreabierta con los nudillos, Eric tuvo la seguridad, desgarradora y agarrotada, de que Abril no era una duda. No comprendió, no obstante, por qué se dio cuenta al ver la sonrisa de Laura y no en cada uno de los momentos compartidos con la chica que se había quedado muy lejos, pero muy dentro de él.

—¿Qué haces? —le preguntó ella.

Por extraño que parezca, ambos sabían que, con aquella pregunta, no se referían a los libros, ni a esa habitación deshabitada de hospital, donde solo se respiraba el aire estanco de alientos apagados y sábanas frías y estériles.

—No lo sé —contestó, limpiándose las últimas lágrimas.

De haber querido, no hubiese podido disimular, dado que se le habían enrojecido los ojos.

Laura se acercó a él e hizo algo que solía hacer cuando estaban juntos, quizá porque aún lo quería o porque nunca lo había visto de aquella manera. Sea como fuere, se acuclilló frente a él, apartó la caja de cartón y colocó sus manos sobre sus rodillas. Se miraron un instante y ella, finalmente, sonrió.

—Perdona lo del otro día. No pensaba realmente lo que te dije.

—¿Te refieres a que deseabas mi muerte o que me querías?

—A la primera —contestó ella, procurando no reírse.

Él aceptó la disculpa y también expresó la suya por haberla invitado a una cena en la que necesitaba consejo sobre su vida sentimental.

—Hemos estado juntos muchos años —explicó—. Creo que no sé cómo pasar sin tu consejo y tu opinión.

—Vas a tener que aprender a vivir sin ellos, Eric. Ya no puedo estar para ti, solo es la costumbre, se acabará pasando.

Eric le apartó el pelo de la cara y se le vinieron muchos recuerdos a la mente. Algunos muy buenos, otros llenos de discusiones. A pesar de que siempre pesan más los buenos, en este caso, había más desastre que orden.

—Llegará el día en el que te levantes y no sea la primera persona en la que pienses, te lo prometo —murmuró él.

—Creo que esa será la única promesa, de todas las que me has hecho, que acabarás cumpliendo.

Eric cerró los ojos y asintió, con una sonrisa llena de pena.

—Siento no haberlo hecho mejor.

Laura apoyó un segundo la frente sobre su rodilla, después levantó la cabeza.

—Quiero saber que harás lo que debes.

Eric emitió un suspiro profundo y un tanto desolado.

—No sé si quedan oportunidades para eso, pero acepto el consejo, más que nada porque me da la sensación de que será el último.

Laura se incorporó, le dio un beso cercano y cálido en la mejilla y se apartó un poco.

—No esperes a arrepentirte por no haberlo hecho mejor.

Antes de que pudiese darle las gracias, antes siquiera de poder despedirse en condiciones, como hubiesen hecho dos personas que habían compartido incluso el aliento, Laura se fue, a lo mejor porque todavía seguía despertándose por la mañana y su primer pensamiento seguía siendo para él.

Salir por esa puerta, y hacerlo con seguridad, era su manera de aceptar que nunca podrían recuperarse, que el tiempo no podía darles la oportunidad de haber hecho las cosas de manera diferente.

—Hacer las cosas mejor...

Miró los libros, volvió a leer algunos títulos al azar y seleccionó cinco, uno por cada hijo de su antiguo paciente. El resto los guardó en la caja y la cerró.

Aquella tarde, al regresar a casa, pasó por delante de la puerta de África. Llamó con los nudillos, una costumbre que no perdía, pese a que, muchas veces, nadie lo escuchaba.

Ella salió poco después. Llevaba entre las manos un fajo de hojas mezcladas.

—¿Te molesto? —preguntó al ver que le faltaba el aliento, sostenía el bolígrafo entre los dientes y llevaba puesta la camiseta del revés.

—Estaba corrigiendo —pronunció a duras penas hasta que finalmente se quitó el boli de la boca.

—Pues creo que necesitas un descanso, ¿eh?

—¿Solo yo? —inquirió ella con una ceja levantada a modo de ironía.

—Te traigo un regalo —contestó sin dar respuesta a la pregunta retórica de su vecina.

—Yo le digo que no tiene forma humana de conquistarme, pero él venga a intentarlo —habló ella, mirando de reojo la inmensa caja de cartón que había a los pies de Eric.

—Tienes razón, me desvivo por ti. De aquí a que nos casemos, hay un paso.

Se permitieron un segundo para reírse y, después, ella se agachó y le quitó la cinta de embalar la caja. Al abrir sus tapas, encontró casi cincuenta libros.

—Quiero hacer un donativo a la biblioteca. Están en muy buen estado y...

África lo contempló desde el suelo, donde se había sentado para poder extraer los ejemplares en el mismo porche.

—¿Te mudas?

—No, ¿por qué?

—No sé, estos libros, la amabilidad...

—¡Eh! ¿Qué quieres decir con eso? Yo siempre he sido amable, ¿esto es el colmo ya! —exclamó—. No son míos, son de un paciente del hospital.

—¿De un paciente... muerto? —preguntó con cuidado.

—¡No, joder, sigue vivo! —Suspiró—. De momento sigue vivo.

—¿Se los has robado? —siguió formulando ella con tono suspicaz.

—Pero, ¿qué dices? ¿Para qué iba a robarle los libros a un pobre hombre? —añadió él.

África se encogió de hombros.

—Entonces, ¿los dona él?

Eric hizo una mueca con la boca y la nariz.

—Me ha dicho que haga con ellos lo que quiera. He pensado que la biblioteca era una buena opción.

—Vamos, que no sabías cómo quitarte el muerto de encima y has dicho: «Para mi vecina y que se encargue ella».

—Joder, África, menudo ejemplo has ido a poner.

Ella se llevó repentinamente la mano a la boca.

—No quería decir eso, no... —negó—. De verdad que no lo pretendía —se disculpó—. Oye, a ti te gusta leer, ¿por qué no te los quedas?

—Son muchos y algunos de ellos los tengo.

—Vale, pues yo me ocuparé —afirmó ella.

—Te lo agradezco. Sé que le hubiese gustado —expuso.

—Menos agradecer con palabras y más cafés, vino y cenas —exigió con un dedo índice acusatorio.

—Lo que yo te diga, al final, bodorrio —apuntó Eric divertido por primera vez en todo el día—. Te veo después, o mañana o...

—Ve a descansar, anda, que pareces un zombie.

—Qué políticamente correcta eres, me tienes fascinado —ironizó él.

—La vida es demasiado breve para andarse con eufemismos y metáforas.

—Dijo la escritora.

—Tú a callar. Fuera de mi porche —señaló hacia su casa.

Eric bajó la escalera y la dejó guardando los libros nuevamente.

—Buenas noches, vecina.

—Son las siete de la tarde, pero lo que tú digas, vecino. —Fue la contestación que recibió.

Le guiñó un ojo y fue hacia su casa.

Abrió la puerta sabiendo que, por primera vez en mucho tiempo, habría alguien al otro lado. Ellos, que habían estado durante años y que llevaban otros tantos fuera, a unos cuantos kilómetros, pero más cerca que nunca.

Ricardo estaba trabajando en la mesa del salón, donde había colocado su ordenador, sus libros y carpetas. Le había puesto la casa patas arriba en menos de veinticuatro horas. Se preguntaba cómo podría convivir Dany con él.

—¿Qué hay? —preguntó.

Su amigo se ajustó las gafas y lo miró un segundo.

—Estaba enviando unos correos.

—¿Y tu mujer?

—En la habitación. —Una mirada más—. ¿Has hecho lo que te dije?

—No, Ricardo, no lo he hecho. ¿Entendiste algo de lo que te conté o te crees que esto es tan fácil?

—Muy bien. Voy a seguir trabajando.

Eric se rascó la cabeza. No entendía esa indiferencia a la que le llevaba sometiendo desde el día anterior.

—Menos mal que iba a ayudarme que vinieras —comentó.

—Estoy intentando ayudarte, pero no te dejas. ¿Qué quieres, que me tumbe a tu lado en la cama y te diga que todo irá bien? No eres un crío, Eric, espabila de una maldita vez.

Otra persona le había dicho eso mismo. Ella.

—Te recuerdo que te costó años dar el paso con Danielle. No sé por qué yo no puedo tomarme algo de tiempo.

Había empezado a elevar el tono de voz y Ricardo había echado la silla hacia atrás. Había estado a punto de ponerse en pie para liarse a gritos.

—No me compares, no tiene nada que ver una cosa con la otra.

—Efectivamente, no tiene nada que ver, porque tú estabas enamorado, por lo tanto, doblemente gilipollas.

Ricardo hizo un esfuerzo por serenarse y evitar zarandear a su amigo.

—Es verdad. Además, no es la única diferencia. Porque sí, puede que yo tardara en decírselo, pero, por lo menos, tuve agallas de reconocer que estaba, como tú dices, enamorado. No es una enfermedad contagiosa, puedes decirlo, no te vas a morir.

—¿Por qué tengo que decir algo que no siento?

Esta vez, Ricardo sí que frunció el ceño.

—¿No? En ese caso, ¿para qué demonios he venido hasta aquí?

—Hombre, no sé, tal vez porque eres mi amigo, ¿no te parece suficiente?

Estaban dando voces sin interrupción. Gritaban tanto que Rodolfo los miraba desde una esquina con la cola erizada y los ojos bien abiertos.

—Vale, en ese caso, venga, ponte algo bonito, vamos a disfrutar, tal vez ligues esta noche. Una más, ¿qué más da? Rubia, morena, pelirroja, rapada. Una, la que sea. No le preguntes ni el nombre, es una pregunta demasiado personal. Te la tiras y ya está.

Cerró el ordenador.

—Venga, vamos. No sé por qué tenemos que estar hablando de una chica que te importa una mierda.

—¡Cállate!

—¿Por qué? Mejor para ella que no te guste, así podrá conocer a un buen chico, alguien con quien ser feliz. A lo mejor ya tiene a alguien a quien querer y con quien puede acostarse a todas horas.

—Ricardo, te he dicho que te calles —ordenó nuevamente.

—No, hombre, si debe alegrarte, así no te llamará nunca, no tendrás que vivir con ese agobio. Puedes hacer y deshacer a tu antojo. ¿No ves que te beneficia? ¿Para qué querría alguien estar con una mujer que le hace reír y con la que tiene una química brutal? Eso es de gilipollas.

—¡Que lo dejes ya, maldita sea!

—Si yo lo dejo, Eric, no tengo ningún problema en olvidarme de esto. A ella también se la veía muy bien cuando vino a visitarnos con Christopher la semana pasada. Ni siquiera preguntó por ti.

Eric lo empujó con tanta fuerza que Ricardo tropezó con la silla y tuvo que apoyarse en el respaldo del sofá para no caerse.

Danielle había bajado corriendo al escuchar el ruido, había preferido no meterse en con discusión, pero aquello había ido demasiado lejos.

—¡Eh! —dijo Ricardo con una sonrisa—, que no te preocupes, si yo no voy a sacar más el tema, amigo.

—¡Que te den, Ricardo! —le gritó.

—¡Basta ya! —vociferó Dany cuando llegó a la puerta del salón—. ¿Qué está pasando aquí? ¿Estáis idiotas los dos o qué?

No contestaron.

—Ricardo, no le digas cosas que le hacen daño —lo riñó.

Este apartó la mirada.

—Eric, deja de comportarte como un niño de una vez.

—Solo le he dicho la verdad —musitó Ricardo.

—A medias, cariño —apostilló ella.

Al escuchar ese comentario, Eric volvió a mirarla y se dio cuenta de que Dany llevaba un sobre marrón entre las manos.

—Lo ha traído tu padre esta mañana —explicó al ver que no le quitaba los ojos de encima.

Se lo ofreció y Eric lo cogió sabiendo de sobra de qué se trataba, aunque ellos lo desconociesen.

—¿Qué es? —preguntó Dany, que se acercó un poco a él.

Ricardo se dejó caer en el sofá. Se estaba apagando el enfado a medida que veía cómo cambiaba la expresión en la cara de su amigo.

—Le pedí que buscara a alguien.

—¿A quién? —preguntó Ricardo.

Eric lo miró de soslayo, pero le contestó a Danielle, como si ella hubiese sido la que había formulado la pregunta.

—Al padre de Abril.

Danielle y Ricardo se miraron entre sí de esa manera tan cómplice, tan suya, que llevaban años compartiendo.

—¿Qué? —preguntó Eric, que no pudo dejar de darse por aludido ante la duda que ambos mostraron.

—Tal vez debas hablar tú con él, porque es evidente que a mí no me quiere escuchar —sugirió Ricardo.

—¡Es que tú no quieres hablar, gilipollas, tú quieres ponerme de mal humor! —bramó Eric.

—¿Tan cegado estás? ¿No te das cuenta de que estás de mal humor con todo el mundo? Que últimamente, Eric, siempre estás de mal humor. Pregúntate por qué y deja de creer que todo el mundo va en tu contra, porque eres tú quien te haces más daño. Los demás, por mucho que te cueste creerlo, solo pretendemos ayudarte.

Esas palabras lograron que Eric olvidase el encontronazo de un minuto atrás y dejase de gritar.

—¿Qué está pasando?

Danielle suspiró.

—Será mejor que te sientes y abras el sobre, después ya veremos.

Capítulo 25

Abrió el sobre esperando encontrar algo que pudiese acercarlo de nuevo a ella. Pero en el interior solo había un listado de nombres y números de teléfono.

—Todos los Manueles que estuvieron en Mallorca durante ese verano. Menuda investigación. Es verdad que no tenía muchos datos que pudiesen ayudar, pero esperaba algo más. A veces es más fácil encontrar a alguien en Facebook, joder. ¿Así cómo voy a ayudarla?

—¿Quieres ayudarla? —preguntó Ricardo, aún metiendo cizaña.

—¿Por qué no me dejas un rato en paz?

—Tengo una idea mejor —habló Danielle—, ¿por qué no me dejáis los dos en paz a mí?

Se hizo un silencio triple en la estancia, sin contar al gato, que lo observaba todo con absoluta concentración.

—¿Christopher fue a vuestra casa? ¿Por qué? ¿Están juntos? —preguntó poco después, apenas sin respirar entre una pregunta y otra.

—Eric...

Danielle dulcificó su nombre con una sonrisa. Le apenaba ver que su amigo era incapaz, a esas alturas, de reconocer que le importaba Abril, que había empezado a sentir algo que nacía de los minutos pasados juntos, pero también de todos los que querían compartir y ninguno de los dos se atrevía a declarar a viva voz.

—Has dicho que parecía feliz —susurró mirando a Ricardo en esta ocasión. Su amigo bufó y puso los ojos en blanco.

—¡Lo tuyo no es normal, tío! —exclamó—. Respóndete de una puta vez: ¿qué quieres?

Tanto Eric como Danielle sabían que era bastante difícil hacer perder la

calma a Ricardo. Rara vez decía algo malsonante, así que estaba realmente enfadado y Eric sabía, aunque aún no podía reconocerlo, que tenía motivos.

—¿Qué quieres? —insistió.

—Hablar con ella —contestó—. Quiero hablar con ella.

—¡Pues hazlo de una vez!

—Pero, ¿tú te oyes cuando hablas? Me estás diciendo que ha ido a veros con su jefe, con el que pasó la noche de la última vez que la vi, ¿y esperas que la llame y le diga qué?

Ricardo se puso en pie sin previo aviso, dejándolos un poco más desconcertados de lo que ya estaban.

—Bueno, ya está bien, ¿se lo dices tú o se lo digo yo? Porque esto me parece ya de estar haciendo el imbécil.

—Por fin te das cuenta —apuntó Eric.

—Tú te callas.

—Mientras esté en mi casa, no me voy a callar y...

—Cállate —dijeron Ricardo y Danielle a la vez.

—No echo de menos vivir con vosotros.

—Sí lo haces —contestaron de nuevo.

Dany miró a Ricardo.

—Díselo, aunque no es algo que tengamos que hacer nosotros, pero no aguanto más esta situación.

—¿Qué? No se irán a casar, ¿no?

—¿Cómo se van a casar si son hermanos, idiota? —dijo Ricardo sin pensar.

—¿Cómo?

—Christopher es su hermano por parte de padre, y no, no se llama Manuel, sino... —estuvo cavilando, pero no recordaba el nombre—, bueno, no sé, pero Manuel en todo caso no.

—Pero, ¿qué...?

Miró a Danielle porque creía que su amigo estaba gastándole alguna broma pesada. Ella asintió para hacerle comprender que aquello no era otra cosa que la verdad.

—Por lo visto, él la buscó y, cuando la contrató, ya sabía que era su hermana.

—Entonces, ¿la noche que pasaron juntos...?

—Ella ya sabía que era su hermano, Eric —explicó Danielle—. Por eso se quedó, y porque él le contó que te estabas viendo con su novia. Anda que tú

también...

¿Le había contado Ricardo esa parte de la historia a Dany o había sido Abril? Ya no importaba, al final, lo había acabado sabiendo.

—¿Y por qué no me lo dijo? —formuló con tono apesadumbrado.

—Quizá porque estaba dolida —ofreció su amiga.

—Son hermanos.

—Y preguntó por ti cuando estuvo en Madrid —añadió Danielle.

—Claro, son hermanos —repitió él.

—Pero, ¿a este qué demonios le pasa? Parece que se haya dado un golpe en la cabeza —observó Ricardo.

Dany le llamó la atención para que parase de atacarlo constantemente.

—¿Preguntó por mí? —habló de pronto Eric.

—¿Ves? —le dijo Ricardo a su mujer—. ¡Reacciona con retardo!

—Sí, preguntó por ti —contestó Dany ignorándole—. No creo que ella te llame, al fin y al cabo, eres tú quien te fuiste sin decir nada.

—¿Todo es culpa mía?

—De los dos, pero un poco más tuya, reconócelo.

—Pero si nos habíamos visto unas cuantas veces, ¿cómo iba a saber que había exclusividad? Di algo, Ricardo. ¿Ahora te callas?

—Yo digo lo que tú quieras, pero admite que hiciste cosas que no eran muy lógicas si no querías nada —le reprochó.

—Vale, sí, eso lo admito, pero que reconozca ella también que en ningún momento me dijo lo que sentía.

—¿No lo hizo? —preguntó Ricardo con las cejas levantadas a modo de recordatorio.

—¿Cuando estaba borracha no cuenta! —contestó Eric recordando lo que le había contado a Ricardo, el único, junto con él, que sabía lo que había pasado la noche en la que habían vuelto del bar, en Toulouse.

—Mira, ¿sabes qué te digo? Que hagas lo que te dé la gana —dijo Ricardo—. Yo me voy con mi mujer a cenar a Valencia centro.

—¿Y yo no puedo ir acaso?

—¿Para qué? ¿Para estar de morros toda la noche y no hacer otra cosa que repetir: «son hermanos»? —dijo poniendo voz de bobo.

—Ricardo, por favor —insistió Danielle.

—¿Qué? Dime que no tengo razón y me callo, pero sabes que la tengo, solo que tú le consientes demasiado y prefieres estar ahí, lamiéndole las heridas

como si fueses un niño pequeño.

—Idos a cenar, no quiero ser una mala compañía.

—Estupendo.

—¡Ricardo! —insistió Danielle.

Él fue hacia la entrada, cogió las llaves del coche de Eric y se las lanzó. Este las cogió al vuelo, un tanto sorprendido.

—¿Cómo de cansado estás? —preguntó.

Eric tardó un instante en reaccionar, pero después fue dibujando una sonrisa en sus labios que indicaba que había comprendido algo que Danielle no.

—Depende para qué.

—Para conducir unos seiscientos kilómetros —contestó su amigo con la misma sonrisa partícipe.

—Esperad, pero, ¿adónde vais? —curioseó ella, que se puso en pie de un salto.

—Eso, ¿adónde vamos? —preguntó Eric.

—A San Sebastián, a ver tu chica y a que le grites a ella que nosotros estamos hartos ya.

—¿Está en San Sebastián?

Ricardo asintió.

—¿Y tú cómo lo sabes? —indagó Danielle.

—Porque, tal vez, la haya llamado este mediodía, y puede que me haya comentado que estaba ahí, practicando kayak con su hermano.

—Te lo ha comentado, ¿eh?

Dany se acercó y le dio un beso en los labios que le recordó a los primeros que compartieron.

—Sabía que sería buena idea que vinieras.

—Díselo a él, no a mí.

Eric se acercó a Ricardo como un toro a punto de llevárselo por delante, sin embargo, lo abrazó con tanta fuerza que su amigo, aunque tardó unos segundos, no pudo evitar devolverle el abrazo con el mismo afecto.

—Gracias —le susurró.

—¿Y nada más?

—Y perdona por haberte empujado —contestó al separarse de él.

—Bien, porque necesito saber que eres capaz de mantener a raya tu rabia en todas las situaciones.

—Pues claro que lo soy, ¿a qué viene eso ahora?

—Bueno...

Danielle se colocó a su lado, él le pasó una mano alrededor de la cintura y ella sonrió abiertamente.

—Tengo que estar seguro, si vas a ser el padrino de nuestro hijo.

Eric lo miró con parsimonia. Después sus ojos fueron hasta Dany, quien no dejaba de sonreír y de pensar en qué estaría sucediendo en ese momento en la cabeza de su amigo.

De nuevo miró a Ricardo. Otra vez a Danielle.

—¿Qué?

—¿No te he dicho que está alelado?

Eric ignoró el sarcasmo insistente de su amigo.

—¿Vais a tener un bebé? ¿Uno de verdad?

Ricardo se frotó la boca porque no sabía si reírse o abofetearlo.

—Sí, uno de verdad, de los que lloran y respiran —explicó.

—Pero, ¿cómo?

—¡Hostias, pues si te lo tenemos que explicar a estas alturas, vamos apañados, chico! —dijo Ricardo riéndose—. ¿No se supone que eres enfermero?

—Estáis embarazados.

—Ven, Dany, cariño, siéntate, porque hasta que reaccione igual se nos hace de día —comentó él.

Danielle seguía riéndose. Aunque habían transcurrido muchos años desde la primera vez que los tres se habían lanzado a la aventura de compartir piso, continuaba teniendo la sensación de que esa primera noche que pasaron juntos acabaría siendo indestructible.

—Es un niño —manifestó.

—Uno de verdad —añadió Ricardo antes de que Eric pudiese preguntarlo.

Abrió los brazos como dos alas y los abrazó a un mismo tiempo y se le escaparon un par de lágrimas que, rápidamente, se convirtieron en una carcajada.

—¡Vamos a tener un bebé! —coreó.

—¿Cómo que *vamos*? —preguntó Ricardo.

Eric había cogido a Dany en volandas para darle un par de vueltas en el aire.

—Bueno, es como si fuera mío también —señaló mientras le tocaba la incipiente tripa a Danielle, que la había camuflado con una blusa ancha.

—Suyo también, dice.

—¿Y por qué no, a ver? —interpeló con los brazos en jarras.

—¿Será tuyo también cuando haya que cambiarle pañales, preparar biberones, se levante a media noche y tenga que ir a urgencias porque está enfermo?

Dudó un instante.

—Pues claro que sí.

—¿Entonces? ¿Quieres ser el padrino o no? —habló ella.

—Me ofende incluso que me lo preguntes, la verdad. Por supuesto que quiero.

Danielle dio un par de saltitos y se encaramó a él como había hecho unos días atrás. Después, entre susurros, dijo:

—Ahora vamos a buscarla.

—Oye, ¿quieres hacer el favor de soltar a mi esposa y a mi bebé?

—Tu esposa y nuestro bebé —corrigió Eric.

—Este está flipado, en serio te lo digo, tiene un problema muy grave. ¿Era así hace un tiempo?

—Está estresado.

—¿Qué estresado ni qué estresado? Tiene ojos de loco, míralo, por favor.

—Es euforia.

—Es locura, Dany, es locura.

—¿Queréis hacer el favor de dejar de hablar de mí estando a tres centímetros de vosotros?

Se miraron un segundo a tres bandas y se echaron a reír después.

—Vámonos. Son varias horas de trayecto.

—Cogeré comida —anunció Danielle—. Un viaje como los de antes, ¿os acordáis de cuando nos fuimos el último año de carrera a Portugal?

—Ahora no hay tiempo, rápido, coge unas galletas y andando. Y agua, y un par de jerséis y...

Ricardo le dio una colleja.

—¿Quieres dejar de darle órdenes a una mujer embarazada?

—¿Quieres no tratarme como si fuese incapaz de hacer nada por mi propia cuenta? —le gritó Dany desde la cocina. A continuación, se asomó por la puerta y señaló a Eric con el dedo—. Y tú, deja de chasquear los dedos y muévete. Y date una ducha o algo, apestas a suero y a jabón de hospital.

—Eso.

—¡Cómo va a agradecer ese niño tenerme de padrino, porque unos padres como vosotros lo exasperarán! —aseguró mientras se dirigía hacia la escalera.

Peldaño a peldaño, se dio cuenta de que aquel día volvía a recuperar parte de la felicidad que había ido perdiendo sin darse cuenta. Regresaba a cuentagotas, pero también como un rayo, como un trueno, impactando de lleno en él y en esa forma en la que había comenzado a latirle el corazón al escuchar su nombre con la esperanza de volver a pronunciarlo.

Fue al dormitorio, se desnudó sin pensar demasiado, cogió una muda de ropa limpia y, antes de perderse en el baño, extrajo del primer cajón de su mesita el ejemplar de *Maus* que se había llevado del hotel cuando había quedado con Leslie. No sabía por qué ella se lo había llevado.

Abrió la tapa y vio, en azul intenso, perfectamente escrito en la solapa:

Abril

Capítulo 26

La fría mañana de San Sebastián amanecía con los tres apoyados en el capó del coche bebiendo café recién comprado y comiendo sin comer, a pequeños mordiscos. Ninguno se atrevía a bromear con aquella vez cuando, en el colegio, le hicieron de carabinas a Eric para que consiguiera una tarjeta de San Valentín de la chica de la clase de al lado.

Esta vez era distinto, ganaría o perdería mucho más que un trozo de papel desdibujado en letras de amores añiñados. En esta ocasión, habría disculpas, confesiones, verdades que descubrirían mentiras calladas. Ahora, después de todo, ya no había tiempo para jugar a ignorar lo que sentía.

En la bahía de la Concha habían estacionado el coche. Eric miraba hacia el mar, hacia su tranquilidad, tan distinta de la de la playa de su casa, tan acogedora, tal vez porque sabía que a pocos metros, en Alo Kayak, estaba ella.

¿Querría verlo? ¿Hablar con él? ¿Escucharlo? ¿Explicarse? ¿Podrían ser, durante unos minutos, libres de reproches y del tono cruel en el que se habían hablado la última vez?

¿Y luego? ¿Qué pasaría?

Ricardo le dio un codazo de pronto.

—Ahí está.

Señaló hacia el paseo, donde una pareja, Christopher y Abril, caminaban con el kayak a cuestas y un neopreno puesto.

—¿Qué hago? —le preguntó.

Ricardo le pasó el brazo alrededor de los hombros.

—Has conducido toda la noche y querías hablar con ella, así que eso es lo que tienes que hacer: ir y hablar. Intentarlo, porque el no ya lo tienes y no lo quieres, ¿verdad?

—No.

—Pues entonces, sé valiente.

Él asintió después de tragar saliva. Nunca había estado tan nervioso como aquella vez.

Danielle le ofreció su mejor sonrisa y el consuelo más necesario en aquel momento.

Eric se estaba yendo ya cuando Ricardo le llamó la atención.

—Deja de negarlo.

Él comprendió a qué se refería. Volvió a asentir, aún serio, y echó a andar de nuevo. Tenía que alcanzarla y llamarla, nada más. Algo tan fácil y tan complicado al mismo tiempo.

Al principio, anduvo más despacio de lo que era necesario para llegar a su lado. Sin embargo, sus piernas, como todo su cuerpo, lo empujaron hacia ella.

—Abril.

Pensó que su nombre saldría como un susurro, pero fue contundente, tanto que ella se detuvo para darse la vuelta después.

Cris también imitó los movimientos de su hermana.

—¿Eric?

Pronunció su nombre como una pregunta porque era la última persona a la que había esperado encontrarse aquella mañana cuando había salido del hotel.

—¿Qué haces aquí?

—¿Podemos hablar un momento?

Eric miró en la dirección de Christopher, creyendo que, tal vez, le asestaría un puñetazo, en primer lugar por su novia y en segundo por su hermana, o al revés, no lo tenía claro. Pero, en vez de eso, dejó su kayak en el suelo, tomó el de Abril, desconcertándola, y le dijo:

—Ve, te espero por aquí.

No dijo nada, hubiese querido encontrar el modo de oponerse y mentir, decir que no quería hablar con él, pero, ¿hasta cuándo seguiría autoengañándose?

Solo cuando se alejó de Cris vio lo que sostenía Eric debajo del brazo.

—¿Es mi ejemplar de *Maus*? —indagó con el ceño fruncido.

—Sí —contestó, pero no se lo devolvió.

Ella tampoco se lo pidió.

—¿Damos un paseo?

—Está bien.

Abril cruzó los brazos sobre el pecho. De repente tenía frío.

Eric la miraba cada pocos pasos, estaba más delgada, llevaba el pelo un poco más largo, con el flequillo más tupido y la sonrisa desaparecida.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace veinte minutos. Dany y Ricardo están ahí —señaló hacia donde estaba el coche.

—¿Has venido conduciendo?

Movió la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Por qué has conducido una noche entera? —preguntó ella.

—Porque quería verte.

Abril se detuvo un segundo, inclinó la cabeza hacia un lado, miró un instante al suelo y después negó con la cabeza.

—¿Qué? —preguntó él con la humedad en los huesos y en los labios entreabiertos.

Abril obvió una verdad, se calló que había sido ella quien había llamado el día anterior para que Ricardo le diese la dirección de Eric.

Necesitaba verlo, pero no sabía si iba a encontrar el coraje para hacerlo.

Pero ahí estaba él.

—No, nada, estaba pensando —respondió.

Volvió a andar y él a su lado.

—No solo quería verte —añadió pocos segundos después—, también quería hablar contigo.

—Pues aquí estamos, tú y yo, hablando —susurró ella.

—Pero todavía no estamos diciendo nada, Abril, y yo quiero decírtelo todo —la cortó enseguida—. Quiero decirte que no tengo una explicación a mi comportamiento de estos meses, quiero decirte que no voy a caer en el tópico de *yo soy así*, porque, aunque suene también a lo típico, te prometo que no soy ese. No sé quién soy, todavía no, pero cada vez que estaba contigo, lo tenía más claro y...

Las olas rompían con fuerza contra las rocas. Parecía que no iba a ser un buen día para echarse a la mar. Un mar que podría engullirlos.

—No me acosté con ella, no tuvimos nada más allá de... —No buscaba decirlo en voz alta, pero era mejor aclararlo todo.

Ni siquiera se habían dado cuenta de que, una vez más, se habían parado en medio del paseo marítimo. El uno frente al otro, viéndose por primera vez tal y como eran.

—No tienes por qué decírmelo. En el momento, me enfadé, pero después me di cuenta de que tenías razón. No estábamos juntos, no nos debíamos nada — declaró ella.

—Sí, nos debíamos sinceridad, todo el mundo se la debe, por muy dura que sea. Ni yo te la ofrecí ni tú llegaste a concedérmela del todo.

—Estoy de acuerdo —concedió Abril.

Eric se agarraba a las tapas de la novela gráfica con tanta fuerza que sentía dolor en los dedos.

—Por si te interesa, que no lo sé, lo que pudiste imaginarte que pasó con Christopher es, más que improbable, imposible.

Eric sonrió al ver cómo se ruborizaban sus mejillas. No iba a dilatar ningún sufrimiento. Podía hacer las cosas mucho mejor. Hacerlo bien.

—Sé que es tu hermano, y lamento haberme comportado como un energúmeno y haber dicho que eras una hipócrita.

Abril abrió los ojos y arqueó tanto las cejas que se le desencajó la expresión.

—Danielle —concluyó—, y Ricardo, claro.

—Los mismos de siempre.

Ambos sonrieron.

—No se les puede contar nada, lo largan todo, ya lo irás aprendiendo con el tiempo, cuanto más los trates, más te darás cuenta.

—No es culpa suya, tendría que haberte dicho que éramos hermanos y no haberte dejado creer lo que no era.

—También coincido en eso —afirmó él.

—¿Es cosa mía o se nota demasiado que hemos firmado una tregua?

Eric sonrió ampliamente, hasta que se le dibujaron todas las arrugas de las comisuras de la boca y de las mejillas.

Abril las había echado de menos.

—No debí irme como lo hice aquel día, sin hablar, después de habernos peleado y haber hecho el amor —siguió diciendo.

—No, aunque yo también podría haber hecho algo para ponerme en contacto contigo, aunque, si he de ser sincera, me daba miedo.

—¿Por qué?

—Por si no me contestabas, por si no querías verme o por si querías y al final no sabríamos qué hacer.

—¿Qué hacer con qué?

—Con Toulouse, con España, con los kilómetros que nos separan —explicó ella, con el corazón en un puño, los ojos acuosos, mordiéndose el labio y apartando la mirada de Eric a ratos.

Él dio un paso al frente, extendió un brazo y le rozó la mejilla, caliente, con el dorso de la mano.

—Solo nos separa una noche.

Ella retuvo su mano cerca de su piel con la suya propia.

—Y estoy dispuesto a recorrerla las veces que haga falta con tal de poder decirte que quiero y necesito que me perdones. Quiero y necesito, Abril, que me digas, aquí y ahora, mirándome a los ojos, que no tendré que irme al final de la mañana, que podré quedarme a contarte todo lo que no me he atrevido hasta ahora. Por favor, ¿puedo quedarme?

Ella tragó saliva antes de contestar:

—Sí, quédate.

Él le acarició el pelo con ternura y la atrajo hacia sí con un abrazo sosegado y desesperado a un tiempo.

Abril apoyó la cabeza en su hombro durante un segundo y encontró un alivio incomparable en la afabilidad y el cariño que desprendía el cuerpo de Eric, que le parecía más desnudo que en cualquier ocasión anterior.

—¿Por qué te llevaste el libro? —le preguntó.

—Porque vi que era tuyo. Fue en mi tercer viaje. No sabía adónde ir porque quería verte. No podía pensar y creí que me vendría bien hablar con alguien, aunque fuese de cosas sin importancia.

—Fuiste a ver a Leslie.

—Lena estaba trabajando y no sabía qué hacer. Me había entrado ansiedad... No pasó nada. Absolutamente nada.

—Olvidalo ya —le pidió más que ordenó.

—Estaba encima de la mesa. Le eché una ojeada y vi que habías escrito tu nombre, que estaba lleno de anotaciones y recortes y sentí un impulso. Me fui sin despedirme y me lo llevé, sin más.

—Lo robaste.

—Sí, podría decirse que sí.

Sonrió para restarle importancia al asunto.

—No me he disculpado con Leslie todavía, y creo que tendré que hacerlo con tu hermano, o, de lo contrario, jamás podré...

Se detuvo antes de decirlo, aún no, un poquito más, merecía unos minutos

más para hallar las palabras adecuadas, aunque ninguna se lo parecían en aquel momento único e intransferible.

—Ya no están juntos —le contó Abril.

—¿Qué? ¿Por aquello? No pretendía...

—No, venía de mucho antes. Estaban arrastrando algunos problemas que no tenían solución, aunque se querían tanto que lo hubiesen intentando de todas las maneras posibles.

—¿Y qué va a pasar con el estudio? —preguntó, cayendo en la cuenta.

—Mi hermano quiere romper con todo, cosa que entiendo, porque no hay nada que no le recuerde a ella, y no creo que quiera, por el resto de su vida, ir a trabajar a un sitio que lleva el nombre de los dos.

—¿Entonces?

—Va a venderle su parte. Por lo visto llevaba tiempo pensándolo, por eso, cuando vinimos a Madrid, estuvo hablando con unos amigos suyos y ha decidido asociarse con ellos.

—Es un hombre decidido tu hermano —comentó Eric.

—No creo que haya habido nunca alguien que haya querido más a una mujer de lo que él ha querido a Leslie, pero no era feliz.

—No tienes que darme explicaciones. Es su vida, al fin y al cabo, sería el colmo de los colmos que no pudiera tomar las decisiones que le hiciesen feliz.

—Sí, eso mismo le dije yo —convino ella.

—¿Y tú? ¿Vas a quedarte a trabajar con Leslie o con él?

Abril cogió aire, se llenó los pulmones del gélido oxígeno mañanero, hasta que le dolieron.

—No sé qué haré, porque, la verdad, no tengo ni idea de dónde está mi lugar. ¿Te ha pasado alguna vez?

Él asintió con calma y algo de pena por la angustia de ella.

—Voy de un lado a otro. Acabo de descubrir quién era mi padre, que mi madre me mintió durante años, que la pareja a la que admiraba era infeliz, que Christopher es mi hermano, que mi padre adoraba San Sebastián, que me gusta pasar tiempo con mi familia materna, pero también quiero conocer a mi familia paterna, aunque no quiero hacerles daño con mi presencia... Soy demasiadas cosas distintas.

Y omitió que también era parte de él, de los besos y de las sonrisas.

—¿Sabes que mi nombre surgió aquí? —preguntó sin más para cambiar de tema.

—¿Sí? Creía que en Mallorca, aunque bueno, a estas alturas ya...

—En Mallorca a medias —aclaró ella—. Mi tío paterno era poeta. Escribió un poema que se titulaba «Abril», unos meses antes de morir. Mi padre nunca lo superó, así que se prometió que si tenía una hija la llamaría Abril.

—Llevas el nombre de un poema.

—Llevo toda una historia por nombre, sí —se rio ella—. Y mi madre le hizo ese regalo, pese a que decidió que nunca lo conocería, ¿por qué hizo algo así?

—¿Se lo preguntaste?

—Sí, ¿y sabes qué me contestó? —Eric negó con la cabeza, aunque no era una pregunta a la que hiciese falta contestar—. Que lo quería. Se enamoró de él en esos pocos días. ¿Crees que eso puede ser?

—¿Enamorarse de alguien en tan poco tiempo?

—Sí —respondió ella.

La miró de hito en hito y pensó en él mismo.

—¿Por qué no? ¿Acaso los sentimientos siguen alguna norma?

—No, supongo que no —reconoció—. Solo que, todavía, me sigue pareciendo extraño.

—Es normal, te han puesto la vida del revés y ahora tienes que encontrar la manera de acostumbrarte y adaptarte.

—¿Y si no lo consigo? Lena va a acabar su año de prácticas y le han ofrecido irse a París, no quiero volver a casa, pero tampoco sé hacia dónde tirar... Y no sé por qué te estoy contando esto.

—Ven —le dijo él.

Ella dudó al verle abrir el brazo.

—Ven, no seas tonta.

—Ya tardabas en decirme cosas bonitas.

—¿Cómo no iba a hacerlo con la madre de mi gato? —preguntó, demostrándole así que, como le había confesado hacía unas semanas, recordaba aquella noche.

Abril se acercó y dejó que la envolviese en ese semiabrazo.

—Quiero que nos lo contemos siempre todo, lo bueno y lo malo.

Ella se vio eclipsada por esa declaración de intenciones, porque se precipitaba hacia lo que estaban aplazando con premeditación y alevosía.

—¿Sabes dónde me gustaría estar ahora mismo?

—¿Dónde?

—En la noria de Toulouse —expuso ella.

Pensó en cuando habían subido juntos, cuando le había confesado que hubo un tiempo en el que le daban miedo las alturas y ella no entendió cómo había podido superarlo. Él se había limitado a sonreír y a decir que los miedos siempre se los había quitado la gente a quien quería. No lo entendió, pero comenzaba a creer que sabía, por fin, a qué se refería, al fin y al cabo, si estaba ahí esa mañana debía de ser, indudablemente, por esa gente, por ese amigo, el único que sabía dónde se encontraba.

—¿Por qué?

—Porque es el único sitio en el que me he sentido bien en mucho tiempo.

—¿Quieres saber cuál es el mío?

Abril emitió un sonido gutural que no era otra cosa que un sí.

A Eric se le había acelerado el pulso, sentía que, de repente, se ahogaba, pero no iba a dejar que, en ese momento decisivo, los nervios le jugasen una mala pasada. Tenía treinta y tres años y ya estaba harto de que todo el mundo le recordase que había dejado de ser un niño. ¿Hasta cuándo iba a permitir que fuesen su familia y amigos los que cuidasen de él? Sus mejores amigos iban a ser padres, iban a cuidar de otro ser humano, serían responsables de él. Debía aprender a ser el hombre que era para otras cosas.

La acercó un poco más a su lado.

Llevaba varios minutos callado, así que Abril habló:

—¿Y bien? ¿Cuál es ese sitio?

Lo miró por encima de sus pestañas y él le dijo mirándola a los ojos.

—Cualquier lugar en el que pueda decirte que me he enamorado de ti.

Capítulo 27

Antes de entrar a su turno de la mañana, pasó por Correos para dejar los cinco sobres con sus correspondientes libros y unas notas escritas de su puño y letra. El día anterior había sido el más intenso de todos cuantos había vivido. Sin miedo a decir, sin temor a recibir una negativa, porque lo tenía claro desde hacía tiempo, pero ahora, además, había tenido el coraje de admitirlo en voz alta.

La quería. Sin ninguna objeción y sin dudas.

El corazón, y algo más profundo, no le permitieron vacilar cuando, finalmente, le dijo a Abril que se había enamorado de ella, que no sabía cuándo ni qué le había empujado a quererla de aquella manera. Era algo superior a él y a las circunstancias propias de cada uno.

Y ahí estaban, con esas palabras pronunciadas sin titubeos, mirándose, deseando, en silencio, estar, quizá, lejos del alcance de la gente y de su visión, en algún lugar donde quedase solo la intimidad y las ganas de expresar lo que sentía de todas las maneras posibles.

Pero, ¿y ella?

Estaba tardando demasiado en contestar, pensó Eric.

—No puedes haberte enamorado de mí —dijo finalmente.

—Créeme cuando te digo que no hay nada que tenga más claro que eso —aseveró él—. Y necesito saber si sientes lo mismo o solo soy yo.

—¿Cambiaría algo que te dijese que sí?

Abril, en vez de parecer feliz, semejava como si hubiese recibido la peor noticia de su vida.

—¿Estás de broma? Lo cambiaría todo.

—¿Cómo? Tú tienes tu trabajo, tu familia en Valencia. Yo el mío en Toulouse, de momento, y mi familia desperdigada. ¿Qué haríamos con todo eso? ¿Quién renunciaría?

Las preguntas y el pánico comenzaron a agolpársele en la boca en forma de preguntas.

—Eh, escúchame, respira —habló él.

Le apartó el pelo del rostro y ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Nuestros trabajos, nuestras familias, todo eso es parte de nosotros, de nuestras vidas individuales, pero podemos encontrar la manera de que coexistan en un punto donde podamos estar los dos.

—¿Y cuántas noches conducirás para que nos veamos durante unas pocas horas?

—Las que hagan falta, hasta que encontremos el modo —concluyó—. Aunque —se apartó un poco— todavía no me has dicho qué sientes, solo has planteado una hipótesis.

Se limpió, muy rápido, las lágrimas que la habían delatado.

—Pues claro que te quiero, tanto que sé que esto nos destrozará. No puedo pedirte que renuncies a nada, pero tampoco puedo negar que quiero que te quedes, aquí o donde sea que vaya. Y eso es egoísta. Por eso...

La alegría que había sentido Eric al escuchar las primeras palabras se disolvió al escuchar las últimas.

—¿Por eso qué? —preguntó después de dejar caer el brazo a un costado.

—Por eso creo que esto es imposible.

—¿Aunque nos queramos? —insistió él.

—Sobre todo porque nos queremos, ¿no lo entiendes? Acabaremos recriminándonos cosas, como esa mañana en la cocina. Discutiremos porque no nos vemos suficiente. Tú querrás estabilidad, yo también la querré, pero tú creerás que menos, porque soy más joven, porque eso implica, obligatoriamente, que tengo las ideas menos claras. Y después acabaremos haciendo el amor en cualquier parte, de cualquiera manera. Nos hablaremos, no lo haremos. Habrá tiempo de silencio y tiempo de reconciliaciones, que nos pesarán el triple porque aplazaremos las conversaciones por estar demasiado lejos.

—Entonces —dijo Eric—, ¿vas a conformarte con presuponer lo que va a ocurrir? ¿Ya está? Después de todo, ¿esto acaba aquí?

—Eric...—le rogó ella—, sabes que tengo razón.

—¡No, no la tienes! Esas son las cosas que les pasan a los demás. Tienes miedo, es normal, ¿te crees que yo no estoy asustado ahora mismo? Me ha temblado el pie sobre el embrague durante seis horas pensando en qué te diría, cómo podía empezar esta conversación, que, como tú has dicho, hemos postergado, pero no volverá a ser así.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sabemos, pero te prometo, Abril, que haré lo imposible para demostrarte que solo depende de nosotros ser felices.

Ella negó con un movimiento constante de cabeza. No se explicaba cómo Eric podía ser tan crédulo. Había visto fracasar todas las relaciones que había a su alrededor: su madre con su padre, su padre con su mujer, su hermano con su novia... Solo quedaban Danielle y Ricardo, pero ellos eran la excepción. Para ellos no sería tan fácil, y ella quería estar...

Dejó de pensarlo y lo verbalizó.

—Yo quiero estar contigo, que pasemos tiempo juntos. No he dejado de pensar en ti. Han sido unas semanas espantosas, no podría soportarlo otra vez, Eric.

—Está bien, puedo adaptarme. Podemos dejar mi casa para las vacaciones de verano, me iré contigo a Toulouse o la Cochinchina.

—No, ¡no! —negó ella—. No puedes hacer eso, es tu vida...

—Pero, ¿cómo puedo hacerte comprender que quiero compartirla contigo?

—¿Y si no funciona? Lo habrás dejado todo por mí y...

Eric cerró un segundo los ojos para coger aire. Habían empezado a elevar el tono de voz y algunas personas que pasaban por su lado los miraban de refilón.

—Ya entiendo —dijo él finalmente—. Da igual lo que te diga o lo que haga, ¿verdad? Tú lo tienes claro.

Abril apartó la mirada, no podía soportar renunciar a él de esa manera. Lo quería como nunca sabría ni podría volver a querer a nadie, sin embargo, le atemorizaba que ese amor los arrollara y consiguiese que se odiaran.

—Toma.

Le dio el ejemplar de *Maus*, que ella cogió con manos trémulas, enrojecidas de tanto apretar los puños.

—Será mejor que me vaya.

—Eric, por favor —le pidió, pese a no saber qué estaba rogándole exactamente.

—Y habla con tu madre, perdónala, es la única persona que siempre, pase lo que pase, estará a tu lado. Todo lo demás, por lo visto, es prescindible.

—No digas eso —murmuró, con los ojos llenos de lágrimas y la boca temblando—. No digas eso —repitió—, te lo ruego.

Él se aproximó un poco a ella, le dio un beso casi imperceptible en la frente y echó a andar en dirección contraria.

—Eric, espera, no te vayas así.

Pero él no se dio la vuelta esta vez. Siguió andando, reprimiendo las ganas de correr y huir cuanto antes de la sombra que había quedado a sus espaldas.

Abril permaneció inamovible, llorando ante los ojos confundidos de quienes pasaban por su lado.

Los días siguientes no hubo consuelo para el estado de ánimo de Eric. Los chicos se habían ido el domingo y ya era jueves, uno entre tantos. Cada uno continuaba con su vida, y la suya estaba carente de muchas cosas.

Habría renunciado a su casa y a su trabajo por ella, a la proximidad de su familia, a toda su vida, sin embargo, ni siquiera eso le había parecido suficiente como prueba de que la quería.

Quizá el amor no estaba hecho para él.

Después de tanto tiempo, había acabado enamorándose de una mujer que le correspondía y con la que, no obstante, no podía estar. ¿No era absurdo?

Danielle, para colmo, le enviaba mensajes diarios en los que parecía que le daba el pésame, casi literalmente. Contestaba a ellos estoicamente, pero hubiese dado cualquier cosa porque no le preguntase si estaba bien. ¿No era evidente que no? ¿Tenía que pegarse un cartel en la frente?

—Tengo resaca de enamorado —le había dicho a Ricardo cuando se fue.

Su amigo podría haberse reído o, como los días anteriores, haber dicho cualquier cosa que le hiciese parecer ridículo. Pero eso se había acabado, así que se limitó a darle un abrazo y a decirle que se escapase a Madrid en cuanto tuviera un hueco y que él también iría a verlo.

—Ya sabía yo que os amabais —había bromeado Danielle.

Ricardo había sonreído, porque, ahora que su amigo había hecho todo lo posible por ser feliz, ya no podía seguir lidiando con él. Todo lo demás escapaba a sus posibilidades.

Abril le había calado hondo y no estaba seguro de que fuese a ser un duelo

precisamente corto el que pasaría Eric.

Se dirigía al ascensor para marcharse a casa cuando se abrieron las puertas. Miró al frente sin esperar encontrarse con aquella estampa.

Un hombre, rodeado de cinco personas más, lo miraba con un cariño impagable.

—Justo a ti iba a buscarte.

—Francisco, pero, ¿qué hace aquí? ¿Se encuentra bien? ¿Le traigo una silla?

—Déjate de sillas, muchacho.

Salió del ascensor, seguido del resto de gente.

—Pensándolo bien, vamos a sentarnos ahí, anda, que tengo ya el féretro abierto y no estoy para muchos trotes.

—Papá, por favor —dijo una de las mujeres.

Eric enarcó las cejas y miró a su antiguo paciente sin disimular.

—Venga, no finjas que te sorprendes, si les has escrito tú.

—¿Son sus hijos? —preguntó—. ¿Todos sus hijos?

—Todos ellos, aquí, viéndome morir porque andas por ahí enviando cartas y libros, ¿con qué permiso?

—Papá, ya está bien —habló uno de los hombres en esta ocasión—. ¿A qué has venido? ¿Te acuerdas?

—No me muero de Alzheimer, me muero de cáncer, pues claro que me acuerdo —contestó—. Mira, Eric, he venido a decirte cuatro cosas, siéntate aquí, anda.

—Ya me imagino lo que me va a decir, Francisco: que la próxima vez no me meta donde no me llaman. Es una fea costumbre que llevo cultivando desde hace mucho tiempo.

—Bueno, pues si ya te lo has dicho tú...

Colocó el bastón y se puso en pie.

—¡Por Dios, papá! —intervino el menor de sus hijos.

—¡Vale, vale! Soy un moribundo, no me grites —le regañó—. Eric, eres un metomentodo, sí, pero te doy las gracias, muchacho, por haberme hecho este último regalo.

Eric tardó un poco en reaccionar, después se puso en pie con la emoción a flor de piel y le dio un abrazo al hombre que, sin saberlo, también le había dado una oportunidad a él: la de hacer lo correcto.

—Lamento que no hayamos podido hacer más.

—¿Veis como ya me da por muerto?

—No insinuaba eso, por Dios Santo —exclamó él.

—Ya lo sé —contestó Francisco divertido—. Ya lo sé. —Le dio una palmadita en el hombro—. Voy a pasar el día con mis hijos y a recordar que, por ahora, sigo vivo, y mientras eso sea así, tengo que vivir. Es una obligación.

—Me alegra escucharle decir eso y verle con su familia.

Se despidió del hombre y de sus hijos, que le agradecieron las cartas y la información, ya que, de otro modo, jamás se habrían perdonado haber perdido a su padre sin verlo ni despedirse.

Permaneció ahí, esperando el siguiente ascensor y preguntándose si, acaso, esa también no era una muestra de amor. Puede que él no estuviese hecho para el romanticismo, para formar una familia y tener hijos, como lo había hecho Francisco. A lo mejor debía aceptar las cosas que tenía y alegrarse por ello, disfrutarlas y darse cuenta de que, en muchos aspectos, era un hombre afortunado.

Un hombre afortunado que estaba lejos de la mujer que amaba.

Capítulo 28

Las semanas volaron entre quedadas con los amigos, horas de quirófanos y curas, noches en vela —algunas leyendo y otras mirando al techo— y comida que se enfriaba en las sartenes porque se olvidaba de comérsela. Pero volaron: dos, tres, cuatro, cinco... Y cada ola que escuchaba romperse en la playa le recordaba a San Sebastián.

A partir de la sexta, empezó a aceptarlo, a darse cuenta de que debía enterrarse con ese sentimiento y seguir viviendo mientras tanto. Empezó a ocupar cada segundo de su tiempo, así evitaba pensar en ella o sentir la tentación de enviarle un mensaje al que nunca contestaría. Probablemente habría borrado su número del teléfono.

La séptima y la octava fueron semanas de altibajos, de bipolaridad. De repente estaba feliz y sin más volvía a no querer saber nada del mundo.

A la novena comenzó a comer, aunque seguía cocinando demasiado. Seguía siendo uno.

La décima alguien le etiquetó en una foto en Facebook. Era de la boda de Danielle y Ricardo. Abril salía en una esquina. Se borró la cuenta.

Doce semanas después, empezó a salir a correr todas las mañanas, incluso cuando llovía, que eran pocas veces porque el Mediterráneo atravesaba una época de sequía preocupante.

Trece, catorce, quince semanas...

Quince semanas sin Abril. Parecía que estuviese contando el tiempo sin ella.

Aquella tarde, cuando se cumplían las quince, salió a comprar. No necesitaba nada en concreto. Era una excusa para entretenerse y no escuchar su voz en el silencio de la casa.

Pasó una hora en el supermercado. Echó de todo al carro: helados,

verduras, un tinte violeta, varios rollos de papel higiénico, unas palomitas, champú de varias clases, unas cucharitas de plástico. Le servían para poco todas esas cosas, pero, ¿qué más daba? Lo pagó todo religiosamente y se fue.

Aparcó el coche frente a su casa y entró por la puerta lateral, que daba a la cocina. Depositó la compra aleatoriamente en un sitio y en otro, sin importarle demasiado si encontraría o no alguna de esas cosas. Dejó el helado fuera, cogió una cuchara y apagó la luz de la cocina para encender la del pasillo. Le quitó la tapa al bote y comió la primera cucharada.

Apagó la luz del pasillo y encendió la del salón. ¿Desde cuándo era tan grande esa casa?

Cuando encendió la luz del comedor, alguien en su porche se puso en pie de un brinco y trastabilló con sus propios pies, cayendo poco después escalones abajo.

Eric frunció el ceño en el interior.

—¿Has oído eso, Rodolfo?

La gata se había levantado de su cama y había ido a enroscarse entre las piernas de Eric, como hacía siempre que se asustaba. Era un animal curioso.

—Vamos a ver, ven.

Dejó el helado sobre la mesita del café y cogió a la gata en brazos, con mucha dulzura. Volvieron a encenderse las luces del pasillo y abrió la puerta de la entrada principal.

Una sombra intentaba incorporarse. Eric tocó el interruptor de la luz que prendía la bombilla del porche.

—¿Quién...?

Traspasó el umbral de la puerta y se quedó, con Rodolfo en brazos, viendo cómo la chica se ponía en pie.

—¿Abril?

Ella se apartó el pelo de la cara, se sacudió el pantalón y se llevó la mano a la rodilla.

—Hola —susurró.

Había anochecido y entre la oscuridad, las luces y las sombras era difícil descifrar su expresión.

—¿Estás bien? —preguntó llevando los ojos a sus piernas—. ¿Te has hecho daño?

—Un poco, pero no pasa nada, no...

—¿Qué haces aquí fuera? ¿Qué haces aquí? —preguntó él, que estaba

intentando mantener a raya la impotencia de tener que renunciar a sus sentimientos por esa mujer que iba y venía.

No contestó nada, así que suspiró.

—Entra, te curaré eso.

Abrió la puerta del todo y esperó a que subiese los peldaños y llegase a su altura.

Estaba tan guapa que tuvo que apartar la mirada.

Cerró la puerta a su paso y dejó a Rodolfo en el suelo. La gata dio varias vueltas alrededor de la extraña. Ella se agachó para acariciarle la cabeza y el lomo, después Eric le indicó que lo siguiera al baño.

—Siéntate ahí, te limpiaré la herida.

—Vale, gracias.

Sacó el botiquín del armario, echó alcohol en un poco de algodón y limpió con calma. Después la vendó, tras decirle que no necesitaría puntos, al parecer solo era una raspadura un poco fea.

Estaba arrodillada frente a ella, que se había sentado en el borde de la bañera, y no podía evitar seguir como si nada.

—¿Qué haces aquí, Abril?

—Es que... Llevo viviendo aquí un par de semanas y he pensado en hacerte una visita y...

—¿Qué? ¿Viviendo dónde?

—En Valencia. He encontrado algo temporal en una empresa de publicidad, como ilustradora. Me gusta.

—¿Qué? —repitió Eric.

No pudo seguir arrodillado, se sentó directamente en el suelo y se llevó una mano a la cabeza.

—¿Por qué? —añadió.

—He tardado un tiempo. Mucho, quizá. No sé si puedo estar aquí, porque ya sé que no me lo merezco.

—Pero, ¿qué dices?

—He estado mandando currículos, yendo a entrevistas. No quería que dejases tu casa ni tu trabajo.

—¿Y por eso tú has dejado la tuya? —preguntó—. ¿Y te has venido a vivir a Valencia? ¿Y has tardado dos semanas en venir a verme? ¿Por qué no me has dicho nada antes?

Ella se mordió el dedo pulgar y miró hacia otro lado mientras contestaba.

—En realidad, he venido todas las tardes desde que llegué, pero siempre me quedo en el porche.

Eric se tumbó en el suelo y colocó los brazos sobre sus ojos. No dijo nada, ¿qué decir? Ahí estaba, sentada frente a él, diciéndole que había venido sola a una ciudad desconocida, había buscado un trabajo y había ido a verlo durante quince días.

Quince semanas esperando que ocurriese algo.

Notó cómo se acercaba y se tumbaba a su lado en el suelo frío del cuarto de baño.

—Estás loca —la acusó—. ¿Por qué has hecho todo esto? ¿Por qué no esperaste un poco aquella mañana en San Sebastián? Podríamos haberlo hablado, haberlo hecho juntos.

—Me asusté. Y después me desesperé, y me di cuenta de que hacía tiempo que no tenía nada que perder. Todos estaban haciendo sus vidas, porque lo merecen, porque es lo justo, pero mi hueco tenía que formarlo yo por mí misma.

Eric seguía con la cara escondida. No podía mirarla, porque le traicionarían los sentimientos. No podía, tampoco, sostener por más tiempo esas bajadas y subidas, esa montaña rusa, esa guerra mundial que había entre los dos.

—Hablé con mi madre, como me recomendaste —siguió hablando ella, porque, a fin de cuentas, él ya lo había dicho todo hacía demasiado tiempo, aunque la última palabra seguiría siendo suya—. Me dijo que no me arrepintiera durante veinticinco años o más, como había hecho ella, por no hacer las cosas tal y como las sentía.

—Los cambios siempre dan miedo, pero no te pedí esto, ni mucho menos que lo hicieses sola. Lo único que te pedí fue que me pidieses que me quedara.

—Pues ahora soy yo la que te pide que, por favor, me dejes quedarme.

—¿Y si nos pesa demasiado? ¿Y si ahora ya no sabemos cómo gestionar todo lo que hemos hecho del revés?

—Solo nos separan quince semanas —dijo ella, con una sonrisa entristecida, recordando algo parecido que él le había dicho en San Sebastián.

Eric giró la cabeza sobre el suelo, apartó los brazos y la miró.

Abril tenía los ojos más transparentes que hubiese mirado antes. Unos llenos de muchas cosas, la mayoría de ellas, en aquel momento, eran para él.

Ella acercó una mano a su cara y le acarició la línea de la mandíbula con suavidad hasta que su pulgar llegó a su boca, donde se detuvo. Él separó los

labios con calma y ella se acercó hasta que sus bocas se encontraron. Fue un roce largo, de esos que dejan un reguero de humedad que abre el apetito de muchos besos más.

—Regresé a la noria todas las semanas antes de llegar a Valencia. Y, de repente, me parecía el lugar más horrible del mundo.

—¿Por qué?

—Porque tú no estabas, y lo sé —le tapó la boca con la mano al ver que sonreía —, es la cosa más cursi que me oirás decir nunca.

Él apartó su mano con cuidado.

—Ojalá te escuchase decir muchas otras, porque en comparación con todas las que te he dicho yo...

—No tantas —afirmó ella.

—En ese caso, tal vez sea un buen momento para decirte que estas han sido las peores semanas de toda mi vida, que me he sentido perdido, agotado, desilusionado, incapaz de hacer nada que no fuese pensar en qué más podría haber hecho o dicho aquella mañana para conseguir que te olvidases de todos los peros. Y añadir que todo eso, el dolor y las inseguridades se han ido en cuanto he encendido la bombilla del porche y te he visto. —Cogió aire y sonrió—. Nunca me había alegrado tanto de que alguien se cayese por la escalera.

Se rio y ella intentó no hacerlo, fracasando olímpicamente.

—Me he hecho daño, no le veo la gracia.

—Estoy hecho un lío, Abril, no por lo que siento por ti. Sigo queriéndote tanto o más que hace quince semanas, pero no puedo dejar de preguntarme si tú eres feliz. ¿Serías feliz aquí? ¿En la empresa? ¿En...? ¿Dónde vives?

—En un hostel, todavía no he encontrado un piso que me guste.

—¿En un hostel! —exclamó él.

—Está muy bien, y nunca tengo que hacer la cama.

—Eres idiota —manifestó él—. Y yo soy un idiota que se ha enamorado de una idiota.

Abril se incorporó, él también lo hizo. Se sentó a horcajadas en su regazo. Eric le pasó los brazos alrededor de la cintura.

—Entonces —habló ella—, te alegrará saber que esta idiota está tan enamorada de ti que ha estado escribiéndote un centenar de mensajes que ha acabado borrando, que ha estado preguntándose todos los días cómo estarías, si seguirías pensando en ella, si estarías aquí cuando dejase de tener miedo.

Porque sí, Eric, te quiero tanto que no puedo quedarme solo con tu nombre y que, algún día, se acabe durmiendo y te recuerde desde una casa que nunca podrá ser un hogar porque tú no estarás. Y me da igual si es aquí, en un desierto, en el Ártico, bajo un puente o en un barco de pesca. Quiero hacerme vieja, no te rías —le regañó al ver que lo hacía—, sí, quiero tener noventa años y que Michael Giacchino ponga la banda sonora de toda nuestra historia.

—¿Quién es Michael Giacchino?

—¿Eso es con lo único que te has quedado de todo lo que te he dicho?

Eric tiró, con buen humor, de los bolsillos salientes de los pantalones cortos de ella.

—Es que, si no, no puedo entender el contexto.

—Es el compositor de la canción de *Up!*

Él le soltó la cintura y cayó de espaldas mientras emitía una carcajada sincera.

Abril le dio una palmada en el torso.

—¿Quieres escucharme? Yo no me reí de ti cuando te declaraste —le dijo con el ceño fruncido.

Él se sentó otra vez, intentando no reírse. Fingió que le borraba las arrugas del entrecejo con el dedo.

—Yo también llenaría una casa de globos por ti, pequeña.

—No me tomas en serio —se quejó.

—Sí que lo hago —respondió él—. Lo hago —insistió al ver que ella se resistía a creerlo—. Pero reconoce que si no nos reímos, ¿qué nos queda?

—No sé a ti, pero a mí me queda la forma en la que me estás mirando en este momento.

—¿Cómo te miro?

Abril lo rodeó un poco más con las piernas.

—Como si creyeras que voy a desaparecer de un momento a otro. No te lo puedo reprochar, entiendo por qué existe esa falta de seguridad, pero por...

Él la atrajo hacia su boca y la besó, dejando a medias la petición que iba a hacerle para completarla él después con una aseveración.

—Confío en ti, Abril, y no voy a ser tan imbécil como para renunciar a todo lo que podemos tener. No a estas alturas y después de darme cuenta de que no sé estar sin ti.

—¿Y si tampoco sabes estar conmigo?

—¿Y si me besas y después vamos a recoger tus cosas de ese hostel?

Lo besó como si aquella fuese la primera vez y no hubiese habido nunca antes un acercamiento entre los dos.

—¿Y si nos besamos toda la noche y recogemos las cosas mañana? — sugirió ella.

—¿Eso se lo dices a muchos?

—¿Qué? —preguntó ella sin comprender.

Él sonrió y los hoyuelos aparecieron casi al instante.

Los músculos del vientre de Abril se tensaron al momento.

—No es la primera vez que me lo dices. Aquella noche, cuando volvimos del bar, cuando nos despertamos juntos, ¿recuerdas?

—¿Qué te dije?

Se cubrió la cara con ambas manos.

Él le recorrió el cuello con besos suaves que llegaron hasta el centro de sus clavículas.

—Que te gustaba, bueno, para ser más preciso, dijiste: «Cuando estoy contigo puedo permitirme reír, por eso me gustas. Si no fueras tan imbécil, te besaría ahora mismo».

—¿Qué?

A Abril la sorprendió ver que, en realidad, había sido capaz de confesarle a Eric uno de sus sentimientos más sinceros.

—Entonces me puse a recoger las cosas de la cama y tú te tumbaste y añadiste: «Deja de recoger ya, ¿y si nos besamos toda la noche y nos dejamos de tonterías?».

—Yo no dije eso, no inventes.

—¿Y lo otro sí? ¿Cómo lo sabes si no te acuerdas?

—Porque lo otro es algo que he pensado muchas veces y no se lo he dicho a nadie, así que tienes que haberlo sabido por mí, pero, ¿cómo te voy a pedir que nos liemos? —preguntó ella con los ojos muy abiertos.

Eric torció una sonrisa.

—¿Y por qué te besé a la mañana siguiente? Quería ver si te acordabas.

—¿Qué?

—No me he inventado nada. Es todo verdad.

—No me lo puedo creer —dijo ella—. Prométeme que no me dejarás beber nunca más.

Él negó con la cabeza y con una sonrisa provocadora en la boca.

—No, no, lo que te prometo es que la próxima vez cumpliré todas tus

peticiones.

Abril inclinó la cabeza hacia un lado, después tiró de su camiseta hacia arriba, se desabrochó el sujetador ante los ojos chispeantes de Eric. Se soltó el pelo, que cayó en suaves ondas sobre su espalda y sus hombros.

—Lástima que ahora mismo no esté borracha para hacer una petición.

—Lástima —murmuró él con voz grave sin apartar los ojos de su desnudez.

Era la primera vez que la veía desvestida de cintura para arriba y sintió un escalofrío propio de un adolescente que toca por primera vez a una mujer.

—Solo por curiosidad, ¿qué pedirías si estuvieras borracha?

Ella bajó un poco la voz y, finalmente, dijo:

—Que me llevaras a la cama.

—¿Y si no llegamos?

—¿Y si dejamos de hablar?

Eric obedeció.

Recorrió su piel desnuda con las manos y sus labios pasaron de su boca jadeante al contorno de sus pechos, para detenerse en sus pezones y en la calidez latente de su pecho, que descendía y ascendía mientras él le desabrochaba el botón de los vaqueros. La espalda de Abril se arqueó como la primera vez que lo sintió dentro de ella bajo la noche estrellada, solo que esta vez aún estaban lejos de ese instante. No tenían prisa, pese a que las ganas eran más grandes que nunca.

Se contuvieron al principio, mientras Abril buscaba el bajo de la camiseta de Eric para desprenderse de ella.

—Sabes a helado —susurró ella cuando volvió a encontrarse con su lengua.

Él le mordió suavemente el labio inferior, introdujo los pulgares en los laterales de su pantalón y se lo bajó con calma hasta que sintió la carne bajo las palmas de sus manos, lo que le aceleró. Ella, a su vez, lo liberó del cinturón, del botón y de la cremallera.

Abril se puso en pie y dejó que los pantalones cayeran. Salió de ellos con dos movimientos ágiles mientras Eric se deleitaba observándola.

—Eres preciosa.

—¿Me lo dices a mí o a la bañera?

Él se supo en pie de un salto, remarcando sus abdominales con ese movimiento y la atrapó con una sonrisa mientras ella intentaba escapar por el pasillo. La cogió al vuelo y ella se enroscó alrededor de sus caderas como un déjà vu en el que habían sonreído menos, porque se habían gritado demasiado.

Ahora gritaban otras cosas, entre ellas el colchón cuando Eric la dejó con cuidado sobre la cama, donde fueron rotando, buscándose de todas las maneras posibles, con cada parte de su cuerpo. Se estaban invadiendo y no podían encontrar otra manera de sofocar todo lo que llevaban dentro que no fuese él perdiéndose entre los pliegues de su piel y ella dejando que lo hiciera, arrastrándolo al dulce placer de que entre sus cuerpos no corriese el aire. Que nunca más lo hiciera.

Capítulo 29

Abril estaba recogiendo las últimas cosas que había dejado en Lespher. Había aprovechado un fin de semana en el que visitaba a su madre. Quería despedirse de sus compañeros y hablar con Leslie, porque desde que, tras volver de San Sebastián, le había dicho que dejaba el trabajo, ella había decidido negarle la oportunidad de contarle por qué. Ese sería el día, tenía que decírselo.

—Leslie, ¿podemos hablar un momento? —preguntó al llamar a la puerta de su despacho.

Aquello parecía menos sin Christopher.

—Ah, Abril, sí, claro, supongo que vienes a por el finiquito —contestó con frialdad, sin levantar los ojos de la pantalla del ordenador.

Abril entró y cerró la puerta a su paso.

—Que haya dejado el trabajo no significa que tengamos que perder la relación.

—No, por supuesto.

Ella siguió tecleando, mostrando una indiferencia que a Abril le hacía daño.

—Pero lo cierto es que ahora vives en otro país y eres la hermana pequeña del único hombre al que he querido en toda mi vida y que ahora ni siquiera quiere hablarme.

—No entiendo.

—Es evidente que vas a estar de su parte, es tu hermano, ni se me ocurriría pensar lo contrario.

—Y tú eres mi amiga, ¿qué te crees, que para mí es fácil ver que no estáis juntos, que todo se ha estropeado? —expuso ella—. Ojalá pudierais ser felices juntos, pero, ¿y si eso ya no puede ser? ¿Tenéis que estar mal para que el otro piense que ha querido más? A estas alturas, Leslie, ¿piensas que no

sabéis cuánto os habéis querido?

Su amiga se había apoyado en el respaldo del sillón y se miraba las manos, que ya no llevaban ninguno de los regalos que le había hecho Christopher: ni las pulseras, ni los anillos.

—Pensaba que te quedarías, tenía esa esperanza.

—Él nunca me lo pediría, jamás. Entendió que me quedase cuando le dije que lo haría.

—¿Qué?

—Nosotros tenemos un proyecto juntos, que estamos acabando, pero yo me hubiese quedado aquí, Leslie.

—¿Pero?

—Pero me enamoré de alguien que no está aquí y ese es el único lugar en el que soy realmente feliz. No dejo el trabajo por vosotros, por ser su hermana, dejo el trabajo porque he encontrado otro, que también me gusta, al lado del hombre que quiero.

—No sabía que estuvieras con alguien, Abril. ¿Cómo he podido alejarme tanto de ti y no darme cuenta de que...? ¿Quién es? ¿Dónde lo conociste? —preguntó con cierta tristeza en los ojos.

—Es Eric —contestó Abril con sinceridad, temiendo cómo pudiese tomárselo.

—Dios, Abril —se llevó las manos a la boca y se puso en pie—, por lo que más quieras, créeme cuando te digo que no pasó nada.

—Lo sé —contestó para calmarla—. Y quiere disculparse por la manera en la que se fue. Está en Toulouse, conmigo, a lo mejor te gustaría cenar con nosotros esta noche.

—¿Por qué no estás enfadada?

Abril sonrió, después suspiró y se acercó a Leslie para darle un abrazo.

—No te castigues más. Te mereces rehacer tu vida, ¿por qué no empiezas por cambiar el nombre de este sitio?

—¡No! —exclamó de pronto—. No quiero.

—¿Por qué?

—Porque sé que un día nos daremos cuenta de que hemos cometido el mayor error de todos y volveremos, puede que...

—Leslie...

—No, tú no lo entiendes, todo es culpa mía, tendría que...

—Vale, tranquila.

Volvió a abrazarla.

—Ahora te vendría muy bien el ejemplar de *Maus*, ¿verdad?

—Si supiera dónde está...

—Te lo cogió Eric, me lo dio tiempo después, no te preocupes. Creo que también quiere disculpase por eso.

—Queda perdonado. Díselo de mi parte —le pidió.

—¿No prefieres decírselo tú?

—Ahora mismo no tengo muchas ganas de hacer nada, Abril, prefiero estar sola un tiempo, si no os importa.

Abril aceptó lo que le pidió porque no era quién para cuestionar los tiempos que se tomaban las personas.

—Llámame si necesitas algo.

—Solo quiero saber si está bien, ¿es feliz? —preguntó mientras se apartaba, nerviosa, un mechón de pelo de la cara y lo colocaba detrás de su oreja.

—Lo intenta.

Leslie asintió, apesadumbrada.

—Algún día...

No supo cómo continuar, así que decidió no darle falsas esperanzas, ya que Christopher parecía decidido a tirar hacia delante con su decisión. Abril no quería decirlo, no podía, pero, lo cierto, era que parecía mucho más feliz que antes.

—¿Nos vemos pronto? —preguntó su antigua jefa cuando Abril comenzó a irse hacia la puerta.

—Muy pronto —contestó esta, guiñándole un ojo—. Gracias por todo este tiempo, Leslie, por todo lo que he aprendido contigo y de ti.

Ninguna de los dos lloró, se guardaron las emociones para la soledad posterior, porque había algo, un resquicio de duda que las hizo creer que, tal vez, no volverían a verse tan pronto como hubiesen deseado que fuese posible. No por los kilómetros, sino por la distancia que había surgido de las circunstancias.

—Abril, una cosa más —le dijo antes de que, al fin, se fuera.

—¿Sí?

—Cuídale. Te quiere muchísimo. Será un buen hermano para ti —dijo casi en un susurro inaudible.

—Ya lo es. El mejor, de hecho. Gracias.

—A ti, siempre. Y lo siento.

Abril supo por qué se disculpaba, y aunque ya no pensaba que hubiese nada por lo que pedir perdón, hizo un movimiento ascendente y descendente de cabeza para hacerla sentir mejor, para que no volviese a pensar en ello. Para que, quizá, al final del día, decidiese que era un buen momento para abandonar ese despacho, y al final de la semana saliese a tomar algo con unos amigos. Quizá, a final de mes habría vuelto a sonreír. Puede que a final de año encontrase un nombre mejor para el estudio. A lo mejor, en un par de años estaría felizmente con alguien.

Había todas esas probabilidades, pensó Abril mientras bajaba en el ascensor y se despedía, en silencio, de su ventana, a la que ya no podría volver.

Pero también había otras posibilidades. Una en concreto.

Contaría las semanas, como habían hecho Eric y ella, y cada segundo sería un suicidio mortal en el que se preguntaría qué podría haber hecho diferente para que ese hombre, Christopher, hubiese seguido besándola en la clase de la facultad.

Sin embargo, todas las suposiciones de Abril se quedarían en el hueco del ascensor, como también lo harían los días del último año, las mañanas en las que dejaba su acreditación en la entrada, los cafés con las chicas de marketing y las cervezas a media tarde con Loanne. Los desastres de Gustave, la forma severa en la que a veces la miraba Christopher cuando solo era su jefe, el modo en el que él y Leslie se encontraban en el vestíbulo por la mañana, las últimas semanas que había pasado ahí, con él, trabajando codo con codo.

Ahora seguían haciéndolo, viajando de Madrid a Valencia y viceversa. Lo hacían en la distancia, trabajaban en su historia y le daban vueltas al guion, porque estaban aprendiendo a perdonar a su padre. Después de todo, lo mejor que había hecho en toda su vida, quizá, había sido contarles la verdad, quiénes eran y de dónde venían.

Ya no estaban solos en el mundo.

Y ella menos.

Cuando salió del edificio, Eric la esperaba apoyado en uno de los postes de la calle de enfrente.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó cuando estuvo a su lado.

Le dio un beso en los labios y Abril pensó en las veces en las que, desde la ventana, había visto a parejas transitando esa calle, cogiéndose de las manos, besándose, sintiéndose cómplices.

Le gustó estar en la calle.

—No lo sé. La he encontrado bastante afectada.

—Es normal —le dijo él.

—Ya lo sé, pero ojalá pudiese hacer algo para que se sintiera mejor.

—Eso es algo que no está a nuestro alcance, lo único que podías hacer era ir a verla y hacerle entender que tiene que seguir con su vida.

—Pero no quiere.

—Aprenderá a querer, Abril.

Eric recordó la frase que le había dicho a Laura y pensó que podría servirle de consuelo a su chica.

—Algún día se despertará y, sin darse cuenta, habrá dejado de pensar en él.

—Yo nunca hubiese podido contigo.

—Y por eso nos despertamos juntos todas las mañanas —le recordó entre besos cortos y sonrientes.

—Es lo que quiero seguir haciendo siempre.

—O, al menos, hasta que me mates por poner en marcha la batidora a las cinco de la mañana.

—Viéndolo de ese modo —analizó Abril con humor—, es probable que este amor acabe antes de lo que esperamos.

Se rieron a carcajadas sin importarles nada ni nadie.

Nada de qué esconderse.

Ningún motivo para callar que Abril seguía pensando que Eric era su hogar, donde podía desnudarse de todos los prejuicios, la timidez y la preocupación.

Podía reírse, hacerlo con el pecho henchido de ilusión y no de esa ridiculez del vientre repleto de mariposas, porque ella tenía el estómago lleno de una selva entera, una muy asalvajada, que buscada el contacto y los momentos a solas, pero también esos instantes en los que, en una sala abarrotada de gente, podían contemplarse desde los extremos y comprenderse con solo eso.

Y quererse.

Y perderse.

Y hacer el amor antes de disiparse en un grito que no decía nada.

Epílogo

—Tienes el don de hacerme creer que estás dormido, ¿por qué? —preguntó Abril, con la taza de café humeante entre las manos.

—Para que te dé pena despertarme y te quedes en la cama conmigo hasta que suene el despertador o hasta que no suene, da igual.

—El despertador ha sonado hace media hora.

—¿Y?

—Nada, solo por si no te habías dado cuenta, o por si no recuerdas que Dany y Ricardo llegan hoy con Sam.

Eric apartó el edredón a guantazos y se levantó de la cama tan deprisa que, por poco olvida el beso que siempre le daba a Abril antes de dejar atrás las sábanas, aún prendidas.

—Está todo en orden, tranquilo —dijo ella mientras lo seguía—. Me he asegurado de que la verja de la escalera se cierra sin problema, he colocado los protectores en los enchufes, tenemos las galletas que dijo Danielle y pañales de sobra.

Sam cumplía un año y Eric quería que todo estuviese perfecto, impoluto.

—¿Y la tarta?

—La recogí ayer por la tarde, como dijimos.

Eric había tenido turno en el hospital y seguía aún medio dormido, cansado y confundido.

—¿Quieres relajarte?

—Soy su padrino, tengo que hacerlo bien, es una prueba de fuego, ¿no te das cuenta? Ricardo esperará a que me equivoque en algo.

—¡Pero bueno! Es tu amigo, no un supervisor de las juventudes hitlerianas. Para un poco.

—No lo conoces —dijo él, con los ojos bien abiertos.

—Pues claro que sí, y es un buen hombre.

—Esa es la imagen que proyecta, ¿comprendes? Es un ser ansioso de mi

fracaso. Quiere saber que su hijo está a salvo.

—Todos los padres quieren saber eso, Eric, cariño.

—No me vaciles, Abril, no, ¿eh? Esto es serio. Voy a comprobar que tenemos la bañerita preparada y las esponjas hipoalergénicas.

—¡La madre que te parió! Acabo de decidir que no quiero que tengamos hijos, ni uno, ni hablar del tema.

—¿Por qué? Si mira qué apañado soy —se quejó él mientras iba hacia el baño del piso inferior.

—Un obseso, eso es lo que eres. ¿Cuando tú y yo éramos críos había todas estas cosas?

Señaló los enchufes, los protectores, la verja...

—No, pero ahora las hay, y tenemos que usarlas. ¿Y la sillita para el coche?

—Colocada, ¿no te acuerdas de que la pusiste ayer por la mañana?

—¿Lo hice?

—Me estás poniendo nerviosa. Para de una vez. No me puedo creer que todo esto sea por Sam. Ni mucho menos por Ricardo, ¿qué pasa? —preguntó ella con los brazos en jarras sin dejarle pasar.

—Bueno, vale, puede que haya invitado a tu hermano.

—¿A Christopher? ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Llevamos juntos más de un año y apenas nos hablamos. Entiendo que me odia, pero es tu familia, por tanto la mía, y si quiere venir a verte, esta también es tu casa. No sé si me explico.

Ella sonrió, se acercó a él arrastrando los pies por el suelo, se puso de puntillas y le dio un beso.

—Te quiero, ¿lo sabes?

—Algo tengo entendido, sí.

—Lo que no entiendo es cómo van a ayudar unas galletas y unas esponjas a que le caigas mejor a mi hermano.

—Todo el mundo sabe que la gente que se preocupa por el bienestar de los niños es buena persona. Así verá que soy un buen hombre.

—Es que, cariño, tú eres un buen hombre, no necesitas demostrarle nada ni a mi hermano ni a nadie. Este fin de semana es para ti, para que disfrutes de Sam, de tus amigos, de mí, de nosotros, y mi hermano tendrá que aprender a querernos con todo, con el pasado y con el presente. Y tarde o temprano admitirá que, como piensan las personas que te conocen, no eres un buen hombre, eres uno increíble.

—Y tú mi mujer increíble.

—Hemos pasado de ser dos idiotas que se quieren a ser dos idiotas cursis que se quieren.

—Me gustan ambos —añadió él.

La envolvió entre sus brazos y la besó lento durante un minuto largo, hasta que alguien llamó a la puerta.

—¡Sigo en pijama!

—¿Y qué? Son las diez de la mañana y llegaste de trabajar a las seis. Baja y no me toques más las narices.

—Está bien.

Cogió aire.

—¿Y si ha llegado primero tu hermano?

—Pues le abres la puerta y lo invitas, amablemente, a pasar, ¿te parece bien?

Asintió con nerviosismo y fue hacia la puerta. La abrió de par en par sin esperar.

Al otro lado, estaban Dany con Sam en brazos, Ricardo con las manos repletas de bolsas, Lena a un lado y Christopher al otro.

No esperaba encontrárselos a todos de golpe.

—¡Padrino! —gritó Lena.

—¡Madrina!

Se abrazaron fugazmente.

—Sam, ¿quién es? ¿Eric?

El niño extendió los brazos hacia el hombre, que lo cogió con mucho cuidado. Había crecido en el último mes que había pasado sin verlo. Estaba guapísimo y tenía unos mofletes redondos y rojos.

—Siento recibiros en pijama, tuve turno anoche en el hospital y...

Sam le estiraba del cuello de la camiseta.

—¿Te estás disculpando por llevar puesto un pijama? —preguntó Dany incrédula mientras lo apartaba a un lado para poder pasar—. Pero si cuando vivíamos juntos te pasabas el día en calzoncillos —dijo ya desde el interior de la casa.

Las primas se saludaban y abrazaban en el pasillo.

Ricardo miró a Eric un segundo.

—Hoy voy a portarme bien —susurró—. Ya sabes por qué.

—No sabes cuánto te lo agradezco, eres pura bondad —añadió él—. Pasa,

Cristopher, por favor.

—Muchas gracias.

—Estás en tu casa.

—Pues es una casa preciosa, ¡menudas vistas! —manifestó con calma y un ápice de entusiasmo que a Eric lo relajó.

—Abril —saludó a su hermana con mucha más alegría—. Te veo guapísima.

—Y yo a ti contento.

—Me gusta estar aquí —explicó.

—¿Ah, sí? —preguntó Eric mientras se incorporaba al grupo, ya reunido en el salón.

Abril le echó una mirada de advertencia y Ricardo procuró no echarse a reír.

—Quiero decir, a nosotros también nos gusta tenerte aquí.

Cristopher sonrió y se ofreció a ayudar a Lena a descargar las maletas del coche.

—¿Eso que veo es una verja de seguridad para bebés? —preguntó Ricardo mirando en dirección a la escalera.

—Sí.

—¿Quieres robarme a mi hijo o qué? —inquirió.

—¿Cómo?

—Hombre, que si enchufes con cabeza de conejo, que si verjas, que si la silla de los Minions en el coche, ¿quieres mi puesto?

—Ni siquiera nosotros tenemos tanto cuidado, Eric —le dijo Dany.

—Ah, yo pensaba que... Había leído que así era mejor.

Ricardo miró a Abril.

—Mejor no tengáis hijos.

—¡No te voy a discutir eso, Ricardo, créeme que no!

Se echaron a reír todos menos Eric.

—Vosotros decid lo que os dé la gana, Sam y yo nos vamos a dar un paseo, ¿verdad? ¿Sí?

—Sí —contestó este, que ya hacía un par de meses que había pronunciado sus primeras palabras.

—Pero, ¿dónde te vas a ir tú ahora con ese pijama agujereado y menos diez horas de sueño en el cuerpo? —formuló Dany.

—A estrechar lazos con mi ahijado, a enseñarle la playa y a celebrar su primer año de vida.

—¡Qué poético todo! ¿Dónde tienes las cervezas? —indagó Ricardo.

—En la nevera.

—¡Genial! —exclamó Danielle.

—¿Sigues pagando el canal por cable? —continuó Ricardo.

—Sí, claro. Ahí está el mando.

Sus amigos parecía que hubiesen vuelto a los veinte años.

—Es dura la vida de padres, ¿no? —preguntó con una mueca de incredulidad al verlos tumbados en su sofá.

Cristopher y Lena entraron poco después con varias bolsas.

—¿Cervezas y sofá? —ofrecieron Danielle y Ricardo.

Los recién llegados aceptaron casi de inmediato, se hicieron un hueco junto a los otros dos.

—Por favor, como si estuviéseris en vuestra casa.

Todos sonrieron ante ese último comentario.

Eric negó con la cabeza en silencio, mientras los miraba compartir sonrisas y el abrelatas.

Abril lo miraba desde el umbral de la puerta de la cocina. Le sonreía. Sus ojos se fueron directos a sus labios, que susurraron un:

—Disfruta.

Ya lo estaba haciendo. Tenía una familia diferente, que seguía creciendo día a día. Una familia con una gata llamada Rodolfo, con sus dos mejores amigos, que eran sus hermanos, con su ahijado, que era como su propio hijo, con Lena, a la que adoraba, con Christopher, al que esperaba caer en gracia algún día, con la mujer que quería y sin la que no sabía ser el hombre que era.

Porque sí, ahora ya sabía quién era, y lo había conseguido gracias a todas las personas que, en ese momento, estaban ahí, invadiendo su salón.

—¡Pásame otra cerveza!

—Creo que la verja de seguridad tendría que haberla puesto en la nevera, Sam.

—Sí, nevera —coincidió el niño, sin entender nada de lo que su padrino le decía.

Eric, antes de salir con el pequeño, pasó por la cocina, le dio un beso fugaz a Abril, que Sam aplaudió como solía hacerlo con sus padres, y le dijo:

—Acabo de darme cuenta de que esos que están ahí —señaló hacia el salón — son los culpables de que tú y yo estemos juntos aquí y ahora. Son nuestro infinito de coincidencias. Sé que no crees en esas cosas, pero cada uno de

ellos, a su manera, ha contribuido a que nos hayamos encontrado.

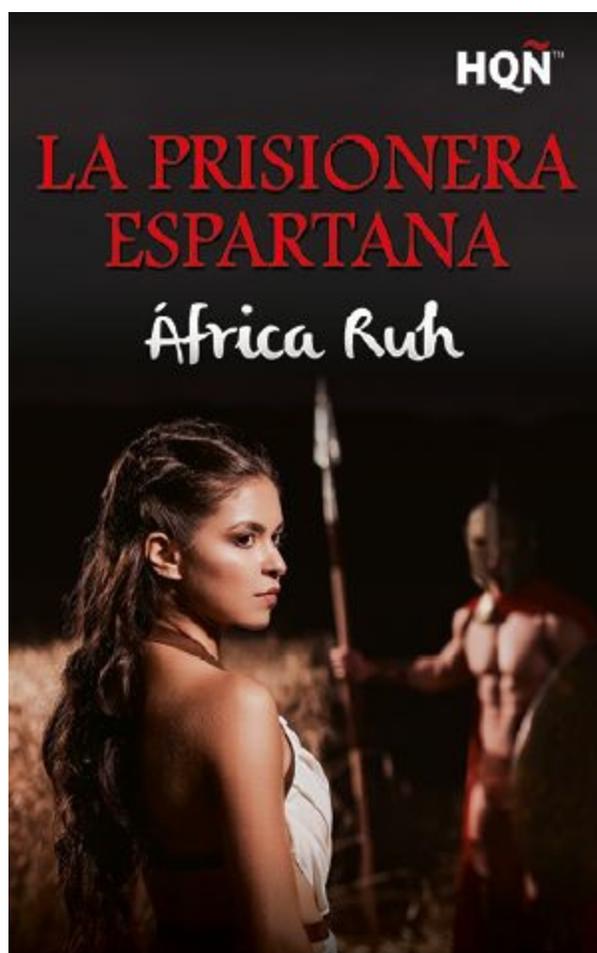
—¿Estás seguro de que no nos estábamos buscando y nos encontramos por nuestra propia cuenta? —preguntó ella.

—Ese mérito no es nuestro, pequeña, nosotros solo somos responsables de haber tomado la decisión correcta.

—¿Cuál es tu decisión correcta, dime? Y no me digas que yo, por favor.

—Tú no eres mi decisión correcta, Abril, eres todo menos lo correcto. Eres lo extraordinario, lo especial, lo que se escapa a mi entendimiento, lo que no me puedo explicar. Lo que jamás podré explicarme. Y eres mi familia.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com

HQN™

SARAH
Autora best seller del USA TODAY
MORGAN

*Atardecer
en
Central Park*



"Un poco dulce y muy sexy"
—Booklist

Atardecer en Central Park

Morgan, Sarah
9788491881452
384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En el caos de Nueva York puede ser complicado encontrar el amor verdadero incluso aunque lo hayas tenido delante desde el principio... El amor nunca había sido una prioridad para Frankie Cole, diseñadora de jardines. Después de presenciar las repercusiones del divorcio de sus padres, había visto la destrucción que podía traer consigo una sobrecarga de emociones. El único hombre con el que se sentía cómoda era Matt, pero era algo estrictamente platónico. Ojalá hubiera podido ignorar cómo hacía que se le acelerara el corazón... Matt Walker llevaba años enamorado de Frankie, aunque sabiendo lo frágil que era bajo su vivaz fachada, siempre lo había disimulado. Sin embargo, cuando descubrió nuevos rasgos de la chica a la que conocía desde siempre, no quiso esperar ni un momento más. Sabía que Frankie tenía secretos y que los tenía bien enterrados, pero ¿podría convencerla para que le confiara su corazón y lo besara bajo el atardecer de Manhattan?

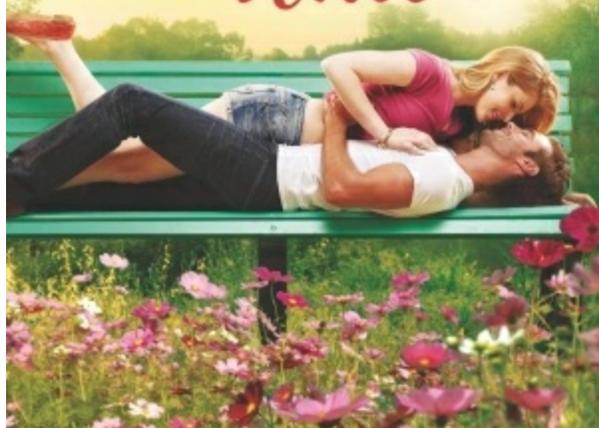
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SUSAN MALLERY

*Lo mejor
de mi
amor*



Lo mejor de mi amor

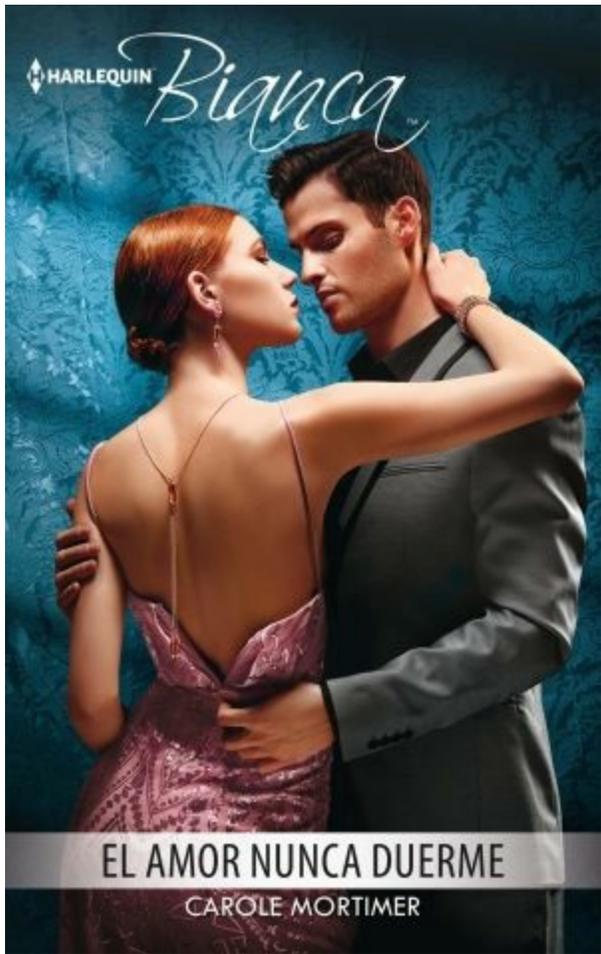
Mallery, Susan
9788491881469
352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En un intento de superar su doloroso pasado, Shelby Gilmore emprendió la búsqueda de una amistad masculina para convencerse de que se podía confiar en los hombres. Sin embargo, ¿en un pueblo tan pequeño como Fool's Gold dónde iba a encontrar a un tipo que estuviera dispuesto a ser solo su amigo? Aidan Mitchell se dedicaba a crear aventuras en su agencia de viajes... y, también, en las camas de las numerosas turistas que lo deseaban. Hasta que se dio cuenta de que se había convertido en un estereotipo: el del mujeriego que solo valía para una noche, y, peor aún, de que en el pueblo todos lo sabían. Tal vez el experimento sobre la relación entre los dos sexos que Shelby quería llevar a cabo pudiera ayudarlo a considerar a las mujeres como algo más que posibles conquistas. Así, sería capaz de cambiar su forma de actuar y recuperaría el respeto por sí mismo. A medida que Aidan y Shelby exploraban las vidas secretas de los hombres y las mujeres, la atracción que surgió entre ellos comenzó a alimentar los rumores en Fool's Gold. Si nadie creía que fueran solo amigos, ¡tal vez debieran darles a los cotillas un tema del que poder hablar de verdad!

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN *Bianca*



EL AMOR NUNCA DUERME
CAROLE MORTIMER

El amor nunca duerme

Mortimer, Carole

9788491881360

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Durmiendo con el enemigo...A Gregorio de la Cruz le daba igual que la inocente Lia Fairbanks lo considerara responsable de haber arruinado su vida. Sin embargo, al comprender que no iba a lograr sacarse a la ardiente pelirroja de la cabeza, decidió no descansar hasta tenerla donde quería.... idispuesta y anhelante en su cama!Lia estaba decidida a no ceder ante las escandalosas exigencias de Gregorio, a pesar de cómo reaccionaba su cuerpo a la más mínima de sus caricias. Sabía que no podía fiarse de él... pero Gregorio era un hombre muy persuasivo, y Lia no tardaría en descubrir su incapacidad para resistir el sensual embate del millonario a sus sentidos...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



HQN™

*Tiempo de
Hechizos*

PILAR CABERO

Tiempo de hechizos

Cabero, Pilar

9788413072449

666 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

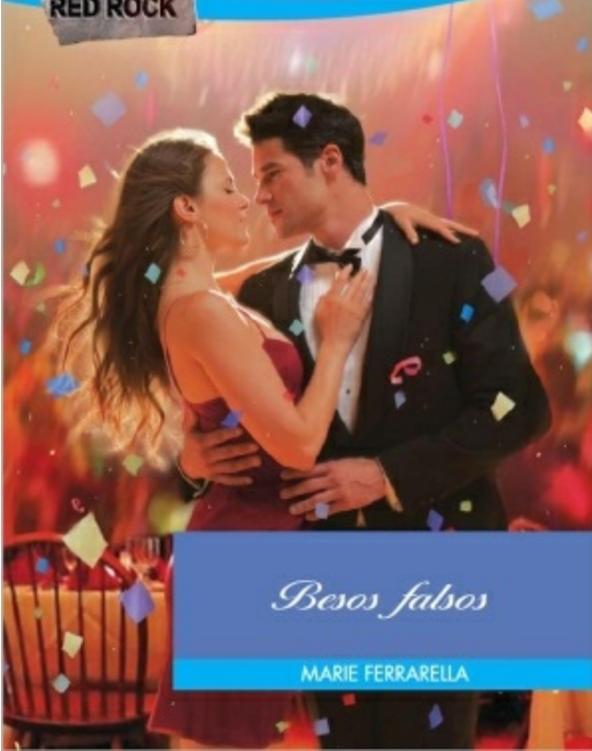
Yago ha recorrido un largo camino y ha cumplido su sueño de ser médico en el s. XVIII. Sin embargo, una tragedia lo ha empujado a refugiarse en el alcohol. Sus padres, Diego y Marina, sufren al ver en qué se ha convertido y se apoyan en Micaela, una buena muchacha que les brinda su cariño más sincero. Pero él la considera una amenaza para el matrimonio de sus padres. Decidido a proteger su hogar, intentará superar el vicio para librarse de ella. En verdad parece haber hechizos en el aire, pues a pesar de esa animadversión, Micaela no puede evitar sentirse atraída por él. Y Yago va cayendo en una adicción aún más fuerte: el perfume, la piel de esa mujer...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

Julia™

AMORES
EN
RED ROCK



Besos falsos

MARIE FERRARELLA

Besos falsos

Ferrarella, Marie

9788467180909

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Primero de la serie. Que un alto, moreno y guapo soltero besara a una chica que acababa de conocer sólo ocurría en los cuentos de hadas. Pero el impresionante texano que apareció de repente junto a Jane Gilliam era bastante real; así como también lo fue el profundo beso que le dio al repicar las campanas con la llegada del Año Nuevo. Como soltero de oro del clan Mendoza, Jorge tenía una reputación que mantener, hasta que saboreó la dulce pasión que Jane le ofreció. Todo comenzó como un juego, pero ¿no se estaba convirtiendo en un amor que estaba tentado a aquel atractivo rompecorazones a cambiar su vida para siempre?

[Cómpralo y empieza a leer](#)